CHRISTIAN HARTMANN

Director de la edición crítica de *Mein Kampf*

OPERACIÓN BARBARROJA

LA GUERRA ALEMANA EN EL ESTE 1941-1945



Christian Hartmann

OPERACIÓN BARBARROJA

La guerra alemana en el este
1941-1945

Traducción del alemán
Javier Alonso

la esfera de los libros

En memoria de mi madre, Ingeborg Hartmann,
nacida el 17-6-1929 en Berlín, criada en Greifswald y
fallecida el 31-5-2009 en Tübingen,
que me contó tantas cosas sobre aquella guerra
y sus consecuencias, y con mi agradecimiento hacia Anne Munding,
sin la cual nunca hubiera nacido este libro.

I. INTRODUCCIÓN

«The real war will never get in the books».[1]

WALT WHITMAN (1819-1892)

Casi ninguna guerra fue como esta. Casi ninguna costó tanta sangre, tuvo tantas consecuencias y dejó huellas tan profundas en el recuerdo de los contemporáneos como aquella que se desencadenó entre los años 1941 y 1945 entre el Gran Reich Alemán y la Unión Soviética. Sin duda, la historia conoce suficientes conflictos de los que puede decirse que fueron sangrientos, tuvieron consecuencias y no cayeron rápido en el olvido. Pero incluso entre los conflictos centrales de la historia mundial, no hay muchos que puedan compararse a la guerra germano-soviética. Porque todo en ella fue grande: el número de combatientes, el escenario y, no menos importante, el número de los que cayeron víctimas de la misma.

Pero no solo en sus dimensiones, sino también en sus consecuencias, este conflicto armado no tiene semejantes. Obviamente, la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial tuvo muchas raíces; por supuesto, sería totalmente inapropiado reducir la explicación de su triunfo sobre la Alemania de Hitler a unos pocos presupuestos y acontecimientos. Pero, también es cierto que la Unión Soviética tuvo una contribución muy grande, si no la mayor, en esta victoria. Allí, la Wehrmacht se desangró hasta la muerte, allí se hizo evidente por primera vez que Hitler había fracasado en su pretensión, tan absurda como criminal, de una dominación nacionalsocialista del mundo. Los efectos que esto produjo fueron tan enormes que no terminaron en 1945; la operación «Barbarroja» transformó por completo el mapa de Europa. Sin este acontecimiento, resultarían casi impensables la reorganización étnica y la sovietización de la mitad oriental de Europa. Pero, sobre todo, la «Gran Guerra Patria», con sus millones de

víctimas, hizo posible que la Unión Soviética se convirtiera en una potencia mundial.

Por último, el carácter de esta guerra fue también excepcional: fue una lucha existencial entre los dos grandes movimientos totalitarios del siglo XX. En consecuencia, los adversarios actuaron con una gran radicalidad. Tanto la Alemania nacionalsocialista como la Unión Soviética estalinista lideraron esta lucha como una cruzada. El resultado fue una orgía de violencia, incluso cuando los acontecimientos en el frente pudieran tener en una amplia extensión un carácter convencional. Pero lo decisivo fue que aquí se desarrolló un nuevo tipo de guerra, una guerra total, cada vez más ideologizada, que pronto encontró su camino hacia sus orígenes atávicos. No se trató de una colonia remota ni de una guerra civil con sus propias reglas del juego; se trató de un conflicto central entre dos viejas naciones culturales europeas. Los efectos que resultaron de la nueva comprensión de los beligerantes no pueden subestimarse. Desde 1945, esta comprensión se manifiesta en nuevas variantes que, por lo general, se consideran crímenes de guerra que caracterizan a la guerra moderna y sustituyen parcialmente a la convencional. Gran parte de estas prácticas se repitieron durante la guerra germano-soviética.

No fue una coincidencia que la cúpula dirigente alemana lo quisiera así. La operación Barbarroja fue una guerra de agresión que el Tercer Reich había iniciado sin ningún problema y, lo que resultó aún más funesto, diseñada desde el principio como una guerra de exterminio ideológico y racial. Esto no significa que la Unión Soviética, cuyos dirigentes también se habían embarcado en la aventura del pacto Hitler-Stalin en 1939, fuera completamente inocente respecto a la radicalización de esta guerra. También allí gobernaba un régimen totalitario y profundamente criminal que actuó en consecuencia, sobre todo cuando se encontró entre la espada y la pared. Sin embargo, el factor decisivo sigue siendo que la iniciativa de esta guerra partió únicamente de Alemania. Y, en general, los crímenes alemanes durante el conflicto pesan mucho más que los soviéticos.

Experiencias como estas tuvieron muchas consecuencias, sobre todo por la mentalidad de aquellas sociedades que entonces combatieron entre sí.

Todavía hay pocas cosas que sean tan importantes para la identidad nacional de las naciones postsoviéticas como el recuerdo de la victoria sobre la Alemania de Hitler. Por otro lado, en el caso de los perdedores, se han distanciado profundamente de las ideas y las instituciones que hicieron posible una guerra como aquella, y no solo porque aquel ataque terminó para los agresores en un extraordinario desastre. Como experiencia a largo plazo aún más agobiante, se hizo evidente la conciencia, forjada a fuego lento, de no solo haber provocado víctimas inútilmente, sino también de haber luchado por una causa absolutamente perversa.

El hecho de que el recuerdo de la operación Barbarroja sobreviva a sus testigos proporciona una primera idea sobre las fuerzas que la desencadenaron. ¿Por qué fue así?, y ¿por qué se llegó a esta guerra?

[1] «La verdadera guerra nunca aparecerá en los libros» (*N. del E.*).

II. POLÍTICA I: 1940-1941

Punto de partida: Europa en julio de 1940

En una fecha tan temprana como junio de 1940, la Segunda Guerra Mundial parecía casi decidida. Al menos eso sugería el mapa de Europa. El ejército alemán había arrollado literalmente a sus rivales: Polonia (1/09/1939-6/10/1939), a continuación, Noruega y Dinamarca (9/4/1940-6/10/1940) y, finalmente, Europa Occidental (10/5/1940-22/6/1940). En Polonia y Escandinavia, se había tratado básicamente de combates preliminares, pero difícilmente se puede considerar así la ofensiva alemana en el oeste. Después de la tan rápida como sorprendente victoria sobre los ejércitos combinados de Francia, Bélgica, Holanda y una fuerza expedicionaria británica, el final de la guerra parecía estar cerca. Francia, el «enemigo tradicional» y gran antagonista alemán de la Primera Guerra Mundial, fue derrotado y ocupado, y Gran Bretaña fue devuelta a sus islas. Aunque había salvado el grueso de sus fuerzas terrestres —por lo menos los soldados—, disponía además de una de las marinas más poderosos del mundo, de una fuerza aérea moderna, así como de los inagotables recursos de la Commonwealth; desde el punto de vista político, el reino insular permaneció aislado en un primer momento. En el verano de 1940, era el último enemigo de Hitler y estaba gravemente dañada, no solo psicológicamente. El continente europeo ahora estaba casi por completo bajo dominio alemán.

Este estatus se había establecido en poco tiempo. Poco más de cinco años antes, las fronteras del Reich alemán se extendían como las de la época de la República de Weimar. En consecuencia, el margen de maniobra de la política exterior alemana era estrecho; sus objetivos se limitaron inicialmente a la revisión del Tratado de Versalles y, acaso, a la reunificación del Sarre con el Reich alemán (enero de 1935) y a la ocupación por parte de la Wehrmacht de la Renania desmilitarizada (marzo

de 1936). Todo esto no eran más que correcciones territoriales «dentro» de la esfera de dominio alemana. Aquello cambiaría en 1938. Con la «unión»[1] sin oposición de Austria en marzo y la anexión, un poco más dramática, de los Sudetes en septiembre-octubre, la Alemania nacionalsocialista pudo expandir por primera vez sus fronteras. Ambas podrían justificarse con el derecho a la autodeterminación de los pueblos, tal y como había pregonado el presidente estadounidense Woodrow Wilson al final de la Primera Guerra Mundial. Que Hitler no creía en esto, y tampoco en las fronteras y tradiciones del Reich de Bismarck, se demostró poco tiempo después, en marzo de 1939, con la ocupación del denominado «resto de Checoslovaquia», que pasó a ser administrado bajo el nombre de Protectorado de Bohemia y Moravia. Esta ocupación fue brutal y supuso un punto de inflexión porque, al menos entonces, las potencias occidentales tuvieron que reconocer que su política, basada en el apaciguamiento y el equilibrio —el «Appeasement»—, había fracasado finalmente. Mientras tanto, sus declaraciones ofreciendo garantías a los estados de Europa Oriental fueron ignoradas por Hitler. Poco después, cuando intentó chantajear a Polonia desde el punto de vista territorial, pero sobre todo político, dejó a Gran Bretaña y Francia sin opciones. La invasión alemana de Polonia el 1 de septiembre de 1939 fue seguida, dos días más tarde, por las declaraciones de guerra británica y francesa. De este modo, había comenzado para el Reich alemán algo que su «líder» (*Führer*) había planeado y preparado durante mucho tiempo: la conquista del «espacio vital» (*Lebensraum*) por medio de la guerra.

En julio de 1940 esta etapa parecía casi concluida, al menos en Europa. Sin embargo, observando más de cerca el mapa, resultaba sencillo ver cuán heterogéneo era realmente el bloque de poder alemán. Había áreas ocupadas por los alemanes en su totalidad, o en parte (Bohemia y Moravia, Polonia, Dinamarca, Noruega, Bélgica, Holanda, Luxemburgo y Francia), había aliados (la Unión Soviética, Italia, desde noviembre de 1940 Rumania y Hungría y desde marzo de 1941, Bulgaria), amigos (Finlandia, Rumania y España) o estados en gran parte dependientes (Eslovaquia), mientras que el número de potencias neutrales continuó disminuyendo hasta el verano de

1941. Después de la campaña de los Balcanes y la ocupación germano-italiana de Yugoslavia y Grecia (6-23 de abril de 1941), solo quedaban en Europa unas pocas «islas» que se hubieran librado de la guerra y la tiranía: Suiza, Suecia, Irlanda, Portugal y Turquía, aunque incluso estos se encontraban expuestos a la creciente presión de la política alemana.

En ese momento, la Alemania nacionalsocialista podía tener agarrada a casi toda Europa y, por tanto, su potencial económico-militar era enorme. Casi no hubo resistencia. Al menos durante cierto tiempo, la fuerza ofensiva de Gran Bretaña estaba agotada, mientras que los movimientos de resistencia europeos todavía tenían que organizarse. En ese momento, el estado de ánimo de las sociedades de ocupación europeas estaba por lo general en sintonía con «l'attentisme», en una cauta espera. Para Hitler y sus partidarios, se daban las condiciones más favorables posibles. En el verano de 1940 se encontraba en la cumbre de su poder y muchas cosas parecían indicar, al parecer, que el gigantesco riesgo de la guerra que había desencadenado había merecido la pena.

Hitler: ideología y estrategia

Hay muchas explicaciones para la repentina expansión del poder alemán en Europa: político-militar, social y también histórica. Sin embargo, el impulso más importante, con diferencia, provino de un individuo, Adolf Hitler (1889-1945). Por supuesto, en su biografía se reúnen muchas tendencias, resentimientos y anhelos supra personales y, por supuesto, sus decisiones habrían sido bastante ineficaces sin el entusiasta y obediente ejército de millones de «conciudadanos». Pero también es cierto que, hasta el verano de 1940, Hitler se había puesto en una situación en la que, como indiscutible señor supremo de la guerra, era libre, como nunca antes y nunca después lo sería nadie, de definir las grandes líneas de la estrategia alemana. Su poder y sus posibilidades eran inmensos y, en consecuencia, también lo era la influencia que en aquel momento podría tener, como pocas personas más, en la política mundial.

Pero también estaba expuesto a restricciones externas. Los tres factores más peligrosos para él eran: Gran Bretaña, la Commonwealth y Winston

Churchill (1874-1965). El 10 de mayo de 1940, día del ataque alemán en el oeste, Churchill se convirtió en primer ministro británico, y fue —tal y como formuló magistralmente Joachim Fest— «como si la profundamente derrotista Europa, tras verse enredada en su intrincado entendimiento con Hitler, redescubriera con este hombre sus normas, su lenguaje y su autoafirmación». Más temprano y más claro que muchos de sus contemporáneos, Churchill había reconocido que el nacionalsocialismo no solo ponía en cuestión su país o Europa, sino, en esencia, todo el orden mundial existente. Y más que cualquier hombre de Estado antes que él, Churchill se mostró dispuesto y capaz de resistir a los aparentemente invencibles invasores alemanes, con todos los medios imaginables y, si fuese necesario, también al precio de perder todo el Imperio británico. Solo la voluntad de resistencia de Churchill y la disposición de la sociedad británica para seguir su política de «victoria a cualquier precio» marcaron la frontera decisiva frente al insaciable deseo alemán de conquista. Desde el punto de vista de la política exterior, se trató de una decisión solitaria sin el respaldo de un aliado real. En sus memorias, Churchill restringió el título de este capítulo probablemente crucial de la Segunda Guerra Mundial a una sola palabra: «Alone» («Solo»). Fue, de hecho, «la hora más grandiosa» —no solo para Churchill—. Para Hitler, aquello dio lugar a varios problemas desde el punto de vista del poder político y conceptual del mundo. Siempre había albergado la esperanza de una alianza entre Alemania y Gran Bretaña que, como socios «germánicos» congeniales, deberían compartir el dominio mundial tanto en tierra como en el mar y en ultramar. Pero ya antes de 1939 tuvo que darse cuenta de que tales ideas encontraban pocos amigos en el mundo británico. Igualmente estéril fue en aquel momento el «llamamiento a la paz» de Hitler a Gran Bretaña (19 de julio de 1940), de modo que, en su comprensión del mundo, ya no quedaba entonces otra opción salvo obligar a aceptar la paz a aquella potencia naval tan odiada como admirada. Los tres enfoques en los que se centraron los estrategas alemanes durante las siguientes semanas fueron: intensificar la guerra aérea contra las islas británicas como preparación para su invasión; a continuación, una guerra submarina general contra los convoyes británicos en el Atlántico y, por

último, un compromiso cada vez mayor en el Mediterráneo que, sin embargo, no condujo a ninguna situación decisiva. A pesar de todos los esfuerzos y sacrificios, nada cambiaría en el estancamiento estratégico en Europa hasta finales de 1940. Alemania todavía estaba en posesión de la iniciativa. No obstante, teniendo en cuenta las abrumadoras reservas de la Commonwealth británica y, a largo plazo, también las de los Estados Unidos, era previsible que el tiempo correría a favor de sus enemigos.

Pero Hitler no estaba preparado para extraer consecuencias políticas de aquello. En lugar de limitar o terminar la guerra, quiso expandirla. Lo que revisó entonces, aunque con cierta vacilación, solo fue su plan cronológico: ¿por qué no convertir ya en realidad el objetivo final de su política, la gran campaña de conquista hacia el este? ¿Por qué no decidir una guerra estancada por medio de otra? Hitler sabía muy bien que un cambio tan radical en la estrategia alemana implicaba riesgos imprevisibles. Hasta ahora, la Unión Soviética había demostrado ser un aliado fiable y también un proveedor de materias primas. Sin la Unión Soviética cubriendo sus espaldas, el Reich alemán se enfrentaba al dilema de una guerra en dos frentes, en la que ya había fracasado durante la Primera Guerra Mundial. ¿Pero quizás esta coalición también podría romperse repentinamente? A Hitler siempre le pareció tentador una «guerra relámpago» global en la que la guerra alimentaría a la guerra: al final de aquel «plan escalonado», Alemania podría entonces, con la ayuda de su nuevo «espacio oriental» —así aparecía en la visión de Hitler— derrotar a todos, a Gran Bretaña y también a los Estados Unidos.

Por el momento, se trataba tan solo de juegos de planificación, obviamente secretos, pero bastaron para enfriar las relaciones con la Unión Soviética. Para colmo de desgracias, cuando, durante su primera visita a Berlín entre el 12 y el 13 de noviembre de 1940, el ministro de Asuntos Exteriores Viatcheslav Mólotov concretó las nuevas pretensiones territoriales de la Unión Soviética en Europa —apuntaban sobre todo a asegurarse su influencia en Escandinavia, en el sur de los Balcanes y en el estrecho de los Dardanelos—, Hitler entendió aquello como una última «prueba». Entonces se acabaron sus vacilaciones. Ya el 5 de diciembre de

1940, informó a sus asesores militares que la cuestión «sobre la hegemonía europea» se decidiría «en el combate contra la Unión Soviética». Trece días más tarde, firmó su famosa Directiva N.º 21. Su primera frase decía así: «La Wehrmacht debe estar preparada, antes incluso de la conclusión de la guerra contra Gran Bretaña, para derrotar a la Rusia soviética en una campaña rápida».

El proyecto monstruoso: el gran imperio germánico de la nación alemana

La decisión de Hitler de atacar a la Unión Soviética no procedía de un mero cálculo de poder. Sus motivos eran más complejos y tenían una historia previa mucho más larga. Había deseado esta guerra durante mucho tiempo y, por fin, veía la oportunidad de aniquilar por completo a los «enemigos mortales» ideológicos del nacionalsocialismo: los bolcheviques, los judíos y también los eslavos. De ese modo, Hitler regresaba a sus inicios, hasta sus más extravagantes visiones fantasmagóricas, cuya medida no se encontraba en el arte de lo posible, sino en los principios de su desmesurado mundo ilusorio que audazmente se había construido: «Detenemos la interminable campaña alemana hacia el sur y el oeste de Europa y dirigimos la mirada hacia la tierra en el este. Concluimos, por fin, la política colonial y comercial del período anterior a la guerra y pasamos a la política territorial del futuro».

El extracto del *Mein Kampf*, el catecismo de Hitler, revela en qué fecha tan temprana se había marcado ya este objetivo. Sin embargo, en su política hasta aquel momento solo se había vuelto vagamente reconocible. Tan solo a partir de 1938-1939 se volvieron más claras sus intenciones. Con anterioridad, su éxito se había basado principalmente en el hecho de que solo el compromiso táctico desactivaba la ideología en su inevitabilidad y, de este modo, la hacía factible. A partir de ahora, sin embargo, solo se aplicarán la utopía y la doctrina.

Su objetivo no era «solo» la destrucción. Puesto que Hitler consideraba que el «espacio oriental» estaba «desolado y vacío», quiso diseñarlo a su propia discreción, sin ninguna consideración hacia su pasado o hacia los

que realmente vivían allí. Más bien, veía en esa tierra el futuro de los alemanes o, en efecto, de la totalidad de la «raza germánica». Era como si un niño malo quisiera organizarlo todo de nuevo: cambiaría de lugar a los pueblos, los destruiría, trasladaría, «los enviaría al norte» o los transformaría en lacayos, con total desprecio por todos los afectados. Incluso la historia del siglo XX conoce muy pocos casos que se puedan comparar con aquello.

Una característica de las relaciones en la Alemania nacionalsocialista era que el «líder» no estaba solo en todo esto. En efecto, estos juegos de guerra ultra secretos fueron sometidos primero a examen dentro del círculo de protección del poder que se había acercado a los centros de liderazgo del Reich. Allí, sin embargo, había suficientes «especialistas» que, con un celo fácil de reconocer, tradujeron los enloquecidos proyectos de Hitler en instrucciones muy concretas. Aquí se hizo menos uso de su entorno, sino (y aquello no hizo más que empeorar las cosas) de auténticos especialistas: funcionarios ministeriales, del partido, oficiales de Estado Mayor, científicos, diplomáticos y algunos industriales. Al final, en los mapas imaginarios de este «planificador de espacios», el «gran imperio germánico de la nación alemana» debía extenderse desde la costa atlántica hasta las estribaciones occidentales de los Urales. Su núcleo lo constituía el Gran Reich Alemán, expandido en el oeste por partes sustanciales de Francia y, en el este, por Bohemia, Moravia y toda Polonia. Pero como base imperial de este núcleo de poder no se preveían los estados vasallos en occidente o en los Balcanes, sino el «Comisariado del Reich» —enormes extensiones en Escandinavia, pero sobre todo «en el este»: Ucrania, Ostland (la antigua Bielorrusia y el Báltico), Moscovia y el Cáucaso.

Lo que aquello significaba para las personas que vivían allí lo insinuó el «Plan General del Este». Encargadas en 1940 por el Reichsführer SS Heinrich Himmler, estas planificaciones representaban la gran propuesta para la futura política de ocupación alemana en Europa Oriental. Querían empujar hasta Siberia a 31 millones de eslavos, si se diera el caso también a 51 millones (los planificadores alemanes fueron generosos) de polacos, bielorrusos, ucranianos y checos; abandonarlos allí o directamente

«desguazarlos». Solo deberían quedarse atrás un resto «susceptible de germanización» y los potenciales esclavos para trabajar. Himmler había anunciado anteriormente que estas «etnias extranjeras» debían aprender «que es un mandamiento divino obedecer y ser fieles a los alemanes, ser diligentes y honestos». Los «colonos» previstos, entre 5 y 12 millones de «germanos», que quisieran alistarse en el Reich, pero también en el resto de Europa, serían considerados señores. Con la ayuda de un gigantesco sistema de 39 grandes demarcaciones militares, innumerables emplazamientos, que estarían interconectados mediante autopistas y ferrocarriles, dominarían la tierra que se protegería hacia el este mediante una gigantesca «muralla».

Por poco realistas que pudieran parecer aquellos monstruosos planes, constituían la base de la política alemana. Si estaban simplemente incompletos o, incluso, si no pudieran llevarse a cabo, apenas importó para que los dirigentes alemanes se tomasen muy en serio aquellos diseños. El problema fue, más bien, que la guerra que iniciaron fue muy diferente de lo que habían esperado originalmente. Esto, a su vez, apunta a un problema central en la historia del nacionalsocialismo. Se trataba de una utopía cuya realización estaba estancada en sus comienzos, por lo que, a menudo, en retrospectiva, resulta difícil reconocer sus objetivos reales. Después de 1945, sus iniciadores también habían hecho mucho para reducir el radicalismo y la inhumanidad de sus intenciones. Pero esa fue exactamente la causa primera de la operación Barbarroja. Que el comportamiento de los alemanes bajo la influencia de la guerra cambiara posteriormente y que hubo una división del trabajo entre los atacantes es una cuestión diferente. En cualquier caso, en el origen se encontraban la ideología y la política, y la conocida máxima de que esta última solo continúa funcionando de una forma diferente durante la guerra y rara vez parece tan justificada como en el caso de «Barbarroja».

Stalin: ideología y estrategia

¿Se dieron cuenta los dirigentes soviéticos, especialmente el dictador soviético Josef V. Stalin (1878-1953), de lo que estaba preparándose en Occidente? Sí y no. Por supuesto, era imposible mantener en absoluto

secreto el despliegue de un ejército de millones de personas en las fronteras con la Unión Soviética (y también la cautelosa búsqueda de la diplomacia alemana de aliados para una campaña en el este). Hasta el 22 de junio de 1941, hubo cada vez más advertencias. Sin embargo, cuanto más se intensificaban los indicios de un ataque alemán, más obsesionado permanecía Stalin hasta un punto casi dogmático por el curso de la política exterior que había establecido en su día, y cuyo núcleo en aquel momento era el «Pacto de no agresión con Alemania». ¿Por qué ocurrió así?

En términos de política exterior, desde el comienzo mismo de su existencia, la Unión Soviética se había encontrado en un extraño conflicto. Los bolcheviques habían ganado la revolución y la guerra civil (1917-1921), pero no se habían cumplido sus esperanzas de una revolución mundial. La URSS se había mantenido como el único estado socialista que era soberano, grande, con gigantescas pretensiones ideológicas, pero, de hecho, débil y aislado en un mundo que sentía recelos o incluso reaccionaba de manera hostil ante este experimento político. En vista de los objetivos revolucionarios que los bolcheviques todavía propagaban al resto del mundo, aquello no resultaba del todo incomprensible.

Pero, en realidad, aquello se estaba convirtiendo cada vez más en mera retórica. Desde finales de la década de 1920, tras la consolidación del poder supremo de Stalin, la política exterior soviética comenzó a cambiar su rumbo. Su orientación fundamental de «construcción del socialismo en un país» determinó cada vez más la política exterior de la Unión Soviética. Específicamente, esto significó un retorno a la política de poder de estilo clásico y también un final gradual de su aislamiento internacional. El comienzo de este enfoque lo inició una estrecha cooperación con Alemania (Tratado de Rapallo, 16 de abril de 1922; Tratado de Berlín, 24 de abril de 1926), a continuación, una red de tratados de no agresión con los vecinos inmediatos, como Turquía (1925), Persia (1927) y Afganistán (1931), así como en 1932 con Finlandia, Letonia y Estonia, y, por último, aunque no por ello menos importante, Polonia. Sin embargo, ya en septiembre de 1933, después de su «toma del poder», Hitler promulgó internamente la consigna de que «las relaciones germano-rusas no son prácticas a largo

plazo». Como muy tarde, desde el pacto de no agresión germano-polaco de enero de 1934, la política exterior soviética tuvo que reorientarse una vez más. Su base fueron entonces los dos pactos de mutua asistencia con Francia (2 de mayo de 1935) y Checoslovaquia (16 de mayo de 1935). Este «sistema de seguridad colectiva» fue posible gracias a la entrada soviética en la Liga de Naciones en septiembre de 1934 (apenas un año después de la salida de Alemania y Japón) y a la nueva estrategia del Frente Popular, que la *Komintern*, la Internacional Comunista en Moscú, anunció a todo el mundo en 1935.

Pero, ¿hasta qué punto era realmente sostenible este sistema? La Unión Soviética seguía siendo una extraña en la dura realidad de la política internacional. Solo podía reaccionar a las políticas que trazaban otros poderes. ¿Se garantizaba en efecto su seguridad mediante tratados y resoluciones? La crisis de los Sudetes en el otoño de 1938 pareció reafirmar la casi enfermiza desconfianza de Stalin hacia los odiados países capitalistas. Las potencias occidentales se habían doblegado ante Hitler, mientras que la Unión Soviética no había estado en absoluto involucrada en la resolución de la crisis internacional. ¿No estaba amenazada ahora por un cerco de aislamiento de los Estados capitalistas? ¿Se valdrían quizás incluso de la «Alemania fascista» como cuña contra el primer Estado socialista? El dictador soviético pasó por alto conscientemente que él mismo no había hecho en aquel momento el más mínimo intento de salvar al aliado checoslovaco. Stalin continuaba teniendo la decisiva impresión de que las potencias occidentales deseaban involucrar a Alemania y a su país en una guerra, tal como se apresuró a proclamar públicamente, en marzo de 1939, en el XVIII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). Cierto era que, en aquel momento, las tensiones internacionales se estaban agudizando; pero todavía no estaba claro cuándo y en qué coyuntura comenzaría la inminente guerra. En cualquier caso, el nerviosismo y el miedo al abandono que sentía Stalin se correspondían con el estado de ánimo del verdadero agitador, el de Hitler, quien, en ese momento, era cada vez más consciente de que a medida que se agravaba la situación, más aislada estaría Alemania en su ataque contra Polonia, algo que era una

cuestión decisiva. Aunque el 22 de mayo de 1939 Hitler había concluido con gran estruendo propagandístico el llamado «Pacto de Acero» con el dictador italiano Benito Mussolini, el comienzo de la guerra en septiembre de 1939 confirmaría rápidamente el escepticismo alemán respecto a aquella alianza. La Italia fascista se declaró «no beligerante»; hasta el 10 de junio de 1940, cuando ya casi estaba decidida la guerra contra el vecino francés, Italia no quiso involucrarse en el bando alemán.

Pero, ¿en aquel momento, sobre quién habría sido capaz de construir la estrategia alemana? Aquello, a su vez, puso en juego a Stalin, quien, ni siquiera en los años anteriores, había descartado por completo la posibilidad de una alianza con Alemania. A pesar de que las diferencias ideológicas no podían ser más agudas y las intenciones estratégicas de los dos tiranos eran completamente contrarias, resultaba obvio que sus intereses parecían, no obstante, ser complementarios: Hitler quería tener, eventualmente las espaldas cubiertas; Stalin quería mantener a su país fuera de la gran guerra europea, al menos por el momento. El resultado fue, después de todo tipo de pruebas y tribulaciones de la diplomacia internacional, el pacto de no agresión germano-soviético del 23 de agosto de 1939, que de repente puso patas arriba toda la política internacional. El protocolo adicional, absolutamente secreto, en el que Europa Oriental se dividía abierta y brutalmente entre las dos dictaduras, correspondía a otro deseo de Stalin; quería aprovechar el momento y, mediante ganancias territoriales más o menos veladas, enlazar con las viejas ambiciones hegemónicas del imperio zarista.

De hecho, al principio pareció que el plan de Stalin funcionaba. Tal como se esperaba, entre Alemania y las potencias occidentales estalló la guerra que, inicialmente, paralizó a ambos bandos. Mientras tanto, la Unión Soviética pudo extender poco a poco sus fronteras hacia el oeste, sin que aquello le involucrase en un conflicto realmente peligroso: en rápida sucesión, las tropas soviéticas ocuparon el este de Polonia (17 de septiembre-6 de octubre de 1939), a continuación los tres estados bálticos (15 y 17 de junio de 1940) y, finalmente, con Besarabia y el norte de Bucovina, la parte oriental de Rumania (28 de junio-1 de julio de 1940). E

incluso en la Guerra de Invierno contra Finlandia (30 de noviembre de 1939-12 de marzo de 1940), la Unión Soviética pudo finalmente «recuperar» partes del sudeste de Finlandia (Carelia occidental).

No era solo el botín territorial; eran también los, para Stalin, sorprendentemente rápidos éxitos alemanes que, desde su punto de vista, aconsejaban ante todo no enemistarse bajo ninguna circunstancia con los poderosos aliados occidentales. También por eso se amplió aún más la cooperación entre los archienemigos de antaño; el 28 de septiembre de 1939 siguió un tratado fronterizo y de amistad, el 11 de febrero de 1940 un tratado económico, y el 10 de enero de 1941 otro acuerdo comercial. Los enormes suministros de la Unión Soviética al Reich (en 1940-1941 ascendieron a un valor total de 618 millones de marcos por un contravalor de productos alemanes que ascendió a 532 millones) eran indispensables para el esfuerzo bélico. Hasta el último momento, rodaron hacia el oeste trenes de mercancías soviéticos. En otras palabras, sin petróleo soviético, los tanques alemanes apenas habrían llegado a las afueras de Moscú en 1941.

Desde el punto de vista militar, el bando soviético también intentó al principio provocar lo menos posible. En cualquier caso, los oficiales del Estado Mayor alemán registraron con mucha precisión que «no había signos de actividad rusa hacia nosotros». En aquel momento, los militares alemanes no se sentían amenazados por el Ejército Rojo; apenas se consideraba un enemigo al que tomarse en serio. Por lo tanto, al menos en el verano de 1941, ni siquiera se puede decir que la Wehrmacht fuera a evitar la amenaza de un ataque soviético mediante un golpe preventivo. Por supuesto, esto no debería oscurecer el hecho de que también Stalin perseguía objetivos imperialistas que, en parte, apuntaban al mismo centro de Europa. Pero solo se harían realidad más tarde, si la Europa capitalista se hubiera agotado una vez más en una nueva guerra mundial. Solo entonces, según Stalin en 1925, es decir, de manera similar a una etapa temprana de su antagonista alemán, la Unión Soviética «intervendría en el último momento para imponer su peso decisivo en uno de los platos de la balanza».

[1] El término alemán *Anschluss*, utilizado para la inclusión de Austria dentro del Reich alemán, puede traducirse como «unión», «conexión», «integración», incluso «anexión» (*N. del T.*).

III. REQUISITOS PREVIOS

Agresores

Mientras Stalin seguía confiando en la complicada mecánica de sus axiomas de política exterior, el despliegue alemán continuaba sin interrupciones: hasta junio de 1941, los mandos de la Wehrmacht reunieron alrededor de 3,3 millones de soldados en las fronteras con la Unión Soviética. En total, el número de efectivos desplegados en el este durante el curso de la guerra se calcula en unos diez millones. En una palabra, fue el mayor despliegue militar de la historia alemana. Nunca fue suficiente.

La explicación para este hecho parece simple. Para una guerra de múltiples frentes contra una coalición como la de los Aliados, los recursos económicos y demográficos de la esfera de influencia alemana eran, sencillamente, demasiado escasos. Pero, ¿es realmente posible explicar el curso de una guerra solo con algunas comparaciones estadísticas? La realidad militar resulta, a menudo, mucho más compleja, recordando solo el ejemplo de la campaña occidental. Y, en la Unión Soviética, la Wehrmacht también triunfó al principio. ¿Por qué ocurrió así?

La mayoría de los soldados alemanes creían, al menos al principio, en el sentido de esta guerra. Que además fueran experimentados y estuvieran curtidos, bastante bien equipados, entrenados y dirigidos, al menos tácticamente, y que se beneficiaran del elemento sorpresa, aseguró su éxito en un principio. Por lo general, estos soldados lucharon en tierra. Esto también se aplicaba a la mayoría de los miembros de la Luftwaffe, al menos el 27 por ciento de esta fuerza, mientras que la participación de la Marina alemana en la guerra del este fue marginal. Sin embargo, esta guerra sacó rápidamente a la luz las debilidades profesionales de la Wehrmacht. En esta prueba de resistencia, se demostró cuán improvisadas eran las fuerzas armadas alemanas. Entre 1919 y 1933 se habían reducido a tan solo 115.000 hombres; después, estos cuadros se multiplicaron una y otra vez durante el

período de rearme de 1933-1935 con cientos de miles de reclutas, voluntarios o veteranos de la Guerra Mundial reenganchados y equipados con material de guerra alemán, y, más tarde, con más material apresado al enemigo que, sin duda, era cada vez menos adecuado, tanto en cantidad como en calidad. El resultado fue un conglomerado confuso de unidades y formaciones muy distintas entre sí en cuanto a profesionalidad, armamento y la imagen que tenían de sí mismas.

Como columna vertebral del Osthcer (Ejército del Este) servían las divisiones de infantería, unidades poderosas con un número de efectivos superior a los 17.000 hombres, pero cuyo potencial en vehículos de motor, armas antitanque y pesadas, era demasiado débil. Los 3.350 tanques y 600.000 vehículos del Ostheer (situación en junio de 1941) se concentraban principalmente en sus divisiones motorizadas. Estas pocas formaciones de élite deberían destrozar la línea de frente enemiga y hacer posible la guerra relámpago. Con razón se ha comparado a aquel ejército alemán con una lanza —una punta aguda, metálica, pero corta, sobre una larga asta de madera—. Con este arsenal relativamente pequeño de armas modernas (vehículos blindados de todo tipo, artillería motorizada, lanzacohetes, la última tecnología en comunicaciones y apoyo aéreo permanente), la Wehrmacht logró crear una superioridad a corto plazo capaz de decidir batallas —incursiones rápidas, sin tener en cuenta el ritmo de marcha de la infantería—. Sin embargo, este potencial se agotó pronto, en el otoño de 1941.

Desde el principio, las unidades que debían asegurar esta gran área de ocupación fueron insuficientes. Aquí solo se hizo el uso de lo que ya no era adecuado para el frente. Se puede comprender cómo se había imaginado la organización del Ostheer mediante una disposición de junio de 1943: en aquel momento, había desplegadas en el frente oriental 217 divisiones alemanas, de las cuales 154 eran de infantería, 37 motorizadas y, finalmente, 26 para asegurar el dominio militar de la ocupación. Así pues, las unidades realmente modernas, que disfrutaban de todo el repertorio de armamento, seguían siendo la excepción. Y una cosa más se puede observar

aquí claramente: la mayoría de los soldados alemanes vivieron esta guerra en el frente y no en el interior.

Ya en 1941, el Ostheer tuvo que hacer frente a enormes pérdidas humanas y materiales. Para un ejército que no contaba con una reserva de armamento importante y, menos aún, de soldados, aquello resultó catastrófico. Sin la ayuda de los aliados alemanes, hubiera sido imposible la ofensiva del verano de 1942. Sin embargo, el Ostheer experimentó una especie de «segunda primavera» a partir de 1943 con el programa de «armas milagrosas» creadas por Albert Speer. Primero llegaron los tanques pesados de tecnología avanzada, como los Tiger, Panther y diversos cazatanques. Desde 1944-1945, la infantería comenzó también a ser más eficaz con la introducción del rifle de asalto y el Panzerfaust. Sin embargo, estos impulsos de modernización ya no pudieron cambiar el rumbo de la guerra.

A partir del invierno de 1941-1942, desde el punto de vista militar y logístico, el Ostheer vivió al día. Representativa de esta situación fue la improvisación permanente, gracias a la cual, sin embargo, logró retrasarse la gran catástrofe militar, al menos hasta el verano de 1944. Lo que salvó siempre a las unidades desplegadas en el este fue su cohesión y alto nivel de capacidad profesional, incluida la de los mandos. De este modo se pudieron compensar otras problemáticas como las terribles pérdidas, su creciente falta de movilidad, las intervenciones desde el cuartel general del Führer, que cada vez resultaban más estrafalarias, y, no menos importante, la progresiva superioridad del enemigo. La lucha había sido tan dura en 1941, declaraba un comandante de regimiento alemán, «que los soldados alemanes que sobrevivieron se convirtieron en una fuerza tan poderosa como muy pocas veces habíamos tenido». Su cohesión era inusualmente grande y las deserciones se mantuvieron en el frente oriental en unos niveles muy bajos, al menos hasta el invierno de 1944-1945. La razón fue, sin duda, un severo régimen de mando y obediencia, y un enemigo temido por la mayoría de los soldados alemanes. Sin embargo, aún más eficaz fue la mentalidad de los hombres, que aseguró que permanecieran apegados a conceptos como la camaradería, la valentía y la patria, y, por lo tanto, al

mundo de lo militar. También la mentira de la propaganda según la cual el ataque a la Unión Soviética era un ataque preventivo, fue eficaz durante mucho tiempo bajo la influencia de la ideología nazi, cuyos mecanismos de socialización habían influido fuertemente a los soldados más jóvenes.

Pero, en su conjunto, la Wehrmacht era ideológicamente mucho más heterogénea de lo que uno inicialmente sospecharía. Esa era la única razón por la que pertenecían a ella personas de todas las generaciones. Sin embargo, más fatal resultó que estos hombres tuvieran que modificar sus ideas a raíz de una guerra cuyo curso se correspondía cada vez menos con las altisonantes promesas de la propaganda alemana. Al final predominó otra cosa: la conciencia o, al menos, la idea de que su propia culpa, fuese a nivel global o de forma individual, y también la convicción de que debían defender la patria contra los «bolcheviques», aunque solo fuera porque los frentes de esta guerra se encontraban ahora a medio camino de su hogar. Este hecho también puede explicar por qué nunca se desmoronó el Ostheer. Sin embargo, las vidas de los soldados no estaban predeterminadas; no es posible dar una explicación de su forma de actuar estudiando tan solo su manera de pensar. Precisamente en su caso, los factores externos resultaron mucho más determinantes: el Ejército, la dictadura y una guerra cuyos prisioneros fueron estos soldados —igual que sus enemigos soviéticos.

Aliados

Una cuestión que a menudo se pasa por alto es que los agresores alemanes no lucharon solos en la Unión Soviética; a su lado hubo muchos aliados procedentes de toda Europa. En 1943, un tercio de los efectivos uniformados en el bando alemán era extranjero. Que el Ostheer se convirtiera gradualmente en un conglomerado de ejércitos internacionales fue el resultado de las alianzas políticas, pero también de decisiones personales: había aliados, voluntarios procedentes de Europa y, por último, colaboradores locales.

Esto no fue planeado así en un principio. Especialmente en una guerra como esta, Hitler quería mantener una total libertad de elección y tener en cuenta lo menos posible a unos aliados que a menudo, así lo demostraba la

experiencia, se mostraban débiles o difíciles. De hecho, solo dos estados deberían estar realmente involucrados en la gran conquista del Este: Finlandia y Rumania. Sin duda ambos perseguían intereses territoriales tangibles en la Unión Soviética —sin contrariar por ello las ansias de poder de Alemania— porque operaban en los límites extremos del frente oriental; es decir, en regiones en las que, sin ellos, la Wehrmacht tendría únicamente dificultades. Por lo tanto, los ejércitos rumanos e, incluso comparativamente, aún más los finlandeses, disfrutaron de mucha autonomía. Por el contrario, los otros socios deseados de Hitler, Turquía y Bulgaria, fueron lo suficientemente inteligentes como para mantenerse al margen de una empresa como aquella, el primero totalmente y, el segundo, en gran medida.

Pero todos los demás aliados no tenían nada que ver con la idea de Hitler del futuro «espacio vital». Eso no fue fácil porque el ataque alemán a la URSS había vuelto a despertar fuertes emociones antibolcheviques en Europa, aunque a veces también la mera ansia de botín. Por lo tanto, ya en el verano de 1941, Italia, Hungría, Eslovaquia y Croacia, todos ellos aliados formales de los alemanes, mostraron sus deseos de aparecer con las primeras unidades en el teatro bélico soviético. Debido a su entrenamiento y su equipamiento, en su mayoría de tercera categoría, al principio solo estuvieron en la estela de los grandes acontecimientos militares. No fue hasta 1942, una vez que los dirigentes alemanes comprendieron lo mucho que iban a tener que depender de la ayuda externa, cuando ejércitos completos de rumanos, italianos y húngaros participaron en la segunda ofensiva alemana; irremediablemente abrumados, tuvieron que pagar un alto precio por ello. En total, combatieron en la Unión Soviética 800.000 soldados húngaros, 500.000 finlandeses, 500.000 rumanos, 250.000 italianos, 145.000 croatas y 45.000 eslovacos. Estaban en aquella misión porque así les había sido ordenado.

Por el contario, el resto de Europa estuvo representada por «voluntarios». Sus contingentes eran significativamente menores, nacionalmente heterogéneos, pero por lo general estaban más motivados. Se habían unido a las tropas alemanas por decisión personal, por convicción

ideológica, por sed de aventura o por necesidad de pertenencia y avance social. Inicialmente, los alemanes respondieron a este fenómeno con bastantes reservas a pesar de toda la palabrería ideológica vacía. En vista de sus elevadas pérdidas, pronto se vieron obligados a cambiar de opinión a pesar de que los criterios raciales del socialismo nacional se aplicaban también a los voluntarios extranjeros. Los centros de reclutamiento alemanes distinguieron inicialmente entre «no germánicos», por ejemplo, españoles, croatas o franceses, que se incorporarían generalmente a la Wehrmacht, y los «germánicos», como los daneses, noruegos u holandeses, que, como núcleo de un futuro «ejército pangermánico», solían encontrar destino en las Waffen-SS. Esto constituyó también una fuente de captación de «alemanes étnicos», en particular de Europa sudoriental, aunque por lo general no eran voluntarios, sino que eran reclutados sobre la base de acuerdos bilaterales entre estados. Aunque desde 1942 los alemanes habían aumentado significativamente su propaganda para el servicio militar voluntario, también con vistas al alto poder simbólico y político de una Europa combatiendo unida, el resultado estuvo muy por debajo de sus expectativas. El número de voluntarios que sirvió en el período 1941-1945 en el frente oriental oscila en torno a las siguientes estimaciones: 47.000 españoles, 40.000 holandeses, 38.000 belgas, 20.000 polacos, 10.000 franceses, 6.000 noruegos, 4.000 daneses, y grupos aún menores de finlandeses, suecos, portugueses y suizos.

Por último, los «colaboradores» tenían una relevancia militar y política completamente diferente que las cifras respaldan. Las estimaciones alcanzan los 800.000 rusos, 280.000 caucásicos, 250.000 ucranianos, 100.000 letones, 60.000 estonios, 47.000 bielorrusos y 20.000 lituanos que sirvieron en el bando alemán. Las razones de esto fueron muy diferentes. Entre los bálticos, los caucásicos y los ucranianos se debió principalmente a motivos nacionalistas y antibolcheviques, mientras que el empleo de los rusos, en su mayoría como auxiliares voluntarios, conocidos como «Hiwis» en las unidades alemanas, fue, a menudo, el producto de una situación de pura necesidad, y solo secundariamente la consecuencia de lazos personales o convicciones políticas.

Tan heterogéneos como los orígenes y la mentalidad de estos colaboradores militares, eran su motivación y potencia de combate. Tiempo después, uno de sus comandantes alemanes afirmó que una quinta parte de estas unidades «era buena, una quinta mala y tres quintas partes inestables». Esto resultó aún más evidente cuando se agruparon en unidades «autóctonas»: primero los bálticos, después los pueblos del Cáucaso, los ucranianos y, hacia el final de la guerra, también los rusos en el llamado Ejército de Vlásov. Sin embargo, la idea de una «cruzada europea contra el bolchevismo» logró sobrevivir a la caída del nazismo en algunos exiliados o radicales de extrema derecha que, aún después de 1945, propagaron con entusiasmo semejantes ideas, e incluso en la forma de algunos de los dispersos grupos guerrilleros antibolcheviques que siguieron existiendo hasta los años cincuenta en los países bálticos y Ucrania.

La verdadera problemática de todo esto fue que tales conceptos eran diametralmente opuestos a los objetivos de la dirigencia nazi. Sus políticas ofendían incluso a los más complacientes porque, básicamente, Hitler resultaba completamente indiferente a los «corazones y a las mentes» de sus colaboradores de Europa Oriental. Y, sin embargo, habrían sido precisamente los más importantes. No obstante, a pesar de todas las batallas propagandísticas, el «Führer», hasta un momento muy tardío, no tuvo la intención de aprovechar realmente esta oportunidad con la ayuda de un concepto político viable para la tan evocada «nueva Europa». Aunque algunos sectores de la Wehrmacht, la burocracia ministerial e incluso de los dirigentes de las SS se apoyaban cada vez más en el potencial de los colaboradores de Europa Oriental, estos continuaron siendo tratados como inferiores y dependientes de las instrucciones alemanas.

Sin embargo, la lucha contra la Unión Soviética no fue solo la guerra de Hitler. En su base fue una guerra alemana y, al principio, también una guerra europea, en la que se agruparon muchas ideas y propósitos, en parte, muy distintos.

La Unión Soviética: territorios y personas

El país que invadió la Wehrmacht en el verano de 1941 parecía casi interminable. También por eso debía ser sometido. Una extension de 218 millones de kilómetros cuadrados, una sexta parte de la tierra, tal como proclamaba orgullosa la propaganda soviética. No solo la extensión territorial de la Unión Soviética, sino también su clima, resultaban poco auspiciosos para la Wehrmacht. En efecto, su mayor parte se encontraba en la zona templada (junto a las pequeñas zonas árticas, subárticas y subtropicales), por lo que, al menos, el verano podría ser soportable para los combatientes. Pero esta época del año también podría significar un calor abrasador, el polvo y la falta de agua o las lluvias torrenciales, desiertos de barro y miríadas de mosquitos. Sin embargo, fue el terrible invierno lo que prevaleció en este teatro de operaciones. Golpeó a todos los soldados, independientemente de si se habían desplegado en Laponia o en Crimea, aunque solo fuera porque gran parte de la Unión Soviética apenas estaba desarrollada y estaba mucho menos habitada que el Reich alemán, donde había 131 personas por kilómetro cuadrado, en comparación con las 69 de Ucrania, las 44 de Bielorrusia y las escasas 7 de Rusia.

Sin embargo, la sociedad soviética era gigantesca en su conjunto. En 1939 se habían contabilizado 167 millones de personas, y en 1941 habían crecido hasta los 194,1 millones, debido, sobre todo, a las anexiones. Ya solo con esto, la Wehrmacht se enfrentaba a un grave problema: ¿cómo se iba a ganar una guerra contra un oponente cuyos recursos humanos parecían casi inagotables? Por supuesto, la sociedad soviética también ofrecía una gran ventaja a la estrategia alemana; no era étnicamente homogénea, sino que estaba dividida en unos sesenta pueblos y más de cien pequeñas tribus. Ya en la Primera Guerra Mundial, el bando alemán había intentado, no sin cierto éxito, paralizar al Imperio ruso mediante una política que promoviera la independencia nacional de estos pueblos. Ahora, los dirigentes alemanes habrían podido comenzar de nuevo. «Habrían», porque Hitler y sus ayudantes tenían planes bastante diferentes para ellos. Sin embargo, especialmente en los márgenes del imperio soviético, siempre hubo una voluntad latente de cooperar con los alemanes.

No solo se trataba de objetivos nacionalistas. Uno de los motivos fueron las experiencias que había tenido la sociedad soviética con los gobernantes bolcheviques. Durante veinte años tuvieron tiempo de hacer realidad su sueño de una nueva sociedad. Las condiciones no pudieron ser más desfavorables. La revolución proletaria había tenido lugar en un país que era el menos adecuado para la ortodoxia marxista, extremadamente atrasado política y socialmente, en un vasto imperio subdesarrollado desde el punto de vista de la agricultura y la tecnología, configurado en torno al zar, la nobleza, la Iglesia y una cultura campesina muy arcaica cuya vida cotidiana apenas parecía verse afectada por lo que estuviera sucediendo en San Petersburgo o en Moscú. Se añadieron otras cargas, especialmente el legado de las derrotas en la Primera Guerra Mundial y en la guerra civil, una única secuencia de violencia, hambre y miedo que de 1914 a 1921 le había costado la vida a alrededor de 11,5 millones de personas. Posteriormente llegó la fragmentación étnica de la Unión Soviética, que no tuvo en cuenta el principio de un «internacionalismo» socialista. Y, por último, el largo y arduo autodescubrimiento de los bolcheviques tras la prematura muerte de Lenin (17 de enero de 1924), al final del cual surgió finalmente la dictadura de Stalin, contra la que Lenin había advertido con vehemencia poco antes de su muerte.

Ciertamente, se suponía que Stalin iba a revolucionar el país. Bajo su égida, el campesinado —el mayor grupo social— se redujo considerablemente, del 72 por ciento (1926) al 51 por ciento (1941). Aún más grave fue que casi todos los campesinos perdieron su independencia. Durante la colectivización obligatoria habían sido degradados a «jornaleros agrícolas» en los casi 250.000 *koljoses* (granjas colectivas) y *sovjoses* (granjas estatales). La nacionalización violentamente forzosa de la agricultura cambiaría a peor las condiciones de producción y de vida. En el viejo granero de Europa se racionaron muchos alimentos hasta 1935. Lo peor fue la escasez en el campo, donde a principios de la década de 1930 murieron de hambre entre 5 y 7 millones de personas. Este desastre vino acompañado por las deportaciones o ejecuciones de aquellos que la policía

secreta soviética (OGPU) creía que se oponían a los ambiciosos planes de modernización de Stalin.

Por supuesto, en el centro de su política estaba el sector industrial, no el agrícola. Su colectivización fue tan solo un primer paso: la vieja cultura rural tenía que desaparecer, la gente debía trasladarse a las ciudades y transformarse allí en obreros industriales, mientras que el resto de «fábricas agrarias» acabaría garantizando un suministro suficiente y, con los excedentes, deberían incluso financiar la construcción de la nueva industria pesada. Ese era el gran plan. En solo diez años, Stalin quería terminar con un atraso económico que él mismo estimó que era «de cincuenta a cien años». La estrategia era la implantación de los Planes Quinquenales prescritos por primera vez en 1929. Como si casi se pudiera ordenar el progreso, la sociedad soviética fue movilizada, obligada a los dictados de los «objetivos del plan» y arrojada de continuo a nuevas batallas productivas que, efectivamente, confirió al país, al menos en parte, de una imagen moderna: se crearon nuevos complejos industriales y ciudades artificiales, altos hornos, canales, estaciones de tractores y grandes depósitos. Una estadística tras otra celebraba la «construcción del socialismo», y aunque aquello se limitaba a un solo país por el momento, se declaraba una victoria sobre el capitalismo. La mayor parte de aquello era pura propaganda, pero logró aumentar el producto nacional bruto soviético en al menos un 50 por ciento entre 1928 y 1940 y crear una base para la industria pesada. Pero no solo cambió la economía; surgió el tipo del «nuevo» proletariado: joven, móvil, con una alta proporción de mujeres, que estaba mucho más abierto a las consignas del socialismo que sus antepasados campesinos. Entre 1926 y 1937, la proporción de trabajadores en la sociedad soviética se multiplicó por diez, del 3 al 31 por ciento. Fue un tremendo esfuerzo de la nada que gradualmente convirtió a la Unión Soviética en una potencia industrial, y con ello en una potencia militar, y también en algo que en cierto modo se correspondía con una visión bolchevique de la sociedad. Por eso, muchos creían en la visión utópica de un mundo nuevo y justo. A pesar de todos los desarrollos defectuosos y

todos los desperdicios, la tendencia del desarrollo económico apuntaba claramente hacia arriba.

Pero todo aquello se pagó a un precio muy elevado. Este esfuerzo, al que casi todo se había sacrificado (capital, trabajo y recursos, a expensas de la sostenibilidad, la calidad y el consumo), dejó tras de sí un daño sin precedentes a la agricultura en la economía soviética. Aún más grave fue el abismo de violencia con el que se forzó esta revolución económico-social. Sin duda, la violencia había acompañado al gobierno bolchevique desde sus orígenes; no era un fenómeno nuevo. Ya durante la guerra civil, el terror rojo había provocado unas 280.000 víctimas. Su catálogo de enemigos ya era muy amplio en aquel momento: espías, «contrarrevolucionarios», saboteadores, burgueses, «enemigos del pueblo», sacerdotes, *kulaks*,[1] así como absolutamente todos los seguidores de partidos no bolcheviques o con cualquier aspiración de autonomía nacional.

Durante el mandato de Stalin fue cuando se alcanzó el punto álgido de la política de represión, asesinatos y destrucción: solamente la colectivización forzosa de la agricultura a comienzos de los años treinta, sobre todo en Ucrania, el Don y Kuban, provocó entre 5 y 7 millones de víctimas, y 1,8 millones de personas fueron deportadas en aquel momento; a partir de 1935, prosiguieron las deportaciones de grupos étnicos individuales, mientras que la persecución de los *kulaks*, los presuntos «grandes propietarios», continuó y se cobró otras 273.000 víctimas; posteriormente, el «Gran Terror» de los años 1937-1938, que se dirigió contra los dirigentes, acabó con la detención de un millón y medio de personas y la ejecución de al menos 680.000; y, por último, entre 1939 y 1941, aproximadamente 480.000 personas fueron deportadas o asesinadas en los territorios occidentales «sovietizados». Estos fueron, sin duda, casos extremos, pero la guerra permanente contra la sociedad siguió siendo un rasgo característico del gobierno de Stalin porque exigió, y de eso se trataba en realidad, una sociedad como él la imaginaba y cómo nunca fue en realidad. Las consecuencias fueron controles constantes, simulacros de juicios, detenciones, deportaciones y «limpiezas», acompañadas por la construcción de un gigantesco sistema de campos, el «Archipiélago Gulag»,

una tétrica sociedad paralela a la sombra de la «construcción» bolchevique gracias a la cual, según declaró eufóricamente Stalin en 1935, la vida sería «mejor» y «más feliz». Para los 18 millones de personas que fueron sometidas al sistema de gulags bajo su gobierno, aquello no se aplicó; hasta 1941 fueron internados allí más de dos millones de reclusos. Resulta muy significativo el hecho de que, tan solo entre 1927 y 1941, alrededor de diez millones de personas fueron víctimas de las políticas de Stalin.

Por lo tanto, al comienzo de la guerra, la Unión Soviética estalinista tenía muchas más víctimas en su conciencia que la Alemania nacionalsocialista. Sin embargo, esta última haría mucho en su corta existencia hasta 1945 para compensar esta brecha. Entender esto como una reacción a los crímenes soviéticos sería totalmente erróneo. La naturaleza criminal de ambos regímenes fue diseñada desde un principio en sus ideologías, su mentalidad y sus estructuras; eran sistemas autóctonos, cada uno con diferentes condiciones históricas y políticas. Solo en Polonia, los ocupantes alemanes mataron a tiros a más de 60.000 personas hasta finales de 1939. Apenas puede negarse el hecho de que estos dos regímenes totalitarios se influenciaron y se radicalizaron mutuamente cuando combatieron entre ellos. Sin embargo, lo que siguió siendo decisivo fue lo que, por así decirlo, traían de casa: ideologías que simplemente despreciaban principios como la tolerancia, la individualidad, el derecho y la moralidad.

Defensores

Las fuerzas armadas soviéticas también se encontraban en un momento de transición. Al final de los años treinta, poco quedaba de sus inicios en los dramáticos tiempos de la revolución bolchevique y el final de la guerra civil —quizás el simbolismo político, el sistema de comisarios para supervisar los oficiales o algunos mandos cuya carrera militar había comenzado durante la Revolución—. Sin embargo, en sus cuadros podía comprobarse cuánto había cambiado el Ejército Rojo tras haberse convertido en una de las víctimas favoritas de las «limpiezas» de los años 1937 a 1940: de 5 mariscales de la Unión Soviética «desaparecieron» 3; de los 30

comandantes y comisarios del Ejército, 29; de los 195 generales de división, 110. En total, de los 899 oficiales de mayor graduación, fueron perseguidos 643, de los cuales 583 fueron asesinados. En conjunto, se vieron afectados por la represión unos 100.000 soldados. Aquello fue sistemático. Por supuesto que era el Ejército Rojo de obreros y campesinos —de ahí su nombre oficial— y siempre habían sido las fuerzas armadas de una dictadura, pero también era cierto que se les había concedido un cierto grado de autonomía. Sin embargo, en ese momento la mentalidad de los mandos del Ejército parecía haber cambiado. Lo más importante era la lealtad política a la línea oficial y eso significaba, sobre todo, una entrega total hacia el «Vozhd», hacia el «líder», hacia Stalin.

Aquel no fue el único cambio. Lo que también llamaba la atención en la época anterior a la guerra era el rápido crecimiento de las fuerzas armadas soviéticas. De los 529.000 hombres en 1924 a los más de 1,3 millones del período 1935-1936, habían alcanzado los 5,3 millones en 1941, de los cuales, aproximadamente, la mitad estaban desplegados en la frontera occidental. Se disponía de otros 12 millones de hombres como reserva. Esta ampliación casi explosiva vino acompañada por un acelerado rearme material. Después de todo, al comienzo de la guerra, el Ejército Rojo disponía de un gigantesco arsenal de armas: 23.000 tanques, más de 115.900 piezas de artillería y lanzagranadas, y 13.300 aviones listos para ser utilizados. No hay duda de que aquí es donde surgió uno de los ejércitos más poderosos del mundo, incluso a pesar de que los dirigentes soviéticos cometieron el error de confundir cantidad con calidad. Pero, en realidad, en aquel momento, no contaban con una gran guerra, aunque solo fuera porque las fuerzas soviéticas habían dejado una impresión bastante heterogénea en sus pocas apariciones antes del verano de 1941. En el transcurso de los pequeños conflictos fronterizos en Manchuria habían vencido contra Japón (1938-1939), y también habían logrado entrar en Polonia con bastante éxito. Sin embargo, la Guerra de Invierno contra Finlandia casi había terminado en un fiasco. Aquello también indicaba que no habría que contar con una buena disposición para la acción del Ejército Rojo antes del verano de 1942.

Por lo tanto, el ataque alemán debió suponer un duro golpe para ellos. Es probable que, durante los primeros meses de guerra, el estado de ánimo dominante entre sus partidarios fuera de miedo. Miedo a la supremacía aparentemente insuperable de los agresores alemanes; miedo al control por parte de los cuadros políticos que, al principio, creían que podrían dirigir un ejército en una guerra al igual que lo hacían con el aparato del partido; miedo a los oficiales que explotaban brutalmente a sus propios hombres; miedo a la inoperancia de una logística que no era capaz de llevar hasta el frente lo que realmente se necesitaba allí y, por último, pero no menos importante, miedo a la muerte, porque, en aquel momento, esta suponía una certeza para muchos soldados soviéticos: más de 3,5 millones no sobrevivirían al primer año de esta guerra.

Sin embargo, a nivel colectivo, fueron capaces de resistir a la Wehrmacht, lo que se explica, entre otras razones, por las reservas humanas prácticamente inagotables de la Unión Soviética, el salto de calidad en pertrechos y armamento que comenzó a surtir efecto a partir del otoño de 1941, la conciencia de estar luchando por una causa justa y, por último, la dura escuela de la guerra, a la que también se había visto sometido el Ejército Rojo porque apenas tenía alternativa. A pesar de que las pérdidas fueron aterradoras y de que se perdieron la mayor parte de las armas pesadas en los primeros meses de la guerra, surgió un nuevo ejército que era —cuantitativa y cualitativamente— inmensamente superior al de 1941. En el otoño de 1943, contaba con 13,2 millones de efectivos, de los cuales 5,5 millones lucharon en el frente occidental soviético; en total, la Unión Soviética pudo movilizar a 30,6 millones de soldados, entre los que había 820.000 mujeres.

También cambiaría por completo su equipamiento. El Ejército Rojo se hizo más móvil, en gran medida gracias a las decenas de miles de vehículos procedentes de los Estados Unidos y el Reino Unido, pero, sobre todo, se hizo más poderoso. Las armas soviéticas más temidas de la Segunda Guerra Mundial fueron el tanque T-34, los cañones de asalto pesados, los lanzamisiles Katyusha, los lanzagranadas y la artillería —un rodillo implacable de regimientos, divisiones e incluso ejércitos como el mundo no

había visto hasta entonces—. Para Stalin, encarnaban al «dios de la guerra». Por último, la fuerza aérea: en 1941, sus aparatos todavía eran formalmente barridos desde el cielo o simplemente destruidos en tierra por sus oponentes alemanes, pero, con nuevos modelos más potentes, también pudieron combatir, al menos desde 1943-1944, por la superioridad aérea.

Pero el factor decisivo fue la guerra terrestre. Allí, los soldados del Ejército Rojo lucharon con profesionalidad, motivados e, incluso, seguros de sí mismos. En aquel momento, el Partido y el Estado supieron utilizar correctamente un patriotismo de profundas raíces que había permanecido adormecido durante mucho tiempo en la sociedad soviética; se crearon regimientos de «guardias», uniformes que recordaban a la antigua Rusia y un sofisticado sistema de medallas y premios. En aquella hora de necesidad no se habló mucho de «internacionalismo». Más importante aún fue que, en vista de la política de ocupación alemana, para la mayoría de los soldados, la finalidad de su misión debía de estar absolutamente clara —para la mayoría, no para todos, porque la sociedad soviética era, política y étnicamente, más heterogénea de lo que hubieran querido sus líderes—. Un sofisticado aparato de vigilancia, el sistema de batallones antirretirada y penales, así como las ejecuciones, siguieron formando parte de la vida cotidiana militar y constituían, asimismo, un régimen que se ocupaba de los hombres a su cargo de una forma menos «económica». Todavía a finales de 1944, uno de cada dieciséis soldados del Ejército Rojo capturados por la Wehrmacht era un desertor. Esta ambivalencia —una devoción y un entusiasmo sin límites, pero también el adoctrinamiento, el control, el terror y una pérdida de recursos humanos sin precedentes— fue característica de la situación de las fuerzas armadas soviéticas y resultó suficiente para ganar la guerra, aunque el precio que tuvieron que pagar los soldados fue, sin duda, demasiado alto.

[1] Vocablo con connotaciones despectivas que designaba a los antiguos terratenientes del Imperio ruso pero que, en época soviética, se amplió con el sentido de considerar a los propietarios rurales como parte de los «enemigos del pueblo» (*N. del T.*).

IV. GUERRA I: 1941-1942

Guerra desde arriba: panorámica

Hay pocos aspectos más exigentes e historiográficamente difíciles que la descripción de la guerra. Y esto se aplica sobre todo a su epicentro, el combate en sí. En su mayoría, se trata de muchos actores y estructuras grandes y bastante complejas; se trata de un cambio permanente de acontecimientos dramáticos y fases de un aburrimiento abrumador; se trata de temas altamente emocionales como la muerte, la derrota o la culpa e, inevitablemente, se trata de dos perspectivas contrarias que a menudo parecen incompatibles. En una guerra tan grande y extrema como la germano-soviética, la visión general de las operaciones militares constituye un desafío. En 1942, por ejemplo, estas operaciones se distribuyeron en un frente que se extendía a lo largo de más de 3.000 kilómetros a través de la Unión Soviética. Hoy en día, muchas de las batallas que tuvieron lugar allí se han olvidado por completo, a pesar de que participaron en ellas decenas e incluso cientos de miles de personas.

Sin embargo, se pueden identificar pautas en estos acontecimientos aparentemente caóticos. Una son las estaciones del año. Las grandes ofensivas alemanas siempre tuvieron lugar en verano, las del Ejército Rojo, al principio, solo en invierno. Y hay otra cosa sorprendente: la fuerza ofensiva alemana se redujo año a año. En el verano de 1941, la Wehrmacht atacó sobre todo el frente, mientras que al año siguiente lo hizo solo con un grupo de ejércitos, en 1943 con dos, y ya en el verano de 1944, el Ostheer se vio obligado a mantener posiciones. Para entonces, el enemigo se había hecho «finalmente» con la iniciativa, incluso en aquella estación, y no se la dejó arrebatar hasta el final de la guerra. Si se examinan de nuevo las operaciones soviéticas, queda muy claro hasta qué punto aquella guerra supuso un proceso de aprendizaje para el Ejército Rojo, en todos los niveles de acción militar —estratégico, operacional y táctico—. Sin embargo, hasta

el final, cometieron graves errores que pueden explicar las horribles pérdidas que registraron durante todo el conflicto.

Otro elemento estructural en este vasto conflicto militar es el espacio. La guerra es siempre un fenómeno geográfico; para los que combatieron en la Unión Soviética, esta máxima se aplica aún más. Sin embargo, a menudo se pasa por alto que este conflicto no fue solo una guerra de movimientos. Durante largos períodos se libró también en posiciones que podrían recordar a la Primera Guerra Mundial. Pero incluso entonces, la acción militar no se limitó a las líneas comparativamente estrechas del campo de batalla. En una guerra cuyo rasgo característico fue una violencia sin límites era inevitable que también su retaguardia se convirtiera cada vez más en una zona de combate, aunque lo que ocurría en vanguardia seguiría siendo crucial. Todo lo demás dependía de eso. Por esta razón, la historia de las operaciones de esta guerra sigue siendo indispensable para su comprensión. La delgada línea del frente formaba, por así decirlo, el eje alrededor del cual pivotaba todo lo demás.

1941: el ataque alemán por sorpresa

A primera hora del 22 de junio de 1941, una luminosa mañana de domingo, la Wehrmacht atacó. Fue un golpe por sorpresa sin declaración de guerra. También por esta razón, pareció que las unidades alemanas continuarían su exitosa trayectoria en la Unión Soviética. En el período previo a «Barbarroja», Stalin había sido advertido varias veces, pero hasta el último momento se había negado a poner al Ejército Rojo en estado de alerta real. En lugar de eso, sus mandos habían concentrado el grueso de las fuerzas en las fronteras porque, en caso de un ataque enemigo, la doctrina soviética tenía la intención de llevar inmediatamente la guerra al territorio enemigo. Sin embargo, o precisamente por ello, los cuatro grupos acorazados alemanes lograron romper las posiciones soviéticas, formando las primeras bolsas y avanzando hasta 400 kilómetros en una buena semana. Para los ejércitos de infantería que avanzaban a continuación, aquel caluroso y polvoriento verano de 1941 significó marchar y «limpiar» las bolsas una y otra vez. Incluso un veterano como el jefe del Estado Mayor

alemán, Franz Halder, creía a principios de julio que «la campaña contra Rusia se ganará en 14 días». Aquella percepción no era exclusiva del cuartel general del Führer. En aquel momento, en el Reino Unido y los Estados Unidos, ya se consideraban eliminadas las fuerzas soviéticas. «Me temo que serán acorralados como ganado», opinaba un general británico.

Pero aquello contradecía cualquier experiencia militar. Solo una triple superioridad —así lo atestiguaba una antigua regla empírica militar— garantizaba el éxito. Sin embargo, dado que en este caso los defensores se vieron superados incluso en número y, por lo general (aunque no siempre), luchaban con encono, las tropas alemanas pronto comenzaron a cansarse de vencer en la inmensidad de este teatro de operaciones de la guerra. Se podía ver en las pérdidas personales que resultaron terribles en las batallas decisivas y también en las materiales. Pronto se perdieron más vehículos alemanes a causa del polvo, el barro o la falta de suministros que por la lucha en sí. Cada vez resultaba menos probable otra «victoria relámpago». Si el propio jefe del Estado Mayor Halder tuvo que admitir ya el 11 de agosto que «hemos subestimado al coloso ruso [...]», también se puede intuir aquí la perplejidad de unos dirigentes que en ese momento no sabían muy bien cómo debían continuar.

La consecuencia fueron tensas discusiones en el cuartel general del Führer sobre el futuro enfoque de la ofensiva alemana. Porque también esta cuestión se había dejado abierta por el momento. Mientras Hitler quería ocupar sobre todo los centros de materias primas e industriales soviéticos y apostaba por igual por los tres grupos de ejércitos («Centro», «Norte» y «Sur»), similares en cuanto fuerzas. Para sus asesores militares estaba claro que el factor decisivo solo se daría en el campo de batalla; en ese caso, solo parecía apropiado un ataque contra Moscú, contra el centro del gigantesco imperio soviético.

Que Hitler pudiera imponer su opinión frente a los expertos ilustra hasta qué punto dominaba también en aquel momento las cuestiones operativas. Cuando en agosto reorientó la ofensiva alemana hacia el sudeste, aquello también se convirtió en otro gran éxito para la Wehrmacht, al menos momentáneamente. En la bolsa de Kiev entregaron sus armas hasta finales

de septiembre otros 665.000 soldados del Ejército Rojo. Pero ni siquiera la conquista de la capital ucraniana fue un factor militar definitivo. Por eso, el Führer, cada vez más desconcertado, ordenó en septiembre el ataque sobre Moscú, aunque ahora las condiciones, en lo que a plazos se refiere, habían cambiado por completo.

El 2 de octubre de 1941 el Ostheer desató su supuesta última «tormenta». Un total de 78 divisiones, algo menos de dos millones de hombres, se reunieron de nuevo en el sector central para la operación «Tifón». Aunque hasta el 20 de octubre el bando soviético perdió en Viazma y Briansk más 673.000 soldados y casi 1.300 tanques, y aunque a principios de diciembre algunas unidades aisladas alemanas combatían a apenas 30 kilómetros de la capital soviética, también era evidente hasta qué punto esta ofensiva había desgastado al Ostheer.

Ya en otoño, el cambio de estación había causado estragos. La lluvia y luego la nieve convirtieron las rutas de transporte rusas en un cenagal impracticable en el que se hundieron ejércitos enteros. Aún más dura fue la catástrofe de noviembre debido a que el mando solo había preparado suministros de invierno para un pequeño ejército de ocupación, lo que obligaría a la mayoría de los soldados alemanes a seguir combatiendo con sus uniformes de verano. A pesar de esto, fueron conducidos por sus superiores cada vez más hacia el este con la esperanza de que el enemigo soviético ya había sido derrotado y de que solo se necesitaba una última y decisiva «batalla de aniquilación».

Esta comenzó el 5-6 de diciembre de 1941, aunque en la dirección opuesta. Los servicios de reconocimiento alemanes habían pasado completamente por alto el hecho de que el Ejército Rojo emplearía nuevas fuerzas de reemplazo después de que en noviembre hubiera quedado claro que Japón atacaría a los Estados Unidos y no a la URSS. La gran ofensiva soviética golpeó a las menguantes unidades alemanas en el momento de mayor debilidad y con una ofensiva sostenida. Las consecuencias estuvieron a la altura correspondiente. Con un frío que alcanzó los 52° bajo cero, el Grupo de Ejércitos Centro fue empujado entre 150 y 300 kilómetros hacia el oeste. Nada recordaba tanto a la campaña de Napoleón en Rusia, la

catástrofe militar por excelencia, como la imagen de las columnas alemanas que en aquel momento se deslizaban hacia el oeste a través de la nieve y el hielo.

Aquello no fueron unas simples «rectificaciones del frente», tal como anunciaron los propagandistas del régimen. Aquello amenazó con el colapso de todo el frente oriental alemán. Que no sucediera no solo se debió a la firmeza y profesionalidad de los mandos alemanes, sino también a los graves errores que seguía cometiendo la Stavka, el cuartel general soviético, que no consiguió reunir sus fuerzas y concentrarse en unos pocos objetivos cruciales. Mientras los ataques soviéticos comenzaron a desvanecerse cada vez más a partir de febrero, las líneas alemanas, que ahora se extendían desde los territorios próximos a Leningrado hasta el mar Negro a través de Rusia y Ucrania, pudieron consolidarse de nuevo. Pero aquella fue la única ganancia. La estrategia de Hitler, el gran «Plan de guerra relámpago mundial», había fracasado definitivamente, tanto que el Reich alemán estaba a punto de hundirse ya en el invierno de 1941-1942. Las perspectivas de futuro no eran mucho mejores: en lugar de luchar por la libertad de acción estratégica, los mandos alemanes tenían ahora que gestionar una guerra de dos frentes, en la que ya estaba claro que se estaban sobrexcediendo por completo sus propias fuerzas.

1942: la segunda ofensiva alemana

Hitler, sin embargo, se mantuvo fiel a su principio de huida hacia adelante. Tras sufrir el Ostheer un millón de bajas entre muertos heridos y desaparecidos hasta la primavera de 1942, ya no era posible atacar en todo el frente, sino únicamente en un sector en el sur. En cualquier caso, el tiempo apremiaba desde que el 11 de diciembre de 1941 el Reich alemán entrara en guerra con Estados Unidos. Pero antes de que comenzara a pleno rendimiento su producción de armamentos, Hitler quería asegurar su potencial militar en la Unión Soviética por medio de una ofensiva de verano que se llevaría a cabo en dos fases: en primer lugar, un avance sobre el Volga en dirección a Stalingrado y, a continuación —después de establecer

un frente orientado hacia el este—, un giro hacia el Cáucaso, donde Hitler quería apropiarse de los campos petrolíferos soviéticos.

El ataque comenzó el 28 de junio de 1942. Después de unos dilatados combates preliminares —como en Crimea, ocupada totalmente por los alemanes el 1 de julio—, cuatro ejércitos alemanes, apoyados por divisiones húngaras, rumanas e italianas, iniciaron la «Operación Azul». De nuevo, los atacantes ganaron terreno rápidamente aunque, esta vez, su ofensiva fue en balde. En vista del reducido número de prisioneros, un general alemán se dio cuenta de que existía el peligro de que fuera un «golpe al aire». Sin embargo, Hitler no se mostraba receptivo ante este tipo de dudas, y menos si se entrometían en tareas operativas. Con la esperanza de que el enemigo fuera finalmente derrotado, dividió a finales de julio la ofensiva y ordenó no marchar hacia Stalingrado y el Cáucaso sucesivamente. De hecho, las tropas alemanas avanzaron aún más mientras los frentes soviéticos se tambaleaban e invitaban a plantearse otra vez la cuestión de cuánto tiempo podría resistir la Unión Soviética el ataque alemán. En las regiones montañosas del Cáucaso y en los pedregosos desiertos de Stalingrado, cuyas estribaciones alcanzaron las debilitadas fuerzas alemanas al final del mes de agosto, comenzaron unos combates cada vez más atorados. Especialmente, la batalla por la ciudad junto al Volga se convirtió en un duelo de dictadores, en una cuestión de prestigio que cada vez absorbía más tropas. «Ni un paso atrás», rezaba la consigna que dio Stalin el 28 de julio. Que la batalla de Stalingrado ya estaba básicamente decidida fue la respuesta que Hitler le dio el 8 de noviembre en un discurso público. Pero no resultaba fácil hablar de victoria. Una vez más, falló la labor de reconocimiento de los alemanes. Entre el 19 y el 20 de noviembre de 1942, dos frentes soviéticos rompieron las excesivamente estiradas líneas alemanas en las estepas al norte y al sur de Stalingrado, y el 22 de noviembre, el Sexto Ejército alemán, con sus 200.000 hombres, se vio embolsado. Unos 25.000 consiguieron huir y 110.000 acabaron prisioneros, de los cuales, solo 5.000 regresaron a Alemania. El 2 de febrero de 1943 capitularon las últimas unidades: «Temperatura de 31º bajo cero, sobre Stalingrado niebla y humareda roja. La estación meteorológica cierra la

conexión. Saludos a la patria», decía el último mensaje que la Wehrmacht recibió en aquel momento desde la zona de Stalingrado.

A pesar de todas las consecuencias y del drama que esto supuso, Stalingrado no fue el punto de inflexión crucial en la guerra. Este profundo cambio, que ya había comenzado en el invierno de 1941-1942 y cuyo curso se puede rastrear con mucha precisión en el frente oriental, fue, más bien, un proceso dinámico. Las posibilidades soviéticas de victoria aumentaron cuanto más se disiparon las alemanas. Sin embargo, muchos contemporáneos percibieron como el «punto de inflexión en la guerra» la batalla por Stalingrado. Según se afirmaba en un informe, los alemanes se vieron «agitados hasta lo más profundo». Mientras, los apoyos de Hitler en la guerra comenzaron a reconsiderar su papel y la esperanza creció entre los aliados. En aquel momento, el Gran Reich Alemán todavía dominaba casi toda Europa, al menos sobre el mapa. Los sectores norte y centro del frente oriental, donde en 1942 había prevalecido una guerra de posiciones agotadora pero sin resultados concluyentes, todavía parecían razonablemente seguros. Pero, en el sur, se abría ahora un enorme agujero que amenazaba con expandirse. Aquella no era la única brecha en la «Fortaleza Europa». También en el Mediterráneo había comenzado a ocurrir justo lo que se pretendía evitar: el inicio de la ofensiva occidental. En Egipto, los británicos habían vencido en El Alamein (23 de octubre - 4 de noviembre de 1942), y las tropas aliadas habían desembarcado en Marruecos y Argelia (7 y 8 de noviembre de 1942). Repentinamente, parecía inminente el colapso del Reich alemán.

Guerra desde abajo: la experiencia de los combatientes

Cualquier guerra exige de sus participantes sangre, sudor y lágrimas. Recordarlo no es en absoluto banal y, moralmente, está justificado. Además, tal concepto transmite una idea de las condiciones de existencia de aquellos que verdaderamente lideran la guerra. Sin embargo, la guerra germano-soviética también tuvo sus peculiaridades.

Teniendo en cuenta las condiciones imperantes del conflicto, no era tan raro que las experiencias de los soldados alemanes y soviéticos fueran

similares. Su correspondencia militar, diarios y memorias giran, por lo general, en torno a unos pocos temas centrales: las inimaginables penalidades de la guerra, pero también del ruido de la batalla, la victoria y la aventura, la profunda y sincera camaradería que ayudaba a soportar muchas cosas, la humillación por parte de la maquinaria militar, pero también su función protectora, matar y morir, la pérdida de los camaradas más cercanos, los sentimientos de culpa resultantes y, finalmente, la apatía, la desesperación y el simple miedo. Ante tales condiciones de existencia, la vida cotidiana de estos soldados tuvo que concentrarse durante largos períodos de tiempo simplemente en asegurarse la supervivencia diaria o en el microcosmos de su unidad. Frente a aquello, todo lo demás parecía secundario. Por esa misma razón, no tenían ninguna idea panorámica de la «gran situación», y sabían poco o nada acerca de lo que realmente querían sus superiores. «Solo vemos nuestra pequeña posición —escribía un cabo primero en enero de 1943— y no conocemos las intenciones que se están preparando a gran escala».

Esto no quiere decir que las actuaciones militares de estos soldados carecieran de consecuencias políticas o que fueran indiferentes a la «superestructura» militar, política y también ideológica de esta guerra. En ambos bandos no era raro luchar con una devoción extraordinaria, casi religiosa, solo porque uno se sintiera, tanto en un lado como en el otro, en completa posesión de la razón. Aquí: la mentira propagandística de la guerra preventiva; allí: el llamamiento al compromiso incondicional para defender la patria. Sin embargo, hubo otra cosa más fundamental para la mentalidad de los combatientes: sucios, obedientes y con exceso de trabajo, sentían haber sido entregados impotentes a merced de la guerra y a un enorme sistema de trabajo organizado basado en el principio de mando y obediencia, y para el que solo contaba la lógica militar. Está fuera de toda duda que, dentro de este sistema, también existía la responsabilidad individual. A veces, esa responsabilidad era grande, como resultado de una situación, un puesto concreto o incluso una calificación. Pero la mayoría de los soldados permanecían en posiciones y funciones subordinadas y, en

consecuencia, su responsabilidad continuó siendo limitada. Aquello le dio forma a su pensamiento y, sobre todo, a sus acciones.

En contra de la idea generalizada en los frentes, los combates y, sobre todo, los crímenes de guerra, no constituyeron un estado permanente. Lo característico de la vida cotidiana de los soldados eran, más bien, situaciones que, en comparación, carecían de acción: interminables transportes y marchas, edificación de posiciones o búsqueda de alimentos, paz o un poco de privacidad, lejanos puestos de observación, disposiciones de mando, estancias en hospitales militares y, a menudo, la simple y lóbrega espera. Pero estas actividades se veían interrumpidas una y otra vez por fases dramáticas y muy delimitadas en las que se podía decidir mucho en muy poco tiempo, como el propio destino, el del enemigo o incluso el de los civiles. En estos episodios, los acontecimientos militares eran, por lo general, menos propensos a infringir la ley, aunque es cierto que se caracterizaban por la dinámica, la interacción y también la imprevisibilidad, que podían facilitar la radicalización. Sin embargo, los acontecimientos se centraban en la confrontación con el enemigo, en el que, por lo demás, también reinaba una especie de simetría de la violencia. Además, durante el combate, el papel del individuo puede cambiar muy rápidamente. La situación era bastante diferente cuando aflojaba la lucha; entonces la responsabilidad del individuo emergía de forma mucho más clara. Por eso, no es una mera coincidencia que la mayoría de los crímenes de esta guerra sucedieran en su zona de retaguardia.

Aquellos no fueron los únicos paralelos en la vida cotidiana de los *landser*[1] alemanes y los soldados del Ejército Rojo: ambos se habían acostumbrado a una gran dureza y habían adquirido una notable capacidad de sufrimiento, de manera que, en el combate, pocas veces se les podría considerar culpables de sus actos. Ambos ejércitos sufrían también una enorme presión de expectativas por parte de los altos mandos políticos y militares, cuyo estilo de liderazgo, por lo general chapucero, no compensaba esta presión. Era característico tanto en la Wehrmacht como en el Ejército Rojo el elevado consenso entre el frente y el hogar, pero también el miedo al enemigo. Otra razón de esto era que a los soldados apenas les

parecía posible «bajarse» de aquella guerra. De hecho, en la deserción o en la posibilidad de ser hecho prisionero existía el peligro de caer entre las piedras de molino de dos dictaduras totalitarias. Los prisioneros de guerra terminaban a menudo en campos que eran muy similares a los de concentración o incluso de exterminio.

Por supuesto, no solo había similitudes entre los contendientes. En sus acciones y su destino seguían siendo reconocibles las firmas de sus respectivos sistemas de vida, de los cuales aún formaban parte. La razón de los éxitos militares alemanes también fue, sin duda, el hecho de que los soldados tenían una autonomía relativamente mayor, al menos en lo que a sus órdenes se refiere. Cuanto más difícil se volvió la situación, más creció la manía controladora de Hitler. Por el contrario, el desarrollo del Ejército Rojo fue en la dirección opuesta, hasta llegar casi a una emancipación. Casi, porque, en general, la Unión Soviética trató a sus soldados con un desprecio inimaginable por los seres humanos; durante aquella guerra, ningún ejército liquidó a tantos de los suyos como el soviético. También en los crímenes de la Wehrmacht y del Ejército Rojo predominan básicamente, a pesar de algunas similitudes, las diferencias que pronto saltarán a la vista cuando se observan con detenimiento las condiciones previas y los objetivos de esos crímenes, así como su magnitud. Volveremos a esta cuestión más adelante. Y, finalmente, el desarrollo militar también fue contrario en uno y otro bando. Mientras que la situación de los soldados alemanes se deterioró de forma continua, para sus enemigos soviéticos la abrumadora experiencia de la victoria acabó por superponerse, aunque ciertamente no en todos los aspectos.

Al final, sin embargo, todos los participantes de esta guerra tenían un rasgo distintivo común: nadie que sobreviviera a la misma la olvidaría jamás.

[1]*Landser* era el nombre coloquial que recibían los infantes alemanes (*N. del E.*).

V. GOBIERNO DE OCUPACIÓN ALEMÁN

Organización de la ocupación

El plan para construir un imperio alemán en la Unión Soviética conquistada era criminal, radical y difícil de lograr. Junto a los ejércitos de invasión se requerían incontables fuerzas de ocupación y administrativas, se necesitaban especialistas y, finalmente, una manera de actuar concreta que no tuviera remilgos a la hora de «desguazar las partes no deseables racialmente hablando de la población», como se decía en el Ministerio del Reich para los Territorios Ocupados del Este. Por esta razón, desde el principio, se confió la política de ocupación alemana «en el Este» a toda una serie de grandes organizaciones, que debían llevar a cabo sus funciones de manera profesional y que debían complementarse entre sí. Esta división del trabajo fue, de manera similar al Holocausto, un rasgo característico decisivo de la ocupación alemana. Especialmente en el caso de las principales campañas de asesinatos, este enfoque también les concedió a los perpetradores la ilusión psicológica de que eran «solo» responsables de un parte concreta, pero nunca del conjunto.

Si se examina el panorama completo, la conquista de la Unión Soviética por el Reich alemán se parece a un gran proceso digestivo. Adelante, en el extremo oriental del dominio alemán, las tropas del frente que, con sus dientes de acero, devoraban vorazmente, bocado a bocado, el territorio enemigo. Detrás de estas, innumerables unidades, militares, mixtas y no militares. Su misión consistía en «digerir» a la presa en el sentido del concepto alemán de conquista, es decir, consumirla, transformarla o eliminarla por completo. Esta terminología podría resultar irrespetuosa y, sin embargo, parece apropiada, aunque solo sea porque el gobierno alemán se orientó casi exclusivamente por sus propios objetivos e intereses. En cualquier caso, cuanto más se alejaba uno de las líneas de falla de la guerra, más fácilmente se podía reconocer aquel violento proceso de

transformación y destrucción. En las regiones occidentales, «donde los combates y el paso del ejército alemán tuvieron lugar hace mucho tiempo», existía ya «una profunda pacificación interna de la población, que está menos avanzada hacia el este y alcanza el mínimo en el área de despliegue de los ejércitos alemanes», resumía la *Einsatzgruppe* B en diciembre de 1941, dejando abierta la interpretación del ambiguo término «pacificación».

El hecho de que los militares fueran literalmente empujados a los márgenes de la esfera de influencia alemana radicaba en la lógica de una guerra que transcurrió de una forma bastante diferente a la esperada. Pero también fue porque, en realidad, la dirigencia nacionalsocialista no confiaba en la Wehrmacht para las cuestiones políticas. Ya en marzo de 1941, Hitler había ordenado que «el área operativa del ejército debería limitarse tanto como sea posible». La Wehrmacht debía concentrarse en el núcleo militar durante la campaña contra la Unión Soviética e incluso allí pronto perdería su autonomía.

Aún más reducida —y, de hecho, desde el primer momento— quedó su función tradicional como potencia ocupante. Esto no solo resultó evidente en los Comisariados del Reich (*Reichskommissariaten*), que desde julio de 1941, apenas terminaron los combates, habían comenzado a ser liberados del área de administración militar. La Wehrmacht ni siquiera era la señora en su propia casa, en la zona de ocupación donde aún se encontraban las tropas. Al contrario, se vio obligada a compartir el poder de ocupación en la Unión Soviética con otros dos poderes rivales: las SS y el Comisionado para el Plan Cuatrienal. Las tareas de estas cuatro organizaciones bastante diferentes fueron resumidas en unas pocas palabras por un oficial del Estado Mayor: «Wehrmacht: vencer al enemigo; Reichsführer SS: lucha política y policial contra el enemigo; Reichsmarschall [Göring]: economía; Rosenberg: reconstrucción política».

En la teoría, aquello sonaba claro y eficiente. En realidad, sin embargo, las rivalidades y las guerras y conflictos entre estas cuatro autoridades pronto crearon una inextricable maraña de competencias en las administraciones militares, las fronteras y los derechos de mando. El resultado no solo fueron las luchas de poder y las pérdidas por fricción, sino

también una práctica de gobierno que a veces podía ser muy diferente. «Aquí se gobierna sin ton ni son, por lo general los unos contra los otros, sin que prevalezca una línea clara», comentaba un contemporáneo tan bien informado como el ministro del Reich para la Propaganda, Joseph Goebbels.

La más débil era, sin duda, la administración civil, es decir, los representantes del Ministerio del Reich para los Territorios Ocupados del Este. Estas entidades, tanto el Comisariado del Reich para las Tierras del Este como el de Ucrania, actuaban como un «órgano soberano del Reich» que se había instalado desde el primer momento en el oeste de la zona de ocupación soviética. Estos comisariados abarcaban, en total, alrededor de un millón de kilómetros cuadrados, la mitad del botín territorial. Se subdividían en comisariados generales y regionales, y en lo más bajo de esta jerarquía se encontraban, finalmente, los administradores locales, empezando por los alcaldes, que por lo general solo servían a sus superiores alemanes como ejecutores. Los «faisanes dorados», como también se llamaba a los funcionarios de la administración civil, debido a sus uniformes de color marrón claro, merecían poca consideración y eran aún menos populares. Lo serían —tal como afirmaba un informe de la época— «en la inmensidad del este con unos uniformes, títulos, sueldos, dietas y asignaciones magníficos y cuantiosos, inflados internamente mediante una confusa expresión de su propio señorío y de las subrazas extranjeras» intentando reemplazar «con pistolas y látigos» lo que les faltaba en experiencia, competencia y autoridad. Además, dado su reducido número, apenas se podría construir con ellos una «India alemana», tal como soñaban los ideólogos nazis.

Así pues, las SS y el aparato de policía de Himmler se convirtieron pronto en los verdaderos ejecutores de la ocupación alemana; lo que significaba que este aparato fue el responsable de la mayoría de los crímenes —tanto en la parte civil como en la militar— en el área de ocupación alemana. Este hecho es muy revelador para entender la mentalidad de aquellos hombres. Eran coordinados localmente por los altos mandos de las SS y la Policía. El aparato que dirigían era relativamente

pequeño, pero estaba muy ramificado: cuatro Grupos Operativos (*Einsatzgruppen*), unas dos o tres docenas de batallones de la Policía del Orden (*Ordnungspolizei*), tres brigadas de las Waffen SS y, por último, los Equipos de Protección (*Schutzmannschaften*) locales. El núcleo de estos escuadrones de la muerte fueron, sin duda, las *Einsatzgruppen*, que se organizaron como pequeñas unidades móviles de la Oficina Principal de Seguridad del Reich, las Oficinas Centrales de las SS, y de la Policía. Tenían que seguir de cerca a la Wehrmacht durante el avance, y por ello desempeñaron un papel clave en el Holocausto. Justo por detrás de las *Einsatzgruppen*, solían emplearse los batallones de la Policía, que recibieron la denominación de «soldados de infantería de la Solución Final», mientras que los espacios que quedaban fuera de sus rutas de marcha eran peinados por brigadas de las Waffen SS. Dado que el tamaño de los cuatro *Einsatzgruppen* solo era de 3.500 hombres, y que los batallones de la Policía y las Waffen SS contaban con unos 30.000 hombres, esta parte del aparato de ocupación alemana dependía sobre todo del apoyo de la policía auxiliar local; a finales de 1942, la fuerza de estos equipos de protección era de, al menos, 300.000 hombres.

La responsable de «toda la economía» de la Unión Soviética ocupada, tal como establecía firmemente un «Protocolo del Führer» de abril 1941, era la Organización Económica del Este (*Wirtschaftsorganisation Ost*) que Goering había creado algunas semanas antes. Con casi 20.000 expertos en su fase final, estaba presente en toda el área de administración militar para «asegurar» el potencial económico que se había ganado allí y que, como veremos, no fue poco. En los Comisariados del Reich había también otros responsables: los especialistas económicos de la administración civil, las inspecciones de armamentos de los militares y, por último, los representantes de las Sociedades Orientales (*Ostgesellschaften*) semiestatales que, con la ayuda de los fideicomisarios y los «administradores provisionales», aseguraban determinados sectores de la economía soviética que les fueran de especial interés.

Estas no fueron, de ninguna manera, las únicas organizaciones que se encontraban en el área de ocupación; allí estaba reunido casi todo el

espectro institucional del Tercer Reich: la Organización Todt (OT), el Servicio de Trabajo del Reich (RAD), el Cuerpo de Motoristas Nacionalsocialistas (NSKK), los Ferrocarriles del Reich y el Servicio Postal del Reich o la Cruz Roja Alemana (DRK). También estaban allí el Bienestar Social Nacionalsocialista (NSV), la Organización de Mujeres Nacionalsocialistas bajo la forma de algunas «hermanas» o «supervisoras de asentamientos» y, por último, el Ministerio de Asuntos Exteriores en forma de «representantes» y un Comando Especial (*Sonderkommando*) específico que se dedicaba a la caza de los bienes culturales. Este conglomerado de autoridades e instituciones, en las que apenas un 9 por ciento de su personal pertenecía al ejército de campaña, debería preparar el terreno para el «Nuevo Reich».

Para la otra mitad del área de ocupación alemana, otro millón de kilómetros cuadrados con cerca de 30 millones de civiles (situación en otoño de 1942), la Wehrmacht siguió siendo responsable, aunque no fuera la intención original. Por lo tanto, su estatus para la política de ocupación alemana en la Unión Soviética todavía era considerable. Su territorio, que se extendía al este desde los Comisariados del Reich, se dividió en tres grandes franjas, que se hacían cada vez más estrechas hacia el este. Aquí, el elemento geográfico encontró su correspondencia en la concentración organizativa y también de tropas. Con mucho, la mayoría de las tropas se reunieron en la *zona de combate*, que era, por así decirlo, el extremo más alejado del imperio alemán. Una profundidad superior a los 15 o 20 kilómetros era poco frecuente. Esta zona era muy larga, una estrecha franja de posiciones, zanjas y refugios, que en 1942 se extendía 3.000 kilómetros a través de la Unión Soviética, desde los bosques finlandeses hasta el mar Negro. Ahí se encontraban en servicio alrededor del 75 por ciento de todos los soldados alemanes lo que, en 1942, equivalía aproximadamente a 2,1 millones de hombres. Detrás se establecía una especie de retaguardia, las *zonas traseras del frente*, de unos 50 kilómetros de profundidad, donde se desplegaron otros 520.000 hombres, aproximadamente el 20 por ciento de la fuerza militar. En esa zona operaba un vasto arsenal de unidades de suministro o reparaciones, bases de vehículos de motor, depósitos de los

zapadores, desde los cuales se daba un servicio continuo a las divisiones del frente. Del mismo modo, también se encontraba en esa franja la infraestructura social del frente: hospitales militares, hogares de soldados, instalaciones de desinfección y baños, y mucho más. Allí, en su camino hacia la primera línea, los soldados se encontraban con los últimos embajadores de la «civilización». Detrás de todo aquello —estamos dirigiéndonos de nuevo hacia el oeste y entrando en la última y tercera parte del área de administración militar— se encontraban las *zonas de retaguardia del ejército*. Esta era la parte del «león» del territorio militar, con una extensión, en ese momento, de entre 100.000 y 150.000 kilómetros cuadrados, y una cantidad inversamente proporcional de tropas estacionadas allí, que no era mayor a un total de 100.000 hombres, repartidos, sobre todo, en la red de comandantes de campo y locales, así como en unas pocas divisiones de seguridad.

Todas estas organizaciones no solo eran diferentes por sus uniformes, sino también por sus fuerzas y el concepto de sí mismas, sus ámbitos de actuación, sus procedencias y, por último, pero no menos importante, por sus funciones. Por ejemplo, en el aparato de Himmler se concentraban los nacionalsocialistas convencidos y los antisemitas altamente motivados, mientras que una organización de masas como la Wehrmacht representaba, a su vez, una imagen bastante fiel de la sociedad alemana. Apenas puede sorprender que ahí prevaleciera el pensamiento nacional, nacionalista o nacionalsocialista. Y, sin embargo, apenas nueve años atrás, solo un tercio de esta misma sociedad había «elegido» al NSDAP en las últimas elecciones libres. Por supuesto, desde entonces habían ocurrido muchas cosas. El poder integrador del régimen era a veces muy elevado. Sin embargo, también es cierto que, en el relativamente corto período de tiempo de dominio nacionalsocialista, probablemente no se habrían extinguido con facilidad todos los otros ambientes y mentalidades, sino que, a menudo, se habrían encubierto o transformado.

Aún más importante que las diferencias en lo que a las mentalidades se refiere, fueron las institucionales, ya que el comportamiento del individuo, y especialmente en este caso, se veía también determinado con más fuerza

por su colectivo o por los superiores que tenían autoridad sobre él. Esto también se aplica a la muy discutida cuestión de la participación en el crimen. Por supuesto, «todos» los que estuvieron involucrados en una empresa (o, en la mayoría de los casos, debieron participar obligatoriamente en ella) fueron responsables en cierta medida de lo que uno de los líderes de la resistencia alemana definió como «un gigantesco crimen». Pero hay una gran diferencia entre la responsabilidad colectiva, institucional e individual. Esta última también fue muy variable en este caso. Nadie lo sabía mejor que las personas que vivían allí. Después de 1945, la Universidad de Harvard entrevistó a 1.000 emigrantes soviéticos y se les preguntó quién, en su opinión, de entre las tropas alemanas, se había portado mejor con ellos. De estos 1.000, 545 dijeron que las tropas alemanas del frente, 162 que la administración civil y 69 que las tropas en las zonas de retaguardia. A las SS y a la Policía de Seguridad, sin embargo, solo las mencionaron 10 personas.

Este heterogéneo aparato de ocupación estaba profundamente arraigado en el territorio soviético. Los alemanes habían ocupado las regiones más importantes de la URSS. Originalmente, había vivido allí el 40 por ciento de la población, se había cosechado el 45 por ciento del grano, se había producido el 60 por ciento del acero y se había extraído el 65 por ciento del carbón. Las debilidades estructurales de la ocupación alemana, como los fugitivos, no deben ocultar el hecho de que este breve episodio se convirtió para aquel país y sus habitantes en uno de los momentos más difíciles de su larga historia.

Entre la colaboración y la resistencia: la sociedad soviética ocupada

Entre 55 y 65 millones de ciudadanos soviéticos, es decir, aproximadamente un tercio de los habitantes de la URSS, experimentaron la ocupación alemana. Para muchos, fue el momento más amargo de sus vidas, marcado por los horrores de la guerra, el hambre, el frío, el trabajo forzoso, separaciones, huidas, la expulsión y la muerte. No solo les amenazaba «un» único enemigo. Los años de ocupación alemana supusieron apenas una interrupción de la vida bajo la dictadura estalinista, que buscaba controlar

incluso las áreas de ocupación alemanas con la ayuda de agentes y partisanos.

Tales condiciones garantizaban que se tratase de una sociedad enormemente paralizada cuyas energías tenían que centrarse únicamente en sobrevivir de cualquier manera a los tiempos de guerra. Antes de 1941, la sociedad soviética había vivido cuidadosamente aislada del resto del mundo. Poco se sabía sobre los alemanes, y su ataque surgió, literalmente, de la nada. Para empeorar las cosas, sus propios líderes locales desaparecieron con los invasores —huyeron, fueron detenidos o fusilados por los alemanes o, con mayor frecuencia, evacuados—. Se estima que el bando soviético logró evacuar a entre 7,5 y 10 millones de personas hacia el este, no solo la mayoría de los funcionarios estatales o miembros del Partido, sino también trabajadores cualificados. Otros 6,5 a 9 millones de personas huyeron por sus propios medios. Era una gran multitud que la ofensiva alemana iba empujando por delante de ella. Y desapareció otro grupo: el de los hombres en edad militar. A menudo, solo se veían personas mayores, mujeres y niños. El 3er Ejército Panzer alemán constató, por ejemplo, que en su área de ocupación vivían un 20 por ciento de hombres, un 30 por ciento de mujeres y un 50 por ciento de niños. Estas estructuras demuestran que, para estos últimos, sobrevivir no resulto fácil.

Peor aún fue, por supuesto, que los dirigentes alemanes no quisieran saber nada sobre el deber de cuidar a estas personas, tal como preveían las leyes y los usos de la guerra. Más bien al contrario, los delegados alemanes en esta sociedad ocupada veían sobre todo problemas de «seguridad», «alimentación» o «epidémicos». Muy pocos grupos étnicos merecían, según los principios de la doctrina racial alemana, un trato humano, como los «pertenecientes al pueblo alemán» (*Volksdeutsche*): estonios y los pueblos del Cáucaso. Todos los demás solo fueron considerados como masas disponibles para los intereses alemanes, una jerarquía de locura racista en la que los ucranianos, bielorrusos y letones se encontraban ligeramente por encima de los rusos. Por último, en la parte más baja de esta jerarquía estaban los judíos y los gitanos; para ellos ya no se había previsto un lugar en el nuevo «espacio vital».

Esta biologización, en realidad definida según un criterio étnico o nacional, religioso o social, marcó el destino de muchas personas. Sin embargo, quedó una minoría de aquellos que claramente eligieron un bando, ya fuese por medio de la colaboración o huyendo al bosque, junto a los partisanos. La mayoría prefirió esperar. Originalmente, la invasión alemana había originado grandes expectativas, aunque solo fuera porque se recordaba muy bien cómo era antes el terror y el insuficiente abastecimiento de material, y, en parte, por el relativamente moderado régimen de ocupación alemán durante la Primera Guerra Mundial. También eran grandes las esperanzas de un retorno a la antigua propiedad, a un «nuevo orden agrario», a la autodeterminación nacional o a la libertad religiosa; expectativas que la potencia ocupante alemana no cumplió en absoluto.

Sin embargo, las draconianas directrices de los dirigentes alemanes no siempre se llevaron a cabo como se habían imaginado. Tal y como demuestran las incesantes exhortaciones y amenazas, las tropas modificaron en ocasiones aquellas instrucciones o las ignoraron por completo, al menos allí donde la «necesidad» militar o la doctrina ideológica no ocupaba, *a priori*, todo el margen de maniobra. En general, por tanto, hay que imaginarse la «ocupación cotidiana» sobre el terreno más diversa de lo que permiten suponer las ideas de los dirigentes alemanes; las diferencias temporales, espaciales e incluso institucionales fueron grandes. El espectro varió desde masacres puras y duras hasta condiciones que, en realidad, correspondían a las de las áreas ocupadas durante la Primera Guerra Mundial. Pero todas estas diferencias solían acabar equiparándose porque la guerra duró mucho tiempo y las instituciones, unidades y personas que ejercieron aquel dominio cambiaron. Para aquellos que tuvieron que soportar esta ocupación, al final fue, por lo general, solo una cosa: una catástrofe.

Lo peor fue la situación en las ciudades. Los alemanes habían conquistado muchas ciudades grandes, centros como Riga y Vilna, Minsk, Smolensk, Lviv, Kiev, Odesa, Jarkov, Stálino, Dnipropetrovsk, Rostov y Sebastopol. Antes de 1941, un tercio de la sociedad soviética había vivido en una ciudad, pero tanto los combates como la huida, la evacuación y la

expulsión habían vaciado muchas ciudades. A menudo dominaban allí las guarniciones alemanas, como por ejemplo en Smolensk, adonde llegaron 50.000 soldados alemanes para 37.000 habitantes locales. Sin embargo, si alguien se quedaba en una ciudad, se enfrentaría a muchos problemas, aunque solo fuera porque los combates se libraban en estas áreas metropolitanas. Los suministros también resultaban mucho más difíciles, se exponía uno más a las fuerzas de ocupación o a su arbitrariedad y, por último, las ciudades fueron las principales víctimas de la «estrategia de tierra quemada», primero de los soviéticos, luego de los alemanes.

Por supuesto, fue más habitual que los lugareños vivieran los años de ocupación alemana en el campo. Inicialmente, allí el contacto con la guerra y con los conquistadores alemanes fue más fugaz. Pero pronto las consecuencias de la ocupación alemana empezaron a dejarse sentir cada vez más también allí, comenzando por las limitaciones administrativas: las leyes de registro, prohibiciones de movimiento, restricciones contra los mercados agrarios, seguidos por las confiscaciones, impuestos, reasentamientos, trabajos forzados o incluso deportaciones de mano de obra hacia el Reich. Pero hubo otra cosa aún más trascendental: el país estaba cada vez más atrapado entre los frentes de una guerra de guerrillas que golpeaba con más fuerza a la población civil.

Espacios privatizados: la erosión del poder alemán

Que la guerra no fue como los alemanes esperaban se hacía más evidente en la inmensidad del paisaje. A menudo, solo los conquistadores alemanes llegaron hasta esta parte de la Unión Soviética. Sus ofensivas apuntaban principalmente a las posiciones clave militares, administrativas y económicas del gigantesco imperio soviético y, por supuesto, a sus pocas líneas de conexión. No se podía hacer más con las fuerzas de la Wehrmacht. Por lo tanto, junto a las ciudades, plantas industriales y pistas de rodaje, existían espacios enormes en los que un soldado alemán podría llegar a perderse.

Pero esta guerra tampoco pudo decidirse en su retaguardia. Para una verdadera subyugación del área de ocupación, tal como la concibieron

originalmente los dirigentes alemanes, las fuerzas de seguridad eran demasiado débiles, ya que el resto de unidades permanecían ligadas al frente. Sin embargo, los representantes alemanes siguieron confiando en su concepto de dureza, explotación o aniquilación. En lugar de consolidar o incluso reconstruir los territorios ocupados, los funcionarios de la administración de ocupación solían estar interesados casi por completo en un solo objetivo, en la aplicación despiadada de los supuestos intereses alemanes, que a menudo podían ser muy personales. Aunque desde la primavera de 1942 algunas partes de la administración militar y de la burocracia ministerial exigieron un mejor trato hacia la población civil —a veces aquello también se puso en práctica localmente— y el régimen resultó ser incluso más duro que la guerra. Sin embargo, la población local no se dejó cautivar con discursos atrevidos, servicios de acción de gracias o bailes folclóricos y grupos de entretenimiento. Sus expectativas y esperanzas sufrieron una amarga decepción. La consecuencia fue que a los ocupantes pronto se les escapó de las manos el área de ocupación. Este proceso fue descrito claramente por un soldado que más tarde sería víctima del mismo: «Nosotros, los occidentales, no entendíamos a esta gente, ni a su imperio. Nos separaban siglos de su vida cotidiana, su espíritu y su voluntad [...]. Era lo ilimitado, lo incomprensible, lo abrumador de esta tierra, el país crepuscular, lo que nos rechazaba hacia nuestras fronteras [...]. Solo nos llevamos a casa enigmas, interpretaciones y dudas, y nuestros credos y soluciones carecían de verdad y significado. Miles de palabras y declaraciones no ofrecían una figura válida, y solo el sufrimiento experimentado y contemplado en la guerra permanecía verdadero». Sin embargo, hay que añadir que en esta guerra no se trató únicamente de geografía, antropología o cultura; siempre se trató también de ideología, política o economía, y en estos aspectos los ocupantes apenas hicieron nada para ganarse a la población civil.

En consecuencia, el desarrollo del *Lebensraum* alemán resultó muy laborioso. Nada había más alejado de la realidad que este término. Era, en realidad, más un mundo de voluntad e imaginación, cuya existencia se sentía sobre todo en lo destructivo. Apenas se encontraron colonos que se

embarcasen en semejante misión suicida, y se limitaron a algunas bases en el oeste de Ucrania. De las comisarías planeadas originalmente —cuatro imperiales, veinticuatro generales y más de novecientas territoriales— solo se crearon la mitad, mientras que el resto del área ocupada siguió siendo una especie de retaguardia de aquella guerra sin fin. En pocas palabras, aquella tierra inagotable resultaba difícil en controlar a sus ocupantes.

Por lo tanto, pronto otros ocuparon su lugar. La inmensa extensión de esta zona de ocupación y también su naturaleza ofrecían las condiciones perfectas para una guerra oculta. Desde la primavera de 1942, los partisanos en la retaguardia alemana comenzaron a extenderse cada vez más, y un año más tarde ya dominaban el 90 por ciento de los bosques. Puesto que habían crecido en ese país y lo conocían bien, se encontraron con cierta ventaja. Una ventaja que también les ofreció su estrategia. Para ellos sirve lo que dijo Henry Kissinger sobre este tipo de guerra asimétrica: los partisanos ganan si no pierden; los ocupantes pierden si no ganan.

Ya en el transcurso de 1942, los alemanes comenzaron a retirarse hacia unas determinadas áreas centrales, a las ciudades y a las grandes líneas de comunicación. Todo lo demás se convirtió en tierra de nadie, una especie de jungla en la que solo prevalecía la ley del más fuerte. Los ocupantes buscaron entonces controlar el terreno devastando, en «operaciones» aisladas, paisajes enteros, o mejor dicho, a los partisanos. Por supuesto, solo una parte de estos representaba el poder del estado soviético, lo que no facilitó en absoluto la situación, especialmente para la población civil que siguió atrapada entre frentes de grupos rivales. En el momento en el que se desmoronaba un régimen, pero otro no lo reemplazaba realmente, muchos conflictos políticos, étnicos o incluso personales que se habían ocultado durante mucho tiempo volvieron a instalarse en las áreas de ocupación. Casi podríamos hablar aquí de un *bellum omnium contra omnes*, una guerra de todos contra todos. Esta es otra razón por la que las áreas de ocupación se convirtieron entonces en paisajes apocalípticos, cuyos habitantes se vieron obligados a retroceder sin ninguna protección de las leyes o las autoridades. En raras ocasiones se ha ilustrado esta circunstancia de una forma tan viva como en la película *Komm und sieh’*, donde el héroe Fljora, al igual que

hizo en su día Simplicius Simplicissimus durante la guerra de los Treinta Años, va dando tumbos por un mundo que está completamente fuera de control. Que esto fue así, que la violencia en las áreas de ocupación alemanas pudiera volverse tan independiente, cambia poco en la responsabilidad de los ocupantes. Su dominio fue ante todo torpe, parasitario y destructivo. Todo lo demás apenas pudo funcionar.

VI. CRÍMENES ALEMANES

Durante la guerra contra la Unión Soviética, el nacionalsocialismo mostró lo que realmente había dentro de él. A diferencia de las campañas anteriores, aquí confluyeron todas las consideraciones legales, políticas e internacionales observadas hasta ese momento. El nacionalsocialismo se reveló como una utopía mortal, primero para aquellos a los que se definía como enemigos (y fueron muchos), y luego para los que actuaron (o pretendieron actuar) en su nombre. En este sentido, la imagen externa de la guerra es engañosa. Muchos crímenes alemanes no fueron una expresión del caos o un desarrollo que simplemente se había vuelto independiente. Por supuesto que también hubo de esto. Pero, sin duda, predominó lo planeado, lo deliberado. Otras cosas acabaron sucediendo porque los propios invasores habían creado unas condiciones que los empujaron en aquella dirección. En cualquier caso, esta guerra de aniquilación tiene una tradición más larga que hundía sus raíces en obsesiones ideológicas bien definidas o en consideraciones estratégicas que, en parte, se remontaban a la época anterior al 22 de junio de 1941. Por eso, en aquel océano de tragedias humanas dejadas a su paso por los ocupantes alemanes, se pueden reconocer estructuras similares a las anteriores.

Judíos

Con el ataque a la Unión Soviética comenzó una nueva fase en la persecución de los judíos europeos. Bajo el gobierno del nacionalsocialismo, ya habían sido anteriormente marginados, humillados, robados, expulsados e incluso asesinados, pero solo entonces, a partir del 22 de junio de 1941, se puso en marcha una especie de máquina de matar. Esta guerra no solo le ofreció a Hitler una oportunidad de «ajustar cuentas» definitivamente con el «judaísmo», sino que también ofreció la oportunidad de enmascarar el asesinato sistemático, que comenzó muy pronto. En Bialystok, más de 2.000 judíos fueron masacrados o quemados en la

sinagoga el 27 de junio de 1941. Los autores fueron policías alemanes. Sin embargo, en aquellos primeros días fueron más habituales los pogromos sangrientos que inició, sobre todo, la población indígena en las áreas occidentales soviéticas y también el «aparato» de Himmler: los *Einsatzgruppen*, los batallones de Policía y las brigadas de las Waffen-SS los fomentaban o iniciaban de manera selectiva.

Este aparato tomaría pronto la iniciativa en el asesinato de los judíos soviéticos, porque se trataba de uno de los objetivos centrales de la política de ocupación alemana. Ya en el verano de 1941 hubo ejecuciones masivas continuadas de las que, a veces, fueron víctimas cientos, incluso miles de personas, como funcionarios, gitanos, enfermos, «políticamente poco fiables» o «asiáticos». Sin embargo, el grupo de víctimas más numeroso fue el de los judíos, que en aquel momento suponía alrededor del 2,6 por ciento de la sociedad soviética. Al principio, los escuadrones de la muerte alemanes habían masacrado primero a la «*intelligentsia* judía», pero pronto también a hombres judíos sin tener en cuenta su función. Que los líderes alemanes prepararan desde finales de julio «una solución final a la cuestión judía en la esfera de influencia alemana en Europa» significaba, en un lenguaje sencillo, que ahora todos los judíos soviéticos, y cada vez más las mujeres y los niños, serían víctimas de la política alemana de exterminio. Los intentos de encubrir las matanzas que se habían extendido a todas las comunidades judías desde septiembre de 1941 también desaparecieron paulatinamente: «los bebés volaban por los aires, y los matábamos a tiros antes de que cayeran a la fosa y al agua. ¡Fuera con esta raza que ha sumergido a toda Europa en la guerra!», escribía un secretario de policía en una carta a su casa en Viena. El mayor baño de sangre tuvo lugar los días 29 y 30 de septiembre en el barranco de Babi Yar, donde el IV Sonderkommando (comando especial) y dos batallones de la Policía segaron la vida de 33.771 judíos de Kiev: «Por la noche, sentí debajo de mí el frío cuerpo de mi hijo y la montaña de cadáveres que parecían aplastarme», recordaba una joven madre que logró escapar de la fosa común.

El genocidio de los judíos soviéticos provocó casi 600.000 víctimas hasta marzo de 1942. En la parte oriental del área de ocupación alemana, prácticamente no quedó vida judía, sobre todo a partir de 1942. Después del 20 de enero de ese año, tras la Conferencia de Wannsee, todos los demás judíos europeos fueron víctimas de un programa de exterminio que ya hacía tiempo se había convertido en un lugar común en la Unión Soviética ocupada. Sin embargo, muchos judíos todavía sobrevivieron a la invasión alemana, precisamente en su parte occidental, que ahora estaba subordinada a la administración civil alemana. En estos guetos estalló, a partir de la primavera de 1942, una segunda ola de destrucción que costó otro millón y medio de vidas hasta octubre de 1943. Si en 1941 las víctimas preferidas habían sido los judíos varones aptos para el trabajo, ahora los ocupantes alemanes trataron de explotarlos durante el mayor tiempo posible; a todos los demás los mataban de inmediato, desde bebés hasta ancianos. El número de judíos que fueron víctimas de la ocupación alemana en la Unión Soviética se estima en 2,4 millones, de los cuales, entre 450.000 y 500.000 murieron en la zona de soberanía de la Wehrmacht.

Para esta no existió ninguna orden de asesinar a los judíos. Aparte de eso, sus mandos tampoco lo querían. Para ellos, la directriz seguía siendo la división del trabajo acordada con las SS y la Policía, cuya política de asesinatos contó, sin duda, con la aprobación, la tolerancia y la resignación de *todos* los comandantes en jefe del Ostheer. La actitud de sus soldados fue similar, y la resistencia real contra el Holocausto fue escasa. Sin embargo, un número relativamente limitado de soldados participó *activamente* en este genocidio, en forma de unidades determinadas, principalmente en la retaguardia, donde cada vez se distinguía menos entre partisanos y judíos. Si la responsabilidad *individual* de la Wehrmacht por el Holocausto fue comparativamente baja, no fue así la *institucional*. Sin su apoyo administrativo y logístico, nunca hubiera sido posible un genocidio de esta magnitud. La Wehrmacht era la primera en organizar los territorios conquistados y eso significaba que registraba y catalogaba a los judíos, los explotaba y los encerraba en docenas de guetos, donde, a continuación, las SS y la Policía solo tenían que «recogerlos».

Además, los asesinos contaban con ayuda externa. Aparte de la nada desdeñable cantidad de colaboradores antisemitas con que se encontraron en el Báltico, en la antigua Polonia oriental y, sobre todo, en Ucrania, los rumanos que participaron en la invasión se distinguieron especialmente en este genocidio. Solo en Odessa asesinaron a finales de octubre de 1941 al menos a 25.000 judíos y se les considera responsables de haber asesinado en total a unos 350.000 en el suroeste de la Unión Soviética. Ahora bien, es importante señalar que solo bajo la iniciativa alemana y tan solo un proyecto como la operación «Barbarroja» pudieron hacer posible que se produjese un asesinato de población de este carácter y dimensión.

Prisioneros de guerra

Fue el mayor crimen de la Wehrmacht: en sus campos, cerca de 3 millones de prisioneros de guerra soviéticos murieron de hambre, congelados, víctimas de plagas o ejecutados. ¡Nada menos que 3 millones de muertes para un total aproximado de 5,7 millones! Es decir, el 53 por ciento de todos los prisioneros de guerra soviéticos murieron bajo la custodia del Ejército alemán —la mayoría no en el caos de las operaciones de combate, donde el riesgo, la complejidad y la velocidad promueven la escalada de la violencia, sino en los campos de prisioneros en los que se considera que prevalecían la seguridad y la tranquilidad—. Sin embargo, la culpa de la Wehrmacht es aún mayor. Para un ejército, el cuidado de los prisioneros de guerra es un asunto rutinario. El derecho internacional también había fortalecido sus derechos y, por último, se trataba aquí de un ámbito de actuación en el que el ejército alemán era en gran medida autónomo. También se plantea la cuestión de cuáles fueron las causas de este crimen sin precedentes y, ciertamente, los responsables del mismo.

Antes del comienzo de la guerra no se podía prever que se llegaría hasta ese extremo. Ciertamente, había signos que parecían cuestionables: ya en marzo de 1941, Hitler había anunciado en una reunión interna que el enemigo soviético no sería «un camarada» ni siquiera después de su captura. Como resultado, los departamentos militares centrales emitieron órdenes generales que anulaban parcialmente las leyes internacionales de

guerra y que advertían a los soldados alemanes contra la «pérfida táctica de guerra soviética». Aún tuvo más consecuencias el hecho de que el sistema alemán de prisioneros —como gran parte de «Barbarroja»— continuó siendo fruto de la improvisación. Ya el número de campos —en 1941 había 81 en la Unión Soviética— resultó ser demasiado limitado. Pero, ¿puede esto realmente explicar un crimen de esta dimensión? Los prisioneros no debían morir, debían trabajar. En la planificación alemana, su fuerza de trabajo debía asegurarse de que no flaqueara la maquinaria de guerra alemana.

Los dirigentes alemanes condenaron inicialmente «solo» a dos grupos entre los prisioneros: los oficiales políticos, los llamados «comisarios», y luego, a partir del otoño de 1941, a los prisioneros soviéticos de origen judío. De estos últimos, unos 50.000 fueron víctimas de la «segregación» alemana cometida por las *Einsatzgruppen*, la Policía y la propia Wehrmacht. En ocasiones, también fueron fusilados oficiales soviéticos, «asiáticos», mujeres y, posteriormente, prisioneros de guerra inválidos, aunque en los últimos casos mencionados no se trató de un programa sistemático de asesinatos.

Con los comisarios fue algo diferente; probablemente algo menos de cinco mil fueron asesinados por las tropas en el frente, y otros tantos en los campos de prisioneros o las zonas de retaguardia. En parte, la tropa interpretó con excesividad la orden de ejecución, pero también le provocó una incomodidad notable. A partir del final del verano de 1941, «los capitanes, los comandantes y la tropa» exigieron repetidamente que se anulase la orden. Se han dado pocos casos en la historia del Tercer Reich en los que las objeciones de los subordinados obligasen a ceder a los responsables políticos. En este caso, tuvieron éxito. El 6 de mayo de 1942, Hitler anuló la «Orden de los Comisarios» —primero a modo de prueba, aunque en adelante no se volvió a aplicar nunca—.

Sin embargo, estos dos grupos de víctimas siguieron siendo pequeños en comparación con el número total del resto de prisioneros de guerra soviéticos. La mayoría de ellos permanecieron inicialmente con vida, al menos hasta el otoño de 1941. Aunque sus muertes tuvieron lugar en el

momento de ser apresados o, más a menudo, durante las agonizantemente largas marchas hacia los campos de la muerte, a veces aquellos lugares también podían ser duros, pues las diferencias entre los campos todavía no eran realmente grandes en aquel momento. «Todo está muy tranquilo, todo en orden», escribía un sargento alemán en agosto de 1941 sobre su campo de tránsito. Poco después cambiaría por completo el tono de sus observaciones: «Esta muerte aburrida a nuestro alrededor es terrible», señalaba en una carta de noviembre. «Si todo se congela con las heladas —hoy hemos tenido 10 grados bajo cero, ayer 15— van a comer, se tambalean, caen y mueren a nuestros pies».

Esta muerte, silenciosa y lenta, era parte de la vida cotidiana en todos los «campos rusos». En el otoño de 1941 surgirían varias dificultades más: la ofensiva alemana contra Moscú se quedó atascada, lo que vino acompañado por una grave crisis de suministros para el Ostheer que, con el comienzo de la estación fría y húmeda, y también las victorias de la Wehrmacht en las grandes batallas de las bolsas de Kiev, Viazma y Briansk, dejaron otro millón y medio de prisioneros en los campos. Puesto que Hitler había prohibido trasladarlos al Reich, se acumularon en la zona de operaciones. Por supuesto, se trataba, en parte, de una cuestión de limitaciones que habían sido creadas únicamente por las principales autoridades alemanas. Las consecuencias derivadas de la respuesta de las autoridades a esta crisis hicieron patente lo desastroso de la planificación logística, reduciendo fuertemente las raciones para los prisioneros soviéticos. Aún más explícito fue el intendente general de la Wehrmacht en una conferencia el 13 de noviembre de 1941: los prisioneros de guerra que no trabajaban debían —de acuerdo con su monstruosa sentencia— morir de hambre. Ya en los meses precedentes, los dirigentes alemanes habían hecho lo mínimo necesario por los soldados del Ejército Rojo capturados, y habían confiado el resto al arte de la improvisación de los comandantes de los campos. Sin embargo, ahora habían abandonado a su suerte a los indefensos prisioneros de guerra, el grupo más débil. Pronto los campos se convirtieron en auténticos agujeros infernales: gente llorando de hambre, que se comía la carne de sus camaradas muertos y que pedía a los guardias alemanes que les

dispararan. Aquellos a los que el hambre perdonó la vida fueron atrapados por el frío o las epidemias: la temida fiebre tifoidea, la disentería o la tuberculosis. Cuando llegó la primavera, ¡seguía con vida alrededor de un tercio de los tres millones de prisioneros de guerra soviéticos originales!

La principal culpa de su horrible destino recae indudablemente en aquellos oficiales de alto rango de la Wehrmacht y del Heer que, al considerarlo necesario, dieron por buena la muerte de millones de prisioneros de guerra indefensos. Pero el «ámbito de subordinados» también fue culpable. En total, desde 1941 y hasta 1945, se extendieron por toda Europa oriental y central 245 «campos rusos». Su personal de vigilancia fue, numéricamente, solo una fracción del Ostheer, por lo que su responsabilidad fue aún mayor. Hubo comandantes de campo que se mostraron absolutamente indiferentes hacia los prisioneros, o que empeoraron todavía más su situación. Pero también los hubo que lucharon por sus prisioneros. Sin embargo, que esto no fuera posible desde el otoño de 1941 en adelante, es una muestra de lo reducido que era en aquel momento el alcance de acción en la base.

Después de todo, desde la primavera de 1942 en muchos campos se había tenido la sensación de que los guardias alemanes querían mejorar las relaciones. De esta circunstancia se aprovecharon, sobre todo, aquellos prisioneros que estaban dispuestos a trabajar o incluso a luchar para los alemanes. Sin embargo, que otro millón de prisioneros soviéticos muriera bajo custodia alemana hasta el final de la guerra, muchos en el invierno de 1942-1943, deja claro el escaso efecto que tuvieron aquellos «cambios».

Guerra de guerrillas

¿Fue criminal la lucha de los ocupantes alemanes contra los partisanos soviéticos? En principio, no. El hecho de que un ejército de ocupación se defienda contra unos atacantes irregulares, es legal según el derecho internacional y puede ser considerado legítimo desde el punto de vista militar. Pero, en este caso, la práctica fue un poco diferente. Los alemanes practicaron contra la Unión Soviética una guerra que a menudo se caracterizaba por la arbitrariedad, según la cual no importaba que la

población civil sufriera. Ante la mera sospecha de desobediencia o incluso de resistencia, los ocupantes se comportarían con dureza. Pero Hitler dio un paso más allá. Muy pronto, el 16 de julio de 1941, declaró sin rodeos que la guerra de guerrillas también ofrecía ventajas, porque les «daba la oportunidad de exterminar a lo que se opone a nosotros». También aquí primaba la ideología de la guerra de exterminio y, solo después, la necesidad de seguridad del ejército.

Sin embargo, esto dio como resultado que los guerrilleros soviéticos, muy vacilantes en un primero momento, pronto ganaron un punto de apoyo. La respuesta al llamamiento de Stalin, que ya en los primeros días de la guerra proclamó la «guerra popular patriótica contra los opresores fascistas», se mantuvo inicialmente bastante exigua. En aquel momento, los espías lanzados en paracaídas tras las líneas alemanas y otros equipos enviados por los soviéticos fueron, en su mayoría, eliminados. Pero la población esperaba. En el oeste de la Unión Soviética no fue tan raro que se diera la bienvenida a la Wehrmacht y fuera saludada incluso como libertadora. Para esta, en aquel momento la guerrilla no suponía tanto problema como los «sitiados», aquellos soldados del Ejército Rojo que habían quedado diseminados en las grandes bolsas. Como «grupos de supervivencia», intentaron abrirse paso como pudieron, ya que los alemanes los habían amenazado con considerarlos «guerrilleros», ¡puesto que no se habían entregado de forma voluntaria y a su debido tiempo! Aquello no solo era pérfido, era simplemente estúpido, y las consecuencias no se hicieron esperar. Desde el otoño de 1941 se acumularon los ataques en la retaguardia alemana. La Wehrmacht ya había golpeado antes sin piedad cuando vio amenazados sus intereses básicos: seguridad, planificación cronológica y suministros, pero las ejecuciones de rehenes o «guerrilleros» aún estaban lejos de ser habituales. En el otoño de 1941, esto cambió. Una unidad de ocupación como la 221 División de Seguridad mató a tiros en solo dos meses a 1.847 «partisanos». También a los «sospechosos de ser partisanos» se les amenazó entonces con la pena de muerte, mientras que la tasa de rehenes se incrementó de manera anormal. El mariscal de campo

Keitel sostenía que, en todos los casos, la muerte de «50 a 100 comunistas» sería la «expiación por la vida de un soldado alemán».

Era previsible que en algún momento aquel terror devolviera el golpe a sus responsables y, de hecho, así ocurrió a partir de la primavera de 1942, cuando comenzó a articularse el movimiento partisano, hasta entonces organizado y dirigido desde Moscú. En la retaguardia aparecieron regiones partisanas delimitadas y, el 5 de septiembre de 1942, Stalin ordenó que su guerra finalmente se convirtiera en un «asunto de todo el pueblo», y no solo de los oficiales. Aquella decisión fue un éxito: se interrumpieron líneas de ferrocarril, se volaron puentes, se atacaron las bases alemanas y los colaboracionistas fueron asesinados; en abril de 1943, desde el punto de vista alemán, el 90 por ciento de los gigantescos bosques bielorrusos y ucranianos occidentales se consideraban «infestados de bandas». En los veranos de 1943 y 1944, los partisanos consiguieron incluso influir en los acontecimientos en el frente con la ayuda de sus operaciones a gran escala contra las líneas de conexión alemanas, la llamada «guerra del ferrocarril».

Las tropas alemanas desplegadas allí, desangradas y desconcertadas, poco podían hacer contra aquello; ya estaban suficientemente ocupadas con los constantes ataques del Ejército Rojo. Las «bandas» deberían, por lo tanto, mantenerse en jaque sobre todo mediante las «fuerzas de retaguardia», una alianza militar escasa en número compuesta por batallones de seguridad de la Wehrmacht, de la Policía, brigadas de las Waffen SS, equipos de protección local y tropas aliadas. Su manifiesta inferioridad la compensaban mediante el terror, tal y como afirmaba expresamente la orden de Hitler, y con la ayuda de «grandes operaciones» en las que rodearon áreas enteras, las «limpiaron» y luego las redujeron a escombros y cenizas. De este modo, no atacaron tanto a los partisanos móviles como, más bien, a los civiles que vivían en estas zonas. Se estima que solo alrededor del 20 al 30 por ciento de las muertes correspondían a partisanos. Lo que quedaba tras ellos eran «zonas desérticas»: regiones desoladas, aldeas quemadas y montañas de cadáveres. «En las zonas partisanas, los niños y las mujeres sospechosas de suministrar alimentos a los partisanos debían ser ejecutados con un tiro en la nuca», informaba un

joven soldado en 1942 a su casa. Entre febrero de 1942 y junio de 1944, hubo al menos 68 de estas «grandes operaciones». Estas pérdidas no fueron proporcionadas debido a que en el bando alemán se perdió un total aproximado de 50.000 personas y en el soviético, diez veces más, alrededor de 500.000.

Sin embargo, también en este caso la realidad fue más compleja de lo que sugieren algunas órdenes, estructuras y cifras. Los partisanos también podían ser crueles con sus enemigos, pero igualmente con los colaboradores, sus familias y, de hecho, con la población civil y los no comprometidos, cuyo apoyo y abastecimiento obtenían a menudo por la fuerza. Aquello no era únicamente un trabajo de los «rojos». El movimiento clandestino en los territorios soviéticos ocupados era mucho más heterogéneo de lo que la historiografía soviética quiso hacer creer: además de los grupos «rojos», existían polacos, ucranianos, bálticos, judíos y, por último, también aquellos que querían sobrevivir en la clandestinidad. El hecho de que todos estos grupos a menudo se odiaran entre sí no simplificaba precisamente la situación. Por último, parecía existir una restricción. Aunque también la Wehrmacht se condujo con brutalidad, real o percibida, contra los partisanos, a partir del año 1942 comenzó también a probar con otra vía: ofertas de amnistía a los partisanos, tratamiento diferenciado a los civiles, reformas económicas y, a veces, incluso cautelosas ofertas de autonomía militar o política a los colaboradores. En este sentido, quien llegó más lejos fue el comandante en jefe del 2.° Ejército Panzer, el general Rudolf Schmidt. La experiencia demuestra que la realización de semejantes enfoques es extremadamente difícil en una disputa en la que ya haya comenzado la espiral de violencia. En cualquier caso, bajo las condiciones del régimen nacionalsocialista, estaban condenados al fracaso. Los bajos fondos soviéticos se beneficiaron de ello. Que al final se convirtiese en una especie de «segundo frente» que incluso pudiera influir en la «gran» situación militar fue siempre también un resultado de la igualmente criminal y necia estrategia alemana de la calma del cementerio.

Leningrado

Hitler intentó poner al servicio inmediato de la ideología nacionalsocialista al núcleo del estamento militar: la dirección estratégica. Esto tendría éxito solo en un caso, el asedio de Leningrado, pero con consecuencias devastadoras. Esta fue una operación que, en realidad, no estaba justificada desde el punto de vista militar. Más bien, durante septiembre de 1941, los dirigentes alemanes habían detenido intencionadamente la ofensiva del Grupo de Ejércitos Norte para proteger algunas de sus propias fuerzas y matar lentamente de hambre a la ciudad de tres millones de habitantes. En aquella época no estaba prohibida la muerte por inanición como táctica de guerra, pero la planificación militar estaba vinculada a la ideología del genocidio. Para Hitler, Leningrado era tan solo un «nido venenoso» y sobre sus asesores militares decía que querían «hervir Petersburgo a fuego lento», tal como observó ingeniosamente el intendente general Wagner. «No se tenía la intención —escribió un oficial del estado mayor del Grupo de Ejércitos Norte— de entrar en la ciudad». Leningrado era «la ciudad donde había nacido el bolchevismo». Por lo tanto, la ciudad debía «desaparecer de la faz de la tierra, como en su día Cartago». Ese era el contenido general de aquellos juegos de simulación que no procedían únicamente del cuartel general del Führer.

El ejecutor de aquella forma criminal de hacer la guerra fue el 18.º Ejército allí desplegado. Esta realidad rara vez era percibida por el soldado de primera línea. Ellos formaban parte de una operación a gran escala que, desde fuera, parecía tener una apariencia militar. Pero los soldados no conocían las verdaderas intenciones de sus dirigentes y creían que su misión era, más bien, asediar y bombardear la ciudad hasta que «el ruso» se rindiera. Internamente, el ministro de Propaganda del Reich Goebbels acuñó el lema de que la resistencia soviética era «una coartada eficaz» para «el terrible destino» que amenazaba a esa ciudad. Y hay un punto aún más revelador: en los archivos militares alemanes se menciona repetidamente que para los soldados allí desplegados resultaría insoportable «disparar una y otra vez contra mujeres, niños y ancianos indefensos tras continuos

arrebatos». Sin embargo, los soldados del 18.º Ejército se ahorraron esta última escalada de una guerra ideológica; ni la ciudad ni sus habitantes capitularon.

En realidad, Leningrado no sería un caso aislado. Ya en julio de 1941, Hitler había anunciado que «arrasaría Moscú hasta los cimientos» y diezmaría a sus habitantes mediante el hambre y las bombas. Para Stalingrado planeaba lo mismo. El Ejército Rojo lo impidió en ambos casos, pero Leningrado fue sentenciada a morir de hambre. La ciudad estaba atrapada entre un anillo de asedio alemán en el sur y las tropas finlandesas en el norte, que habían avanzado hasta la antigua frontera fineso-soviética. En el medio, como una pequeña isla, todavía había territorio soviético defendido ferozmente por soldados y civiles soviéticos cuya existencia se había reducido a luchar por la misma. De hecho, la Wehrmacht había perdido desde finales del otoño de 1941 la ocasión propicia para conquistar la metrópoli del Neva. Las batallas se convirtieron entonces en un asedio tenaz y agotador, luchas posicionales en terrenos alejados de la ciudad en las que se consumían las energías de los dos oponentes superando o sosteniendo el anillo de asedio. Hasta el 18 de enero de 1943, el Segundo Ejército de Choque soviético estableció una conexión terrestre con Leningrado, de unos pocos kilómetros de ancho, que un año más tarde, el 18.º Ejército alemán tuvo que recorrer a la inversa tras los intensos ataques soviéticos en dirección a Estonia. Leningrado estaba de nuevo libre. El «bloqueo» había durado casi 900 días.

Para aquellos que no pudieron escapar de aquella trampa, resultó terrible. Ya en octubre de 1941, el número de muertes en Leningrado superaba la terrible tasa de mortalidad de 2.500 personas; más tarde, en noviembre, alrededor de 5.500, y finalmente, en diciembre, ¡casi 50.000! Desde la perspectiva de una estudiante de once años de Leningrado, esto significaba algo así como: «Shenya murió el 28 de diciembre de 1941 a las 12 del mediodía; la abuela murió el 25 de enero [de 1942], a las 3 de la tarde; Lyoka murió el 17 de marzo a las 5 en punto de la madrugada; el tío Vasya murió el 13 de abril a las 2 en punto después de la medianoche; Tío Lyosha el 10 de mayo a las 4 de la tarde; Madre el 13 de mayo a las 7:30 de

la mañana. Los Sávichev han muerto. Todos han muerto. Solo queda Tanya». Tanya Sávicheva fue encontrada inconsciente; murió el 1 de julio de 1944 en un hospital fuera de la ciudad. Aunque la situación mejoró gradualmente a partir de la primavera de 1942; aunque comenzaron a funcionar los suministros en el lago Ladoga, bien fuera por la «carretera de la vida» o por barco; aunque Leningrado evacuaba cada vez a más gente y comenzaba a producir de nuevo como una «ciudad del frente», la muerte seguía formando parte de la vida cotidiana. Las estimaciones sobre la cantidad de personas que fueron víctimas del asedio alemán oscilan entre 650.000 y un millón de personas.

Como es habitual en tales situaciones, la estrategia de hambre alemana sacó a relucir lo mejor y lo peor entre sus víctimas, los *blokadniki*. Un testigo presencial escribía: «A cada paso, bajeza y generosidad, sacrificio y egoísmo extremo, robo y honradez». E incluso entonces continuó la caza de los «enemigos del pueblo». La NKVD, la policía secreta, informaba impasible que desde junio hasta septiembre de 1942 había «detenido a 9.574 personas» en Leningrado y «liquidado 625 grupos contrarrevolucionarios [...]». Sin embargo, estas oscuras facetas no varían el resultado de esta historia. Fue una victoria soviética, casi un mito militar: una defensa exitosa en una situación en la que no existían alternativas para los defensores. Y una cosa más: fue un crimen alemán —uno de muchos— pero también fue un crimen para el cual había muy pocos casos comparables en aquel momento.

Explotación

Durante mucho tiempo, se han subestimado las consecuencias de la explotación alemana de la Unión Soviética que pudieron sentirse en todos los ámbitos. Los dirigentes alemanes, que querían gobernar y exprimir el «Ostraum» como una colonia, perseguían varios objetivos con esta política: en vista de lo limitado de sus propios recursos, la Wehrmacht quería «abastecerse completamente del terreno», pero también permitir que el Reich se beneficiara de los recursos naturales y los cultivos de la Unión Soviética. El objetivo final se denominaba «autarquía económica» —

también con la vista puesta en una «batalla final» con las potencias anglosajonas—. Pero los planificadores alemanes no solo estaban preocupados por la economía. Incluso antes del comienzo de la campaña, habían matado de hambre a los nativos, se hablaba de «infinidad de millones de personas», mostrando una magnífica impasibilidad en sus cálculos. En otras palabras: los planes económicos se aliaron desde el principio con un cálculo genocida.

Tales tareas —grandes, complejas e incluso seductoras— no se querían dejar en manos del hombre corriente. El saqueo salvaje fue también objeto de «los castigos más severos». Para esto parecían estar mejor preparados los expertos de la Organización Económica del Este. Por lo tanto, su responsabilidad por el despiadado agotamiento económico es, con mucho, la mayor. El hecho de que no actuaran solos no mejoró las cosas para los ocupados. Por supuesto, las divisiones del cuartel general y de intendencia de la Wehrmacht querían ocuparse de sus unidades, y también desde el Comisariado del Reich intentaban extraer otros posibles «especialistas económicos». Por si eso no fuera suficiente, desde la primavera de 1942 también había entrado en escena Fritz Sauckel como plenipotenciario general para el Empleo de la Fuerza de Trabajo (GBA). Hasta junio de 1944, sus proveedores y secuaces enviaron un total de 2,8 millones de trabajadores forzosos soviéticos al Reich alemán, un programa que recordaba cada vez más a las «cacerías de esclavos» presenciadas en tiempos pasados.

Al final, también las propias tropas hicieron lo que, dependiendo de la situación, se les ordenaba: requisar, organizar, negociar o saquear. Algo previsible en una guerra que los dirigentes alemanes habían iniciado con tan solo veinte raciones diarias de comidas. «Tenemos en las cosas más necesarias (herramientas, aceite, clavos, etc.) unas limitaciones muy pobres que no son proporcionales al tamaño de nuestro programa militar», opinaba el Estado Mayor de la 251.ª División de Infantería. En vista de la concentración masiva de unidades alemanas en el frente, este saqueo afectó sobre todo a las zonas de batalla y sus inmediatos alrededores, que pronto

se convirtieron en lo que entonces se dieron en llamar «zonas de defoliación total».

Al final, la Oficina Económica del Este consiguió cubrir el 80 por ciento de las necesidades de provisiones de la Wehrmacht con recursos de los «territorios orientales» ocupados al tiempo que, además, hacía envíos a la «patria». Lo que consumieron estos huéspedes no invitados, pero exigentes, puede ilustrarse con algunas cifras. Solo el Grupo de Ejército A, consumió 187.000 cabezas de ganado bovino y 434.000 ovejas en solo diez semanas. Y también sobre sus entregas al Reich: materias primas, productos industriales, alimentos y mano de obra, la potencia alemana ocupante lo consignó meticulosamente: hasta marzo de 1944 se habían transportado alrededor de 2 millones de toneladas de chatarra de acero, así como 1,1 millones de toneladas de hierro, 660.000 toneladas de manganeso, 14.000 de cromo, etc. Así continuaba hasta terminar con 12.000 toneladas de lana y más de 178.000 colas de bovino, que también eran necesarias para la economía de guerra alemana. En una palabra, era un programa depredador de una escala rara vez vista en el mundo.

Pero aún se ocultaba algo más detrás de estas cifras. Ya con anterioridad, la sociedad soviética había tenido que vivir a menudo en unas condiciones miserables, aparte de la grave crisis alimentaria que padecían. Ahora sería de nuevo víctima de una política criminal de hambre y, con suerte, recibirían la comida justa para sobrevivir. Hasta el invierno de 1941-1942, las raciones disminuyeron continuamente. Para la población urbana no trabajadora, eso significaba en aquel momento: ¡70 gramos de grasa, 1,5 kilos de pan y 2 kilos de patatas a la semana! Algo mejor lo tenían aquellos que colaboraban o que trabajaban para la Wehrmacht. También hubo grandes diferencias dependiendo de la región.

En total, murieron de hambre alrededor de la mitad de todos los civiles soviéticos sometidos a la ocupación alemana. Particularmente afectados por estos golpes se vieron la retaguardia ocupada por los alemanes antes de Leningrado, la cuenca del Donets, el noreste de Ucrania, Crimea y las ciudades en general. Todavía en mayo de 1942, cada día morían de hambre en Jarkov 40 personas; hasta finales de 1942, solo allí 14.000 personas ya

no estaban vivas a causa del hambre. Si un sanitario alemán se tropezaba en aquel momento con «niños y ancianas» que «literalmente eran solo piel y huesos», aquello no era el resultado de ninguna «situación de emergencia», sino que era el resultado de una política para la que Herbert Backe, secretario de Estado en el Ministerio de Agricultura y Alimentación del Reich, ya había marcado el rumbo antes de la guerra: «el ruso ya soporta la pobreza, el hambre y la escasez desde hace siglos. Su estómago es flexible; por lo tanto, nada de misericordia».

Que aquello no fuese aún peor se debió a que al menos una parte de las tropas alimentó a sus vecinos civiles, algo que sus superiores, por supuesto, criticaron como una «humanidad mal entendida». Sin embargo, desde 1942 se alzaron otras voces: por ejemplo, el 11.º Ejército solicitaba «alimentar en general [...]» a la población civil «sin importar si trabaja para nosotros o no». Además de los motivos humanitarios, políticos y de propaganda, también desempeñaban un papel las consideraciones económicas: desde febrero de 1943, se impuso a los civiles una obligación general de trabajar, por ejemplo, en la construcción de carreteras y fortificaciones, o en las empresas locales que ahora debían ser algo más que meros centros de explotación. Por supuesto, esta creciente explotación anuló a menudo las vacilantes mejoras en la atención. Aunque era poco probable que se repitiera una catástrofe como la del invierno del hambre de 1941-1942, la población civil siguió clasificada en el estrato inferior de la escala alemana de alimentación. El número de muertes por inanición fue de cientos de miles, cuando no de millones.

«Tierra quemada»

Aunque la guerra que los alemanes llevaron a la Unión Soviética ya había provocado innumerables heridas en el país, la violencia de los ocupantes alcanzó un punto culminante, una vez más, cuando salieron de su «espacio vital». Nunca antes habían destruido y despoblado sistemáticamente la tierra.

El concepto no era nuevo. La «tierra quemada» ya se había dado en muchas guerras. Que esta forma de actuar en el terreno también estuviera

presente desde el principio en la guerra de Hitler-Stalin ciertamente no fue una coincidencia. Fue el bando soviético el primero en emplear esta táctica. Todo lo que no se podía evacuar, había que reducirlo a ruinas: fábricas, instalaciones de transportes, suministros de materias primas y muchas cosas más. Stalin quería crear unas «condiciones insoportables [...] para el enemigo y todos sus cómplices». Y ese fue exactamente el caso, cuanto más se retrasaba el avance alemán. Sin embargo, el bando soviético debía conceder prioridad a la evacuación, no al desmantelamiento completo que, en segundo lugar, llevó a cabo en su propio país y que, al fin y al cabo, no había iniciado aquella guerra. Aparte de eso, esa autodestrucción parcial formaba parte de una estrategia que, ciertamente, tenía perspectivas de éxito. Valiéndose de la «tierra quemada», los rusos ya habían quebrado en 1812 el espinazo del gran Ejército de Napoleón.

Cuando los alemanes comenzaron a arrasar a gran escala, la devastación fue diferente. Cuanto más desesperada se volvía su situación militar, más radicales fueron las órdenes de exterminio de sus altos mandos; aunque resultaba evidente, como muy tarde desde 1943 a 1944, que semejantes medidas ya habían perdido sentido desde el punto de vista militar, aparte de su problemática moral y legal. Básicamente, se trataba tan solo de un programa de suicidio colectivo. En su marcha hacia el crepúsculo de los dioses, Hitler y sus ayudantes querían llevarse consigo al mayor número posible de personas.

Ya durante sus primeras retiradas en los dramáticos meses de invierno de 1941-1942, la Wehrmacht había dejado atrás zonas desoladas. «La noche se iluminaba de un rojo sangre por los pueblos que ardían en los alrededores —escribía un soldado alemán— y las colinas resonaban oscuras ante el estruendo de las explosiones». En ese momento, la destrucción todavía se limitaba a áreas relativamente pequeñas, y también había soldados y unidades que opinaban que aquello era «incompatible con el espíritu de un pueblo civilizado». Sin embargo, el bando alemán no estaba preocupado por provocar a su enemigo un daño económico a largo plazo, sino, sobre todo, por mantenerlo a distancia «de cualquier manera». El motivo central del salvajismo alemán fue, a menudo, el puro miedo.

Comparado con lo que los ocupantes alemanes hicieron a partir del invierno de 1942-1943, todo aquello solo fue un preámbulo. De la táctica surgió entonces una estrategia: «El enemigo debe recibir un país que le sea totalmente inútil durante mucho tiempo, inhabitable, desolado, donde durante meses se produzcan explosiones de minas», decía la exigencia de Hitler. Un par de meses antes, en febrero de 1943, había reprendido severamente a los generales por «haber arrasado muy poco durante la retirada». A este respecto, los ocupantes alemanes deberían ahora ganar experiencia rápidamente. Sus acciones fueron entonces sistematizadas y también perfeccionadas bajo el concepto ARLZ: despejar, desalojar, entorpecer y destruir (en alemán: *Auflockern*, *Räumen*, *Lähmen* y *Zerstören*). La consecuencia fue que su antigua área de ocupación se hundió cada vez más entre escombros y cenizas. En la segunda mitad de la guerra en el este, los alemanes dejaron tras de sí incendios de kilómetros de ancho, puentes dinamitados, líneas férreas levantadas, pozos envenenados, plantas industriales y de energía reducidas a ruinas y, a veces, prisiones y campos en los que solo se encontraban muertos, como por ejemplo en Minsk. Además, comenzaron a llevarse todo lo que pudieron: recursos, productos y, cada vez más, personas.

Las primeras deportaciones importantes acaecieron durante la batalla de Stalingrado, y desde la primavera de 1943 se convirtieron en una práctica sistemática. Como resultado, otros 2,3 millones de civiles soviéticos perdieron sus hogares y sus últimas posesiones. Sirvieron como fuerza de trabajo en el Reich o en su propio país junto a las tropas alemanas, o fueron conducidos a cualquier otro lugar. Parte de estas agotadoras y aterrorizadas multitudes siguieron de manera más o menos voluntaria a las columnas alemanas en retirada, tal como señalaban los informes alemanes. A veces era enorme el miedo al retorno del gobierno estalinista, pero su disposición a acompañar a los alemanes en su camino hacia la destrucción tuvo que disminuir a medida que avanzaba la guerra. En cambio, el bando alemán intentaba cada vez con más intensidad retener y explotar el potencial de esta fuerza de trabajo, por ejemplo para la cada vez más urgente construcción de posiciones militares. Pero también a aquellos que en la jerga alemana eran

considerados «comedores inútiles» les aguardaba a menudo un horrible destino. Tras largas y agotadoras marchas, la Wehrmacht encerraba a los ancianos, lisiados, mujeres y niños en cualquier campo de internamiento donde, simplemente, eran abandonados a su suerte hasta su liberación por el Ejército Rojo.

No solo los militares fueron responsables de este terrible final de la ocupación alemana, pues de nuevo aquí entró en acción todo el sistema que los alemanes habían instalado durante su breve gobierno de la Unión Soviética; desde los incontables departamentos de la Administración Civil, de la Organización Económica del Este, del Servicio de Trabajo del Reich, de la Organización Todt, del aparato de Sauckel, es decir, del «plenipotenciario general para el empleo de mano de obra», hasta las tropas del frente que, naturalmente, eran las últimas en abandonar sus posiciones. No pocas veces la retirada del Ostheer fue acompañada por un estado general de fatalidad, que podría describirse como un caótico «sálvese quien pueda». Al final, según un testigo alemán, «cada soldado se sintió llamado a provocar la destrucción». Eso no quiere decir que todos los soldados actuaran así en aquel momento. A veces faltó la voluntad, más a menudo simplemente el tiempo y la oportunidad, porque la retirada organizada y preparada fue, por lo general, una excepción. Pero las imágenes de los territorios soviéticos liberados hablan por sí mismas. Alguien que debía de estar informado, un consejero administrativo de guerra alemán, señalaba que era «la medida más desastrosa» que había vivido hasta aquel momento en el este.

VII. POLÍTICA II: 1941-1945

Política exterior alemana

«¿Política? Ya no hago política. Me repugna», declaró Hitler en tono lastimero durante un análisis de la situación en abril de 1945. De hecho, ya era demasiado tarde para eso porque hacía mucho tiempo que se había despedido de la política. Con una notable coherencia suicida, a partir de 1939, había roto un puente tras otro, reduciendo constantemente el alcance de la política exterior alemana que vivía cada vez más de los éxitos militares de la Wehrmacht. Si estos desaparecían, y este había sido el caso desde el invierno de 1942-1943, rápidamente quedaría claro hasta qué punto el Reich alemán se había convertido en prisionero de las obsesiones ideológicas de Hitler. Esto no significaba que la diplomacia alemana estuviera prácticamente inmóvil durante la segunda mitad de la guerra; para el período de diciembre de 1941 a mayo de 1945, una edición con una selección de los archivos más importantes sobre la política exterior alemana todavía contiene ocho gruesos volúmenes. Pero hacía mucho tiempo que el Ministerio de Asuntos Exteriores ya no era un motor, tan solo un equipo. Las actividades de los diplomáticos alemanes se centraron cada vez más en mantener unida la «Fortaleza Europa» de Hitler por todos los medios posibles y taponar como fuera las brechas mediante la persuasión, la presión o, si era necesario, utilizando la pura fuerza.

Pero faltaba la señal decisiva. Los diplomáticos alemanes nunca presentaron una oferta seria para un acuerdo de paz o, al menos, para una paz por separado, aunque sabían desde hacía tiempo que la guerra estaba perdida. Desde enero de 1943, cuando los Estados Unidos y Gran Bretaña se comprometieron durante la conferencia de Casablanca (14 al 25 de enero de 1943) a la exigencia de una rendición incondicional alemana, todas las posibilidades de un compromiso entre Alemania y la Unión Soviética parecían cerradas. Sin embargo, en la primera mitad de 1943 y de nuevo en

el verano de 1944, esta idea iluminó equivocadamente a los líderes de ambos bandos. Mientras que Stalin, al menos por un tiempo, nunca descartó por completo la idea de un acuerdo de paz por separado con el odiado enemigo, aquello estaba fuera de discusión en el caso de Hitler. Para ese momento, ya no tenía nada que ofrecer parecido a un concepto estratégico. Eran unas esperanzas ilusorias las que lo alimentaban: ¿Se rompería quizás la «antinatural» coalición Aliada? ¿O se unirían todos los partidos fascistas para formar un movimiento voluntario paneuropeo contra el bolchevismo?

Mientras tanto, continuaba la gran política internacional, solo que ahora se deslizaba cada vez más lejos de la influencia alemana. La guerra en el Este siempre había gozado del apoyo de grandes áreas de Europa, pero movilizarlo se hizo cada vez más difícil en 1943. Por ejemplo, que Italia llevara de vuelta a casa a sus últimas tropas en abril-mayo de 1943, y España, cuyos voluntarios lucharon en la 250.ª «División Azul», hiciera lo mismo en octubre de 1943, demostraba hacia dónde se dirigía el desarrollo de los acontecimientos. Aquello fue solo un preludio. A finales del verano de 1944, bajo la impresión de los abrumadores éxitos soviéticos, el frente antibolchevique de Europa central y oriental se resquebrajó en unas pocas semanas: con Rumania y Finlandia, que cambiaron de bando en agosto y septiembre respectivamente, el frente oriental alemán perdió en cierta medida su «piedra angular»; desde septiembre de 1944, Bulgaria, que hasta entonces había permanecido en gran medida neutral, pertenecía definitivamente a la esfera soviética. En el caso de Hungría, Eslovaquia y Croacia, solo la situación militar les impidió abandonar el bando de las potencias del Eje. La ocupación militar de Hungría por las tropas alemanas el 19 de marzo de 1944 y la represión de una revuelta pro soviética en Eslovaquia (octubre de 1944) ilustran claramente lo difícil que se había vuelto para los dirigentes alemanes retener a estos «aliados».

Pero no se extrajeron consecuencias políticas hasta el final. La diplomacia alemana jamás propuso, ni siquiera concibió, una alternativa al camino de la destrucción, nacional y moral. Pero, puesto que Hitler había vinculado incondicionalmente su destino personal y el de la nación con el resultado de esta guerra, el Ministerio de Asuntos Exteriores se convirtió en

el obediente siervo de un liderazgo que, por así decirlo, puso del revés la tan citada frase de Clausewitz: la política solo era una continuación de la guerra por otros medios. Esta máxima, que en realidad exigía lo contrario, es decir, la consecuente subordinación de lo militar a lo político, rara vez se había sometido a una perversión tan extrema como en el caso de la política exterior alemana de aquel momento.

Política exterior soviética

Cuanto más torpe y fracasada era la diplomacia alemana, cuanto más se resquebrajaba la «alianza bélica fascista», más hábil y exitosa era la diplomacia soviética. Aquello no resultaba evidente por sí mismo. Su posición inicial no podía ser peor: el 22 de junio de 1941, sus protagonistas se encontraban simplemente frente a un montón de escombros. Pero, en realidad, se les ofrecían más oportunidades de las que podían apreciar a primera vista. Mientras que Stalin había enmudecido y tardó casi dos semanas en explicar en la radio a sus «hermanos y hermanas» por qué sus amigos alemanes de repente eran enemigos, otros fueron más rápidos. Churchill, por ejemplo, podría continuar imperturbable su camino, también porque ahora aparecieron más aliados potenciales. En la noche del 22 de junio dio la bienvenida a la Unión Soviética como un nuevo aliado al que le «concedería cualquier ayuda» porque «la lucha de cada ruso» es «la lucha de todos los hombres libres».

Churchill hablaba en serio. Ya a finales de agosto de 1941 los primeros convoyes británicos alcanzaron Arcángel y Murmansk a través de la «ruta del norte», en septiembre tropas soviéticas y británicas ocuparon Persia para asegurarse una vía de conexión desde el sur y, desde noviembre de 1941, le siguieron las entregas de los norteamericanos. Comenzaba así el legendario «Lend-Lease-Program». Los Estados Unidos suministraron a la Unión Soviética bienes por un valor de 10.800 millones de dólares y Gran Bretaña por un valor de 5.900 millones de dólares. No solo estas sumas hablan por sí mismas. El hecho de que más tarde se firmaran pactos de asistencia entre la URSS y Gran Bretaña (el 26 de mayo de 1942) y los EE UU (el 11 de

junio de 1942), demuestra la gran importancia que tenía para las potencias occidentales la alianza militar con la Unión Soviética.

La ayuda material se correspondió con crecientes concesiones diplomáticas. Eso siempre fue una expresión de mala conciencia, porque desde hacía mucho tiempo la alianza occidental había sido simplemente incapaz de tomar en consideración la insistencia de Stalin respecto a un «segundo frente» —¡se lo había solicitado por primera vez a Churchill el 18 de julio 1941!—. Pero, aún más importante, las potencias occidentales sabían muy bien lo difícil que les resultaría ganar la guerra sin la Unión Soviética. Para ello, estaban dispuestas a hacer concesiones. A su vez, a la diplomacia soviética se le presentaba una oportunidad única para mejorar su posición en la política mundial. Aquello no resultaba evidente, recordando el aislamiento de la URSS en el período de entreguerras y su papel en el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial, lo que en ese momento parecía pasar a un segundo plano. La enemistad común hacia Hitler no solo se convirtió en la condición previa para una «extraña» alianza, sino que, con la «victoria sobre el fascismo», la URSS se ganó poco a poco una posición como potencia mundial global.

Al final, esto incluyó también la legitimación de su política de poder imperial. En diciembre de 1941 —la batalla de Moscú todavía estaba en su apogeo— Stalin exigió al ministro de Asuntos Exteriores británico, Anthony Eden, un reconocimiento de las fronteras soviéticas en su trazado del 22 de junio de 1941. En este sentido, el fracaso del «segundo frente» en Europa exigido al principio con tanta pasión por la Unión Soviética iría cada vez más en su beneficio. Gran Bretaña era incapaz de asaltar Europa por sí sola y un aliado poderoso como Estados Unidos, que había entrado en la planificación a partir de diciembre de 1941, necesitaba tiempo para estar verdaderamente preparado. Eso significaba que, en Europa, la Unión Soviética todavía tendría que soportar el peso del desgaste de la guerra, pero de ese modo podría extender su esfera de influencia sin ser importunada, practicar su política europea de altas miras a su propio gusto e incluso, al final, asegurarse el centro del Reich alemán. La estrategia de guerra y posguerra de los soviéticos se describió cuidadosamente por

primera vez en la Conferencia de Moscú de Ministros de Asuntos Exteriores (19 al 30 de octubre de 1943) y en la primera Conferencia de los «Tres Grandes» en Teherán (28 de noviembre a 1 de diciembre de 1943). Allí el dictador soviético pudo presentar un impresionante historial militar ante Churchill y el presidente de los Estados Unidos Franklin D. Roosevelt (1882-1945) y, de ese modo, Stalin podría plantear demandas.

Aquello no provocó una auténtica resistencia. Nadie quería arriesgarse en ese momento a una brecha en la Alianza. También hubo cuestiones en las que reinó la unidad, como el desembarco de los aliados occidentales de Europa Occidental, el debilitamiento y la desmembración de Alemania, el enjuiciamiento de los criminales de guerra, el traslado hacia el oeste de las fronteras de Polonia, la participación de la URSS en una guerra contra Japón y, por supuesto, asegurar la paz mundial después del final de la guerra. De cuando en cuando, Stalin hizo concesiones a sus aliados occidentales allí donde no le «costara» demasiado; recordemos la adhesión de la URSS a la Carta del Atlántico (24 de septiembre de 1941 - 1 de enero de 1942), la disolución de la Internacional Comunista (15 de mayo de 1943) o la recepción de representantes de la Iglesia ortodoxa rusa por parte de Stalin (4 de septiembre de 1943), a la que tres días más tarde, por primera vez desde 1917, siguió la elección del patriarca de Moscú.

Durante la guerra, los «Tres Grandes» deberían reunirse una vez más, en Yalta, Crimea (4 al 12 de febrero de 1945), en un momento en el que el aparato soviético ya estaba trabajando activamente en una política de hechos consumados mediante la sovietización de Europa oriental y sudoriental. También estaba claro que, de este modo, la Unión Soviética retendría definitivamente sus ganancias territoriales de la época del pacto Hitler-Stalin, e incluso las ampliaría a expensas de Alemania y Finlandia (así como también de Japón). Stalin, que ofició de generoso anfitrión en Yalta, sabía exactamente lo que quería. Por su parte, Roosevelt, mortalmente enfermo, no quería poner en peligro su legado de un nuevo orden mundial ni renunciar a la prometida entrada de la URSS en la guerra contra Japón. Y por último estaba el aislado Churchill, que en aquel momento se mostró muy receptivo a la abrumadora hospitalidad soviética.

Esta cumbre tripartita confirmó lo que ya era evidente para ese momento: el ingreso imperial de Europa del Este por parte de la Unión Soviética. Sin embargo, la Unión Soviética debería pertenecer en el futuro a un organismo exclusivo como el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y también tener derecho de veto en el mismo. Esto significaba que incluso un país como la Unión Soviética estalinista, que había sido expulsado de la Sociedad de Naciones el 14 de diciembre de 1939 debido a su ataque contra Finlandia, asumiría en el futuro una posición de liderazgo en la política mundial.

Evidentemente, la ilusión de un gobierno mundial consensuado no duraría mucho tiempo. En esa alianza no solo chocaban sistemas diferentes, visiones del mundo u objetivos divergentes. La razón de la creciente alienación fue también que Stalin concebía el mundo como una selva política. ¿Cómo podría alguien que no confiaba ni siquiera en sus seguidores más cercanos confiar en Roosevelt, Churchill o Truman? En el momento en que faltaron los enemigos habituales, esto resultó cada vez más claro. En la Conferencia de Potsdam, en la que se reunieron los «Tres Grandes» entre el 17 de julio y el 2 de agosto de 1945, resultó evidente que los días de la Alianza estaban contados. La coyuntura ya era difícil: Roosevelt, fallecido el 12 de abril de 1945, había sido reemplazado por su vicepresidente, Harry S. Truman, que aún no había marcado un perfil en la política internacional. Aún más problemático fue que Churchill fuese reemplazado en medio de la conferencia por el nuevo primer ministro británico, Clement Attlee, tres días después de las elecciones británicas del 26 de julio. Stalin ni siquiera le dio la mano, como documenta la famosa escena de una filmación. Después de todo, la conferencia todavía podría presentar algunos resultados: prevaleció un amplio acuerdo sobre el futuro del Reich alemán, que se resume en cinco principios, las «cinco D»: desnazificación, desmilitarización, democratización, descentralización y desmontaje. Por otro lado, quedó ampliamente abierta la cuestión sobre cómo debería continuar con el resto del mundo.

A este respecto, poco tiempo antes, el 26 de junio de 1945, cincuenta naciones habían firmado en San Francisco la Carta de las Naciones Unidas.

Mucho más trascendental resultó, sin duda, un hecho notable que tuvo lugar al margen de la Conferencia de Potsdam: casi de pasada, con una dosis muy consciente de eufemismo, Truman mencionó delante de Stalin que Estados Unidos tenía ahora un arma con una inusual y enorme fuerza destructiva. A Stalin, según aseguraron los testigos contemporáneos, aquello pareció no interesarle. Pero pronto, en lugar del proyecto de un gobierno mundial conjunto, los dos hemisferios mutuamente antagónicos se separaron para dividirse el mundo y enfrentarse en Europa.

La movilización de la sociedad soviética

No solo había cambiado la política exterior soviética, sino también el país en cuyo nombre se ejercía esa política. Todavía en el verano de 1941, durante un breve instante, no estuvo muy claro si se desmoronaría bajo el ataque alemán. La política de ocupación alemana, tan sangrienta como imprudente, pronto volvería a estabilizar al Estado soviético y a su sociedad. Nació ahí una comunidad de destino que, por el momento, solo conocería un objetivo: luchar por su supervivencia.

La amenaza común trajo consigo una unidad social nueva y nunca antes experimentada, una cercanía entre la sociedad, el Partido y el Gobierno, entre gobernantes y gobernados, como se había desconocido anteriormente. Solo quedaba excluido el propio dictador, cuyo poder nunca había estado verdaderamente en discusión. Seguía tomando todas las decisiones importantes —en solitario, distante y muy alejado de sus compatriotas— mientras que el círculo de agentes subalternos que colaboraba a su alrededor en el «Comité de Defensa del Estado» continuaba siendo pequeño, manejable y, por lo tanto, controlable. La guerra hizo a Stalin aún más poderoso. La experiencia colectiva de haber hecho frente a todas las crisis, transformando finalmente todos los sacrificios, privaciones y pérdidas en una victoria abrumadora, acabó convirtiéndolo en un mito de la propaganda. Su participación exacta en esta victoria, sus innumerables chapuzas políticas y militares eran apenas discernibles desde la enorme distancia de los súbditos. De ese modo, se convirtió en la encarnación definitiva de la victoria, en el «Generalísimo» por excelencia, el título

oficial con el que se adornó en 1945. El hecho de que este mito todavía funcione parcialmente en Rusia permite hacerse una idea del efecto que tuvo en ese momento.

Pero Stalin no fue el único que se benefició del brillo de la victoria. Lo mismo ocurrió con sus órganos ejecutivos, sobre todo el ejército y el partido. A pesar de todas las pérdidas, el Partido Comunista pudo aumentar el número de sus miembros desde los 2,5 millones hasta los 4,1 entre 1941 y 1946, después de haber alcanzado su punto más bajo en el invierno de 1941-1942 con solo 1,1 millón de miembros. Aún más deslumbrante fue el rápido crecimiento de las fuerzas armadas soviéticas. Sin embargo, mucho más importantes que estos cambios en lo cuantitativo, fueron la autoestima, la reputación y la influencia que ambas organizaciones ganaron durante la guerra por una autoafirmación que también fue la suya. Se convirtió en la condición previa del privilegio social y del poder del Partido y el Ejército, que duraría hasta 1989-1990. Por supuesto, se daba por hecho que esto solo era posible bajo el paraguas del más alto regidor o, en casos individuales, presuponiendo una lealtad incondicional.

Al mismo tiempo —como ocurre muy a menudo— esta guerra demostró ser un gran impulso de modernización, y la sociedad soviética no fue una excepción. Los grandes impulsos que los dirigentes soviéticos habían puesto en marcha desde finales de los años veinte —industrialización, urbanización, burocratización y una creciente incorporación de las mujeres en la vida laboral— se aceleraron de nuevo enormemente mediante la dinámica de esta guerra, de sus «necesidades», tanto reales como percibidas. Bajo el lema «¡Todo por el frente, todo por la victoria!», los esfuerzos económicos fluían casi por completo hacia la industria armamentística. Hasta donde se podría decir bajo estas circunstancias, de aquello se beneficiaron más los trabajadores industriales y menos los granjeros colectivos, que siguieron siendo los «hijastros» de aquella transformación social. Su participación en la sociedad soviética continuó disminuyendo. A pesar de que, por lo general, el campo estaba algo mejor abastecido que las ciudades, incluso aunque ya no existiera una significativa propiedad privada, hubo que hacer frente a otros problemas: la mayor parte

de los soldados del Ejército Rojo procedía del campo, donde en los momentos de hambre se exprimieron las últimas reservas. Por supuesto, aquello tampoco sería suficiente. Incluso antes de 1941, el nivel de vida de la mayoría de los ciudadanos soviéticos había sido preocupante, pero ahora las «raciones» apenas bastaban para sobrevivir. «Algunos trabajadores están tan destrozados —se decía en un informe oficial de 1945— que no se dejan ver en lugares públicos». Sin una improvisación permanente, sin un mercado negro y unos «medios de producción» privados (los famosos «Jardines de la Victoria») el consumidor medio soviético difícilmente habría podido sobrevivir.

Debido a que los hombres no solían estar en casa, las mujeres tuvieron que reemplazarlos. Su participación ya había sido muy alta antes de 1940, con el 38 por ciento entre los trabajadores y empleados, pero hasta 1945 se elevó hasta casi el 60 por ciento. Al final, también se alcanzó una cuota similar en la agricultura. Las mujeres estaban en todas partes del «frente interno»: controlaban el tráfico, trabajaban en hospitales, oficinas, comedores o estaciones de tren, pero también en líneas de montaje, astilleros e incluso en la construcción. Se les exigía incluso el trabajo físico más pesado, de ahí que pocos estereotipos de la historiografía semioficial parezcan tan justificados como los himnos a las «heroínas» de la «Gran Guerra Patria».

Otra tendencia que se había iniciado mucho antes de 1941, pero que también se aceleró entonces de manera considerable, fue el desarrollo del este soviético. Bajo la dirección de un «Consejo para Evacuaciones» especial, hasta enero de 1942, entre 1.700 y 2.000 plantas industriales, incluidas 1.500 de gran tamaño, consiguieron escapar de los conquistadores alemanes. También las materias primas, los medios de transporte y, por último, pero no menos importante, los seres humanos, fueron enviados por ferrocarril a miles de kilómetros hacia el este. Se repitió también allí el patrón bien conocido: todo se puso en movimiento, mucho se quedó en el camino o se malogró, pero al final tuvo lugar una gigantesca evacuación, de la que se beneficiaron, sobre todo, los Urales, así como el oeste y el sur de

Siberia. En 1942-1943, se invirtió ahí casi el 40 por ciento del capital soviético.

Sea como fuera, el régimen estalinista logró movilizar para la guerra todo lo que este país y su gente tenía que ofrecer. Ya durante la década de 1930, la economía soviética estaba organizada como una economía de guerra, se ponía a prueba la voluntad de la sociedad para actuar y su capacidad de sufrimiento, y la gente vivía en constante tensión para superarse. En último término, la guerra les ofreció muchas oportunidades de superación. Para derrotar a los «invasores fascistas» o para trabajar ocho, diez y doce horas al día, siete días a la semana, también era necesario tener una férrea disciplina en el «frente interno». Pero era aún más necesario un gran motivo que comprendiera «todo». La ideología bolchevique ya no era adecuada para aquello y tampoco lo era la visión de una inminente fatalidad. Se necesitaba un plus extra. Por lo tanto, con el comienzo de esta guerra, la Unión Soviética tuvo, hasta cierto punto, que reinventarse a sí misma. El resultado fue el patriotismo soviético, una amalgama muy especial de institucionalidad estatal con gran colorido ruso, de modernidad técnica y mitos históricos, mezclados con reliquias individuales de la ideología bolchevique. Este cambio de paradigma alcanzó el nervio de la sociedad. Su patriotismo profundamente enraizado, sus anhelos largamente ocultos de identidad nacional finalmente tenían una base de proyección adecuada. Era como si los dirigentes soviéticos hubieran hallado la palabra mágica con el lema de la «Gran Guerra Patria». Se creó un espíritu de agitación casi mesiánico, una *levée en masse*.

Con esto no se resolvieron las tensiones políticas y étnicas en la «familia de pueblos» soviéticos; en el mejor de los casos, quedaron cubiertas. Al mismo tiempo, sin embargo, el régimen tuvo que exigir enormes esfuerzos a estos pueblos que a menudo iban más allá de sus capacidades. Stalin tuvo suficiente empatía psicológica para darse cuenta de que la propaganda por sí sola, la reducción ideológica a la cosmología de la patria socialista, no bastaba. Aquella sociedad solo se dejaba movilizar de verdad asumiendo el «riesgo» de una cierta relajación del control político, ideológico y

económico. Sin embargo, en la hora del peligro, la doctrina no era la más alta prioridad, sino el pragmatismo y la propia iniciativa.

Así pues, paradójicamente, fue la guerra la que trajo la libertad —no mucha, más bien era una expectativa—. Los medios, las ciencias, pero, sobre todo, el arte fueron los indicadores más sensibles para este propósito; Dimitri Shostakóvich escribía sobre la ambivalencia de esta actitud hacia la vida:

> La guerra trajo un sufrimiento y una miseria indescriptibles. La vida se volvió muy, muy difícil. Hubo una tristeza infinita, lágrimas interminables. Pero antes de la guerra era aún más difícil, porque cada uno estaba a solas con su sufrimiento. Ya antes de la guerra apenas había una familia en Leningrado sin una pérdida. [...] Entonces vino la guerra. El dolor secreto, aislado, se convirtió en el dolor de todos. Se podía hablar de él, se podía llorar abiertamente, lamentar abiertamente la pérdida de los muertos. La gente ya no necesitaba tener miedo de las lágrimas.

Todavía había guerra, pero, ¿había alguna esperanza justificada de que cuando terminara su dolor se convirtiera en algo más que una ocasión pública? «Tras la guerra la vida parecía una fiesta. En principio solo faltaba una cosa: el último disparo», rezaba la expectativa de Konstantin Simonov, que en aquel momento vivió mucho como corresponsal de primera línea.

El reverso de la victoria: crímenes soviéticos 1939-1945

Pero, en realidad, el orden de Stalin siempre fue el mismo en esencia. Por supuesto, en una lucha a vida o muerte, el régimen tuvo que hacer algunas concesiones a aquellos a quienes envió a luchar. Pero esto no puede ocultar el hecho de que, en tiempos de guerra, también hubo algo así como un movimiento opuesto. En el momento en que realmente se trataba de su existencia, era de esperar que la dictadura estalinista se aseguraría aún más brutalmente de lo que lo había hecho anteriormente, cuando la amenaza no había sido más que un mero delirio. Visto de esta manera, los excesos de violencia durante la Segunda Guerra Mundial son siempre parte de un acontecimiento interno soviético, pero también se entrelazan de muchas formas con la historia de esta guerra.

Al principio, la sociedad soviética todavía se encontraba en estado de *shock*; las experiencias durante el Gran Terror del bienio 1937-1938 fueron profundas. Pero las anexiones de los años 1939-1940 se convirtieron ya en el disparador de nuevas «acciones masivas». En aquel momento, fueron arrestados y condenados anualmente cerca de tres millones de ciudadanos soviéticos, lo que suponía casi el 2 por ciento de la población. Muchos acabaron en el mundo de los campos del gulag, que creció hasta un total de 425 colonias de trabajo en junio de 1941. En aquel momento, intentaban sobrevivir allí 1.930.000 reclusos. Entonces llegaron allí otros 200.000 que esperaban en una prisión su juicio o su evacuación. Y, por último, 1.800 comandantes del NKVD explotaban a casi 2,3 millones de «colonos especiales», es decir, a aquellos desafortunados que habían sido deportados por la fuerza a algún rincón olvidado de la Unión Soviética y que ahora deberían «instalarse» allí.

«Cada momento de la vida en un campo del gulag —escribía uno de los prisioneros— es un momento envenenado. Allí hay muchas cosas que un ser humano no debe saber, no debe ver y, si lo ha visto, mejor debería morirse». Ya en 1938, pereció el 8 por ciento de los prisioneros. En la guerra fue aún peor. Aunque un 1,1 millones de reclusos fueron enviados al frente, a menudo en los temidos batallones punitivos, en los campos la supervivencia era aún más difícil. Solo en 1942-1943, 620.000 personas cayeron víctimas del despiadado sistema de explotación y la constante lucha por la supervivencia. Por cierto, solo algunos de los prisioneros eran «políticos». Había delincuentes comunes, pero la mayoría de las veces eran detenidos que habían violado alguna de las leyes draconianas. Así, durante la guerra, más de 4,5 millones de personas fueron condenadas por dañar la «disciplina de trabajo», robar alimentos u otros delitos menores; de los cuales dos tercios fueron condenados a penas de prisión.

Después del ataque alemán, el aparato represivo soviético hizo mucho para mantener a sus prisioneros bajo su control. Alrededor de 750.000 fueron evacuados al este, a veces en condiciones horribles o, cuando eso ya no fue posible, simplemente liquidados. Se estima que entre 25.000 y 50.000 personas murieron de esta manera, la mayoría en las prisiones del

oeste de la Unión Soviética. A su vez, estos crímenes soviéticos, que se produjeron en las primeras etapas de la guerra, hicieron más fácil para los perpetradores alemanes disfrazar sus atrocidades como «medidas de represalia». Al menos así quiso creerse en la base del Ostheer aunque solo fuera porque, para muchos de los participantes en la guerra, solo se podía reconocer mediante conjeturas lo que planeaban realmente sus líderes.

Además, el Ejército Rojo combatió al principio con extrema dureza. De entre los 170.000 y 200.000 soldados alemanes que cayeron en sus manos desde junio de 1941 hasta febrero de 1943, el 95 por ciento no sobrevivió a su encarcelamiento y muchos ni siquiera llegaron a los campos de prisioneros. Esto solo cambió en 1943, después de la batalla de Stalingrado, y luego mejoró nuevamente a partir de 1946-1947. Sin embargo, los soldados alemanes siguieron temiendo, y con razón, caer prisioneros de los soviéticos: los cálculos sobre el número de prisioneros de guerra alemanes bajo custodia soviética oscilan entre los 2,6 y los 3,5 millones, y su tasa de mortalidad se estima en alrededor de un 30 por ciento, a veces un poco más alta, a veces un poco más baja. Se trata de una tasa de mortalidad bastante menor que la de los prisioneros de guerra soviéticos en manos alemanas (53 por ciento), pero es, en cualquier caso, alarmantemente elevada.

El terror estalinista no golpeó únicamente al enemigo, sino que lo hizo también con la «familia de los pueblos» soviética, sobre todo por medio de la detención y la deportación, con las que los dirigentes soviéticos continuaban el sistema de destierro de la época de la Rusia zarista. Individuos, colectivos e incluso grupos étnicos enteros «desaparecieron» sin que los perpetradores tuvieran que hacer frente a los problemas técnicos, morales o políticos de una ejecución. Durante los años 1939 a 1945, pueden distinguirse cuatro grandes oleadas de deportaciones. La primera fue una consecuencia de las anexiones de los años 1939-1940. Solo en la antigua Polonia oriental fueron deportadas 320.000 personas, alrededor de 100.000 fueron encarceladas y miles asesinadas. Aún más duro fue el destino de 230.000 soldados polacos, de los que solo 82.000 sobrevivieron al cautiverio soviético hasta el verano de 1941. Entre las víctimas se contaban también algo menos de 15.000 oficiales polacos, que fueron asesinados

sistemáticamente por el NKVD. En abril de 1943, las tropas alemanas descubrieron más de 4.400 de sus cadáveres en unas fosas comunes cerca de Katyn. Pero también entre los otros «pueblos hermanos» que pertenecían a la URSS desde 1939-1940, fueron detenidos en tropel «elementos antisoviéticos» —en Moldavia (26.000 personas), en los nuevos territorios de Ucrania (aproximadamente 89.000 personas), así como en los países bálticos (11.000 estonios, 15.000 letones y 18.000 lituanos)—.

Con el inicio de la guerra se produjo una segunda ola de deportaciones que golpeó entonces a los finlandeses (50.000 personas), pero especialmente a los alemanes rusos. «Fuera con ellos, que saltan chispas», ordenó Stalin en agosto de 1941. A consecuencia de aquello, desapareció la República Soviética Autónoma de los Alemanes del Volga, donde entre 700.000 y 1,2 millones de los 1,4 millones de alemanes de Rusia que la conformaban fueron deportados. Un testigo de estos traslados, principalmente en vagones de ganado pero a veces también a pie, afirmó que los deportados caían «como moscas», ya fuera de hambre, sed o falta de aire. Las condiciones de vida en sus destinos en Siberia, Kazajistán y Uzbekistán también fueron duras. Por lo tanto, la tasa de mortalidad entre los «colonos especiales» durante los primeros cuatro años después de su deportación estuvo entre el 20 y el 25 por ciento.

La tercera oleada de deportaciones se produjo en 1944. Bajo la vengativa política de Stalin, en esta ocasión les tocó sufrir a los musulmanes y a los pueblos nómadas de la Unión Soviética —chechenos e ingusetios (540.000 personas), karacháis (85.000), balkarios (52.000) y calmucos (93.000)— a quienes los alemanes habían otorgado una autonomía relativamente amplia durante su corto dominio. En la segunda mitad del año, el Cáucaso y Crimea volvieron a estar «limpios» de nacionalidades «dudosas». Las víctimas fueron los tártaros de Crimea (191.000), griegos, búlgaros, armenios de Crimea y turcos (37.000, aunque posiblemente la cifra se acerque a 58.000), así como turco-mesjetios, kurdos y jemsjinos (86.000).

La reconquista de los territorios periféricos soviéticos que se habían anexionado en 1939-1940 solo sirvió para ajustar cuentas. La acusación

general también fue en este caso el colaboracionismo. Las víctimas de esta cuarta ola de deportaciones, que duró básicamente hasta 1953, fueron de nuevo los finlandeses (54.000 personas), estonios (31.000), letones (42.000), lituanos (236.000), ucranianos occidentales (153.000 personas asesinadas, 193.000 deportadas) y moldavos (36.000). El balance de esta «concentración parcelaria» étnica es asombroso. En realidad, todos los pueblos no rusos de la URSS estaban bajo la sospecha colectiva de «sabotaje, espionaje y colaboración». Esto último también era, a veces, cierto. Pero fue más común que aquellos absolutamente indiferentes fueran clasificados de esa manera. Los perseguidores no estaban en absoluto interesados en una aclaración de sus acusaciones globales, independientemente de la proporcionalidad de sus reacciones.

Pero este no es el final de la historia de los crímenes soviéticos en la «Gran Guerra Patria». También hay que informar del terror dentro del Ejército Rojo —solo durante la batalla de Stalingrado fueron ejecutados 13.000 soldados por la supuesta negligencia en el cumplimiento del deber— y del terror que ellos mismos ejercieron, especialmente durante la invasión de Alemania. «En el cementerio de Trinitatis —informaba una mujer de Gdansk— la morgue estaba habitada por personas». Entre las tumbas se forzaba a las mujeres, disparaban hacia la caseta del jardín de la casa de manera que mataban a la gente que se había escondido allí». La ocupación soviética del territorio oriental de Alemania fue algo más que una simple operación militar. En el verano de 1945, la arbitrariedad, la violación y el asesinato en esos territorios estaban a la orden del día —«reacciones malas» al final de una «cadena de malas acciones», como las describió Golo Mann en una ocasión—. Pero también aquí hay que tener cuidado con las generalizaciones tal y como recuerdan, por ejemplo, oficiales como Lev Kópelev o Alexander Solzhenitsyn, a los que su «compasión con el enemigo» —así rezaba la acusación— los condujo a prisión.

Resulta complicado cuantificar esto, tal como demuestran los importantes rangos de fluctuación en los cálculos y valoraciones. Algunos afirman que, desde 1944-1945, un total de 13,2 millones de alemanes huyeron o fueron desplazados desde los territorios orientales alemanes, así

como de Europa central, oriental y sudoriental. De estos, 1.440.000 encontraron la muerte. Tres aspectos deben considerarse en este contexto: (1) Aquí se tratan las pérdidas de refugiados y desplazados procedentes de «todas» las áreas de asentamiento alemanas que ocupó el Ejército Rojo. (2) En este número también se incluye a las víctimas de todos los crímenes y expulsiones de los que más tarde tuvieron que responder las poblaciones locales —polacos, checos, etc.—. (3) Por último, se discute si estos datos no son demasiado elevados, ya que se apoyan en cifras de población que, a su vez, se basan en «casos sin resolver», pero que no son muertes probadas. Por lo tanto, hay estimaciones con resultados mucho más bajos: 600.000, 500.000 o incluso «solo» entre 75.000 y 125.000 víctimas. Igualmente amplia es la variación en el número de civiles alemanes que fueron deportados a trabajos forzados en la Unión Soviética. Las cifras oscilan entre 210.000 y 730.000 personas, a veces incluso 1 millón con una tasa de mortalidad del 20 al 37 por ciento.

Nada puede ilustrar tanto la brutalidad e irracionalidad del aparato represivo estalinista como el destino de los que habían realizado los mayores sacrificios por la victoria de la Unión Soviética: los prisioneros de guerra soviéticos. Los demacrados supervivientes de los campos de prisioneros alemanes habían sido atraídos a casa con hermosas palabras, como «hijos de la patria», y serían recibidos «honorablemente en el hogar». En realidad, todos fueron considerados sospechosos. Uno de ellos, por ejemplo, tuvo que justificarse ante un «investigador» sobre por qué «estaba vivo siendo un judío que había estado con los alemanes». «Dije que nadie sabía que era judío [...]. Luego me dijo: “Así sois todos” y me dio una bofetada». En total, 4,2 millones de ciudadanos soviéticos tuvieron que expiar sus culpas por el tiempo pasado «entre los alemanes», independientemente de si se trataba de prisioneros de guerra, trabajadores forzados o colaboradores. Ejecutados o condenados a trabajos forzados «perpetuos», los oficiales prisioneros de guerra y los miembros del ejército de Vlásov, a los simples soldados del Ejército Rojo les esperaban penas de prisión más cortas o el lejano Oriente, donde deberían expiar su «falta» en la guerra contra Japón. Los antiguos «trabajadores orientales» salieron

comparativamente bien librados de aquello; la mayor parte fue liberada, el resto —una vez más— regresó a los trabajos forzados, algunos también al gulag.

Sin duda, aquí dominaba la ideología. Pero en estas reacciones no resulta difícil reconocer también las profundidades psicológicas y morales de una dirigencia que, en su núcleo, se limitaba a unas pocas personas. Como si este país no hubiera sido ya suficientemente herido, lo llevaron aún más a la ruina. La Gran Guerra Patria tuvo muchas facetas, pero su más bella apariencia —todas las pinturas de batalla, coros de soldados y monumentos colosales— no puede ocultar el hecho de que nunca fue una interrupción de la dictadura de Stalin.

VIII. GUERRA II: 1943-1945

1943: el cambio militar

Con la capitulación del 6.º Ejército alemán en Stalingrado (31 de enero-2 de febrero de 1943), estaba lejos de terminar la crisis en el ala sur del frente alemán. Los destacamentos soviéticos que se habían liberado solo aumentaron la presión sobre las delgadas líneas alemanas orientadas hacia el oeste de Stalingrado, que eran siete veces más débiles que sus oponentes. Un ataque soviético en el mar Negro en dirección a Rostov amenazaba con una especie de «super-Stalingrado». Si eso ocurría, el Grupo de Ejércitos Don sería derrotado y el Grupo de Ejércitos A, que aún luchaba en el Cáucaso, se quedaría cortado. Tan solo el contraataque dirigido por el mariscal de campo Erich von Manstein como si fuera un «azote en las posaderas» impidió el colapso total de la sección del frente del sur, que posteriormente consiguió volver a estabilizarse.

Pero Hitler no quiso extraer consecuencias políticas, ni siquiera militares, de aquel desastre. En lugar de trabajar hacia una consolidación a largo plazo del frente oriental —lo que habría requerido, sobre todo, dos decisiones: la transición a una guerra más ágil y defensiva y la acumulación de reservas— decidió malgastar, literalmente, su potencial militar en otra ofensiva. La idea era cortar el arco del frente soviético en Kursk, que se proyectaba hacia el oeste en la unión de los Grupos de Ejército alemanes, Centro y Sur, con un movimiento de pinza. Pero ya durante la preparación de la operación «Ciudadela», para la que fueron más decisivas las razones políticas y propagandísticas que las militares, se acumularon los problemas. Una vez más se tardó demasiado tiempo en ejecutarlo pero, sobre todo, acaeció que el bando soviético conocía los planes alemanes y pudo prepararse bien para enfrentarse a ellos. «Todos los valles están repletos de artillería e infantería», señalaba un oficial soviético en su diario. El 5 de julio de 1943 comenzó el ataque de los alemanes pero, ocho días más tarde,

en el punto más álgido de la batalla, tuvieron que interrumpirlo de nuevo. Después del desembarco angloamericano en Sicilia, su situación se había vuelto crítica en Italia. Lo que quedó fue un acontecimiento que pasó a la historia como la «mayor batalla de blindados»: 2.900 tanques alemanes contra 5.000 tanques soviéticos. Las bajas soviéticas, entre muertos, heridos y desaparecidos, se estiman en 1,6 millones de personas; las alemanas en 170.000. Su objetivo fue limitado, pero su empleo en medios humanos y materiales fue gigantesco. Y aún así, ya no pudieron forzar un cambio de rumbo en el este.

De ese modo, los dirigentes alemanes habían vuelto a apostar todo lo que habían ganado para ese año: reservas, material, especialmente los nuevos tanques pesados, tiempo y —lo que probablemente acabó pesando más— también la iniciativa. La batalla de blindados no terminó con la conquista de Kursk, sino con la liberación de Járkov y Orel por parte del Ejército Rojo. A partir de entonces el sur, y en parte también la sección central del frente alemán, ya no fue capaz de sostenerse. Aquí, durante la segunda mitad de 1943, el Ejército Rojo consiguió empujar a la Wehrmacht hacia el oeste; las jornadas diarias de 10 a 20 kilómetros no eran extrañas, aunque sin poder contener y destruir a las tropas alemanas. No obstante, el bando soviético ganó una gran cantidad de terreno, incluyendo Kiev, Smolensk y, en parte, la orilla occidental del Dnieper, que debería servir a la Wehrmacht como «muro oriental».

1944: el hundimiento del frente oriental

El año 1944 fue presentado por la propaganda soviética como el de las «diez victorias». Esto, sin duda, parece una idealización, y tiempo después recibió numerosas críticas justificadas. Hubiera bastado la referencia a una sola victoria soviética, en la operación «Bagration», que se inició el 22 de junio de 1944, y que en pocos días provocó el colapso total del Grupo de Ejércitos Centro. Fue una victoria total y, con mucha diferencia, la derrota más dura de la Wehrmacht; tan devastadora que, durante mucho tiempo, por ejemplo en comparación con Stalingrado, casi permaneció en el olvido. El número de aquellos que pudieron contarlo se redujo considerablemente, al

menos en Alemania. En aquella catástrofe, el Grupo de Ejércitos Centro perdió casi 400.000 hombres entre muertos y prisioneros, es decir, 28 de las 40 antiguas divisiones.

En vista del transcurrir de los acontecimientos se presentaban grandes oportunidades a los eminentemente superiores ejércitos soviéticos. Irrumpir en el interior del Reich alemán y poner fin a la guerra en 1944 parecía absolutamente realista. Pero los líderes soviéticos solo aprovecharon a medias estas oportunidades. El Ejército Rojo llegó hasta las fronteras de Prusia oriental y también hasta el Vístula, justo antes de Varsovia, donde fue espectador, mientras descansaba armas, de la insurrección del Ejército Nacional Polaco que comenzó el 1 de agosto y se desangró hasta el 2 de octubre. El hecho de que el avance soviético se estancase tuvo en este caso razones políticas, como las pérdidas y los esfuerzos de los últimos meses, unas líneas de suministro y conexión demasiado estiradas o el grave debilitamiento la disciplina de algunas unidades que ya se encontraban en suelo alemán. Sin embargo, mucho más importante fue que el Ejército soviético todavía mostraba un gran respeto por sus rivales alemanes. Que no eran invencibles se sabía desde hacía mucho tiempo, pero en los inviernos anteriores habían experimentado una y otra vez el asombroso poder de regeneración de la Wehrmacht. En ese momento, en el verano de 1944, ese poder se había agotado definitivamente. Sin embargo, a pesar de ello, la percepción de las inquietantes capacidades militares de los alemanes surtiría efecto una vez más. Y por eso, en aquella situación tan favorable y sin precedentes, los líderes soviéticos carecieron del coraje y la determinación para asestar el golpe de gracia a la Alemania nacionalsocialista. Por supuesto, aquello no debería disminuir la importancia de las victorias que el Ejército Rojo había logrado en 1944. Durante ese año terminó la ocupación alemana en la Unión Soviética. Todo fue, en gran medida, una consecuencia de Bagration.

Aquello encontró su equivalente en lo que sucedió en las secciones norte y sur del frente germano-soviético. Ya el 14 de enero, el Ejército Rojo atravesó las barreras defensivas alemanas al este de Leningrado, con lo que terminó por fin el asedio de la maltratada metrópolis, y el frente alemán se

vio empujado hacia el este de Estonia y Letonia. Para finales de año, le siguió una renovada ocupación soviética del Báltico, con la excepción del oeste de Letonia, donde el resto de las fuerzas alemanas, en total unos 500.000 hombres, actuaría como el Grupo de Ejército Curlandia hasta el final de la guerra.

En el sur, las tropas soviéticas ganaron aún más terreno. En la primavera de 1944 fueron capaces de empujar gradualmente a las unidades alemanas hacia el oeste hasta 300 kilómetros dentro de Ucrania. Más dramáticos fueron los acontecimientos en Crimea, que se había convertido en una trampa para los ocupantes alemanes después de que Hitler se hubiera negado tozudamente a desalojar a tiempo la península. El ataque del Ejército Rojo que se inició el 8 de abril no pudo ser contenido durante mucho tiempo. De los 230.000 soldados alemanes y rumanos cayeron solo aquí 60.000, y otros 150.000 se salvaron siendo evacuados en barco, a menudo en condiciones apocalípticas. Este ejemplo también revela lo simbólicas que resultaron las catastróficas consecuencias del liderazgo militar de Hitler, incluso para algunos de sus propios soldados. Tras aquella debacle tampoco hubo pausa en el sur. Después de que el 20 de agosto las tropas soviéticas lanzaran una gran ofensiva contra el Grupo de Ejércitos alemanes del sur de Ucrania, hasta mediados de octubre ocuparon, en rápida sucesión, Rumania y el este de Hungría, así como Bulgaria, que, por otra parte, no se encontraba en guerra con la URSS. Los Balcanes comenzaron a convertirse en soviéticos.

Pero aquello no afectaría a las fijaciones casi delirantes de Hitler. Indiferente ante aquella cascada de derrotas, en diciembre de 1944 llegó a anunciar a algunos oficiales que el enemigo «nunca podría contar con la rendición, nunca, nunca». Resulta difícil establecer cuántos alemanes lo seguían todavía por convicción, cuántos por costumbre, por obligación o por miedo a las «hordas bolcheviques». Lo que es seguro es que la mentalidad de la sociedad alemana comenzó a cambiar bajo el impacto de los dramáticos desarrollos militares. Pero también es seguro, sin embargo, que la cada vez más fanática salvaguarda del dominio del régimen nacionalsocialista hizo que este cambio de mentalidad resultara visible

exteriormente. De este modo, al final solo quedaba una posibilidad para ambos bandos: continuar como hasta aquel momento.

1945: la victoria soviética

La guerra germano-soviética no murió de agotamiento, cansancio o, como en una partida de ajedrez, no se decidió finalmente con algunas jugadas brillantes. Más bien, aquella ahogada, incesante y brutal lucha por la existencia no perdería nada de su intensidad hasta sus últimos días y, una vez más, desgarraría a cientos de miles de personas hasta la muerte. Solo cuando no hubo, literalmente, ningún combate, cuando casi estuvo ocupada toda el área de poder de los alemanes, junto con su sede central de mando, y cuando Hitler abandonó sus responsabilidades mediante el suicidio (30 de abril de 1945), solo entonces, cesaron los combates.

El Ejército Rojo abrió este último acto entre el 12 y el 14 de enero de 1945 con una devastadora ofensiva en el Vístula. Su superioridad fue abrumadora y en solo dos semanas pudo avanzar otros 300 kilómetros hacia el oeste. A continuación, el frente oriental penetró como una enorme cuña en el Reich; en el centro de Alemania, se llegó entonces hasta el Oder, a solo 100 kilómetros de Berlín. Pero los atacantes habían perdido su fuerza, por lo que les llevó todavía bastante tiempo poder conformar su última ofensiva. Los combates en los flancos de esta enorme cuña tampoco habían terminado todavía —en Pomerania se prolongaron hasta marzo y en Prusia oriental y Silesia incluso hasta abril—. En las tierras bajas húngaras se formó también otro escenario bélico donde también venció el Ejército Rojo; el 11 de febrero cayó Budapest, y el 13 de abril Viena.

Al final, la guerra terminó donde se había planeado: en Berlín. Con la «batalla final» alrededor de la capital del Reich, Hitler pudo llevar al extremo su idea de un suicidio colectivo. Hasta poco antes, su influencia en los eventos militares había sido notable. En Berlín, se entregó a una última batalla en el centro del imperio, en una metrópolis en la que en aquel momento vivían casi tres millones de personas. El asalto soviético comenzó el 16 de abril de 1945. Posteriormente, una vez más, después de unos combates muy duros, especialmente en las colinas de Seelow, Berlín quedó

rodeada una semana más tarde. Lo que vino a continuación fue un apocalipsis, otro festival de la cosecha de la muerte, que se prolongó otras dos semanas. En los bloques de casas, ruinas y sótanos de la moribunda ciudad, la lucha solo terminó cuando el propio Ejército Rojo se apoderó de los refugios subterráneos de la Cancillería del Reich. Después de la firma de la capitulación alemana en la noche del 8 al 9 de mayo, las armas, por fin, guardaron silencio.

El intento, tan atrevido como criminal, del Reich alemán de subyugar al continente europeo y convertirse en una potencia mundial había terminado en una ruina total. Alemania estaba ocupada, el estado nacionalsocialista destrozado, la capital del Reich devastada en su centro hasta en un 70 por ciento. Un testigo de aquello describía kilómetros y kilómetros de ruinas humeantes en las que no se encontraba nada habitable. No fue, en absoluto, el único lugar de Alemania tan arrasado por la guerra. Sin embargo, de Hitler, que había acuñado y promovido como ningún otro la operación «Barbarroja», solo quedaron algunos trozos carbonizados de su cadáver que fueron apilados en un cráter provocado por un obús delante de las ruinas de la Cancillería del Reich.

Un balance militar

¿Por qué perdió el Reich alemán esta guerra? ¿Por qué la Unión Soviética se convirtió en una «misión del destino» de la Wehrmacht, tal como lo expresó en cierta ocasión un general alemán de forma anticuada, pero acertada? Podría hacerse más fácil y referirse a la abrumadora superioridad personal y material del gigante imperial soviético. Sin embargo, la guerra es mucho más que estadísticas y matemáticas. En las primeras semanas del conflicto en el este hubo momentos en los que no parecía muy claro hacia dónde se dirigía el desarrollo militar. Pero, sobre todo, la Wehrmacht había demostrado más de una vez con qué rapidez podía hacer frente a un enemigo superior y también en «condiciones difíciles». Recuérdese solo la campaña de los Balcanes, que muchos militares entendieron entonces como una especie de ensayo general para Barbarroja. Fue precisamente esa combinación de profesionalismo militar y

modernidad tecnológica, de velocidad, dinamismo ideológico y rigor totalitario lo que hizo que aquel ejército resultara tan exitoso, y también tan peligroso. Pero, ¿por qué falló en la Unión Soviética? ¿De verdad fue solo el clima, el tiempo perdido o una nueva dimensión del espacio?

En un análisis de las cuestiones militares, es natural comenzar por los líderes. En su calidad de señores supremos de la guerra, Hitler, e incluso más Stalin, eran unos perfectos diletantes, lo que no les impidió que intentaran ser generales. A veces tomaron las decisiones correctas o, por supuesto, la única correcta, pero a veces tomaron decisiones —dejando aparte las ideológicas— que no podían ser más equivocadas, por recordar tan solo la doctrina, absurda y costosa a partes iguales, de resistir a cualquier precio. «¿Es esta coincidencia de falta de ingenio un milagro?», decía Hellmuth Stieff en enero de 1942, en aquel momento coronel y, más tarde, uno de los conspiradores del 20 de julio. En pocas palabras: estos dos señores de la guerra también pudieron hacer lo que quisieron aquí, en la sensible tarea de la gestión militar. Sin embargo, había de nuevo una gran diferencia pues, debido a sus vastos recursos, la Unión Soviética podía «permitirse» muchos más errores de dirección que el Reich alemán.

Y aún hay otra diferencia que llama la atención, casi un movimiento en direcciones opuestas. Mientras que las fuerzas soviéticas, controladas de manera casi compulsiva por el aparato estalinista, ganaron cada vez más libertad durante la guerra, aunque fuese en el contexto de la dictadura de Stalin, en el caso de sus oponentes alemanes ocurrió lo contrario, que se vieron cada vez más sujetos a la manía controladora de Hitler. Aquello acabó sintiéndose a todos los niveles: «Hay solo dos posibilidades —decía un landser al final de la guerra— muerte por una bala del enemigo o por los secuaces de las SS». Aquello se parecía a las circunstancias que habían imperado en 1941 en el Ejército Rojo. Esta «guía con las riendas cortas» también se mostraría en las operaciones. Por supuesto, sería un absoluto error cargar la responsabilidad de todos los errores de liderazgo únicamente a Hitler, tal como hicieron muchos generales después de 1945 por razones que son fáciles de comprender. Pero también es cierto que muchas catástrofes militares de la segunda mitad de la guerra llevan la firma

personal de Hitler. Pero lo que aún era más grave es que, desde 1941 no estaba en la posición, por no mencionar la voluntad, de desarrollar siquiera el enfoque de un concepto estratégico convincente.

Echemos un vistazo a los centros de dirigencia alemán y soviético. La comparación muestra que los profesionales alemanes destacaban claramente en la dirección operacional y táctica. No era una coincidencia que, por cada soldado alemán caído, lo hicieran cuatro soldados soviéticos. Después de la «limpieza» del Ejército Rojo, no se podía llegar muy lejos con la competencia de sus cuadros de mando. Solo el 10 por ciento tenía experiencia de la Primera Guerra Mundial. Los «nuevos» que habían sido trasladados a los puestos de mando después de las purgas, al principio, parecían a menudo abrumados; pero tuvieron que aprender y reducir la distancia que les llevaban sus enemigos.

Sin embargo, también hubo unidades de la Wehrmacht que fueron maltratadas y desatendidas, como el reconocimiento y la logística. De ese modo, para muchos militares alemanes, la Unión Soviética siguió siendo en última instancia una inmensidad desconocida cuya clasificación fluctuaba entre la sobreestimación y la subestimación. Uno de los protagonistas de la resistencia alemana, el bien informado Ulrich von Hassell, escribía el 15 de junio de 1941 que las perspectivas de una «rápida victoria contra los soviéticos» serían «un juicio lastimosamente benigno» por parte de los militares. El suministro a los soldados alemanes durante el primer invierno de la guerra dejaría en evidencia esto.

«Que en Rusia pueda hacer frío en esta época —señalaba sarcásticamente un oficial de Estado Mayor alemán— pertenecía en realidad al “ABC” de una campaña en el este». Aquellos no fueron los únicos déficits de la cúpula militar alemana: baste recordar sus errores militares y psicológicos en la guerra de guerrillas o en la política de ocupación. Por supuesto, las especificaciones centrales procedían del cuartel general del Führer. Pero demasiados militares aceptaron o, incluso pensaron, aquello de manera parecida, aunque también hubo sectores que quisieron atraer a los nativos a su bando a través de una política de concesiones limitadas. Si estos «reformistas» no pudieron imponerse, no

fue solo por el carácter totalitario del régimen nacionalsocialista o por el propio impulso de una guerra de guerrillas. También tenía sus raíces en la imagen de sí mismo de un Ejército que tenía poca experiencia en la administración de territorios y colonias ocupadas, o incluso en la lucha contra los levantamientos indígenas.

De la misma manera resulta reveladora una comparación de los aspectos tecnológicos. Aunque ambos Ejércitos se encontraban durante la guerra en un rápido proceso de cambio, este comenzó mucho antes en el Ejército Rojo, que también logró modernizarse tanto cualitativa como cuantitativamente. Si bien el bando alemán podía ser superior a sus oponentes con sistemas de armas de alta tecnología individuales, sus cifras de producción seguían siendo a menudo escasas. Especialmente entre las armas modernas y eficientes había, en comparación, pocos tipos en uso en las fuerzas soviéticas, pero, de las que había entonces, contaban con enormes cantidades. Con sus rivales alemanes ocurría exactamente lo contrario: un número infinito de tipos, pero cantidades insuficientes de cada una de ellas.

Además, el bando soviético tuvo la ventaja de la «línea interna», por lo que sus rutas de suministro eran relativamente cortas. Las de los alemanes no solo eran mucho más largas, sino que tampoco consiguieron construir un sistema de transporte eficaz en los territorios soviéticos ocupados. El suministro mediante camiones se descompuso ya durante los primeros meses de la guerra y solo resultaba viable en distancias cortas, mientras que las conexiones ferroviarias se centraron en unas pocas líneas, que también eran muy susceptibles de sufrir averías. Aún más ineficaz, aparte de la problemática moral, era, por supuesto, el concepto alemán de dirección, según el cual las tropas simplemente deberían obtener del país todo lo que necesitaran. Básicamente, «Barbarroja» careció desde un principio de una sólida base material y logística, y también ahí la ideología hubo de suplir lo que faltaba.

De hecho, la ideología resultó decisiva, pero no del modo en que habían imaginado los protagonistas alemanes. Ya Clausewitz, e incluso César, sabían que si se quiere ganar una guerra, hay que apoderarse de tres cosas:

las fuerzas del enemigo, su país y la voluntad de su población. Las fuerzas armadas deben ser destruidas y el país conquistado, pero solo cuando se rompe o gana la voluntad del enemigo la guerra ha terminado realmente. Sin embargo, los dirigentes alemanes eran tan presuntuosos no solo como para librar una guerra contra una Unión Soviética superior, sino también contra casi todos sus pueblos, y eso fue así desde el principio. Para la Wehrmacht supuso una nueva experiencia. Ni siquiera las concesiones tácticas les parecían necesarias a Hitler y su entorno, aunque ofrecieran grandes oportunidades políticas, especialmente en el verano de 1941, cuando la Wehrmacht fue recibida a menudo con alegría en los territorios soviéticos occidentales y los desertores amenazaban con provocar un problema existencial en el Ejército Rojo. Pero los líderes alemanes no quisieron modificar su plan basado en la aniquilación, la explotación y la opresión. Solo cuando ya era demasiado tarde para todo aquello, en el otoño de 1944, se mostraron dispuestos a hacer concesiones políticas prudentes —palabra clave, Ejército de Vlásov.

No debe sorprender que la idea de una «Gran Guerra Patria» demostrase ser considerablemente más fuerte en el otro bando —aunque no solo porque la idea de defensa parezca más plausible que la del ataque—. La campaña de exterminio alemana dejó poco espacio para preguntas, interpretaciones o alternativas, y dejó en minoría a la parte de la sociedad soviética que estaba predestinada a la colaboración por muchas razones: políticas, étnicas, biográficas o ideológicas. Todos los demás, sin embargo, lucharon por su propia existencia y por su libertad, incluso cuando esta última siguiera siendo un concepto muy relativo bajo el gobierno de Stalin. La «Gran Guerra Patria» se hizo realidad y solo con esta condición resultó inevitable el fracaso de la estrategia alemana.

IX. CONSECUENCIAS

Punto final: Europa en mayo de 1945

En mayo de 1945, la guerra estaba decidida. El mapa de Europa no dejaba dudas al respecto. Lo primero que llamaba la atención era el enorme agujero que se abría en el epicentro del continente. Las pocas posiciones y espacios que la Wehrmacht todavía conservaba en aquel momento ya no importaban; las ofensivas aliadas se habían limitado a ignorarlos. Alemania, sin embargo, quedó excluida de las filas de las potencias existentes. Después de la rendición total e incondicional de la Wehrmacht entre el 7 y el 9 de mayo de 1945 en Reims y Berlín, a la que el 23 de mayo siguió la detención del todavía en activo Gobierno del Reich, el «Gobierno de Dönitz», en Flensburg, se trató su destino, que se había convertido en objeto de discusión de la política mundial. El 5 de junio, los cuatro comandantes aliados en Berlín anunciaron que, desde aquel momento, asumirían el control del gobierno supremo. Con la Conferencia de Potsdam comenzó a tomar forma el orden mundial de la posguerra.

Si se miraba a Europa a vista de pájaro, no solo resultaba llamativo que el continente hubiera perdido prácticamente su centro político. También era ya evidente su división. Básicamente, Europa se dividió en dos bloques o, si se observaba desde más cerca, en tres. La parte oriental había sido ocupada por el Ejército Rojo, que había combatido lejos, muy lejos, hacia el oeste en los últimos meses. De ese modo, Stalin no solo se aseguró el botín territorial de 1939-1940, sino que las tropas soviéticas se encontraban ahora en Bulgaria, Rumania, Hungría, Polonia, Checoslovaquia y, no en menor grado, en la parte oriental del antiguo Gran Reich Alemán. El 25 de abril, las tropas soviéticas y estadounidenses se dieron la mano en la ciudad sajona de Torgau, en el Elba. A partir de ese momento, en Alemania se encontrarían dos mundos: el «Este» y el «Oeste».

En el otro lado, comenzó la esfera de influencia de la Alianza occidental, a la que pertenecían Europa Occidental, así como partes de Europa central y meridional. Solo se pudo hablar de una ocupación en sentido formal en el caso de Italia, que también finalizó el 31 de diciembre de 1945. Aparte de este caso, la abrumadora mayoría de la sociedad italiana había percibido la invasión aliada como una liberación de la pesadilla del colapsado régimen fascista y la posterior ocupación alemana. Esto fue especialmente evidente para Francia y los países del Benelux. Aunque también hubo —como con cualquier cambio histórico— perdedores, el júbilo abrumador con el que eran recibidas las tropas aliadas durante su avance en 1944-1945 no dejaba dudas sobre cómo había deseado la victoria aliada la mayor parte de población de esos países. A pesar de todas las pérdidas, estaba absolutamente claro para Francia, y sobre todo para el Reino Unido, que regresarían a la condición de grandes potencias europeas y también coloniales. Lo difícil que resultaría eso y cuánto había agotado la guerra a estas dos potencias solo se hizo evidente en los años posteriores. Por último, existía un caso especial dentro de la esfera de influencia de la alianza occidental, Grecia, donde, tras el desembarco británico en octubre de 1944, pronto estalló una cruenta guerra civil entre los partidos burgués y comunista, que terminó en 1949. Por el contrario, en toda Europa Occidental, pero también en Italia, Dinamarca y Noruega reinó la paz. Después del retorno de los gobiernos en el exilio, se volvió rápidamente a la normalidad política, a las condiciones democráticas y constitucionales.

La paz también reinó en la parte oriental de Europa. Pero esta fue una paz diferente, porque muy pronto la Unión Soviética comenzó a transformar el mundo de aquellos estados en una constelación de satélites dependientes de acuerdo con su modelo. Mientras que Estados Unidos, inseguros acerca de su estrategia futura y lastrados no solo por la situación europea, sino también por circunstancias internas, todavía dudaba si —y en qué medida— debía involucrarse en Europa. La «sovietización» de Europa del Este adoptó una línea recta brutal y desigual. «Esta guerra no es como en el pasado», informaba Stalin a un confidente en abril de 1945. «Aquel que ocupa un territorio, también impone sobre él su propio sistema social. Todos

introducen su propio sistema en la medida en la que puede penetrar su ejército. No puede ser de otra manera».

Sin embargo, no todos los Estados europeos pertenecían a alguno de los dos bloques de poder. Aquello se debió a razones muy diferentes: Yugoslavia, Finlandia y posteriormente también Albania —todos ellos candidatos potenciales para el bloque de poder soviético— lograron escapar de las garras soviéticas. También se mantuvieron neutrales Suiza, Austria —que declaró su independencia el 27 de abril de 1945—, Suecia, Irlanda e, inicialmente, Turquía, aunque los requisitos previos históricos y políticos respectivos para su neutralidad se diferenciaban considerablemente. Y, para finalizar, en este grupo hubo que contar al principio con España y Portugal, las dos últimas reliquias de regímenes autoritario-fascistas del período de entreguerras. La supervivencia de estas dos dictaduras, que parecían bastante anacrónicas en el contexto de la reorganización política de Europa, solo había sido posible porque se habían mantenido al margen de la guerra.

En conclusión, simplemente con un vistazo al mapa resultaba evidente que este continente dividido ya no era el centro del mundo. Como de costumbre, esto tenía ventajas, pero también desventajas. Por un lado, Europa ya no estaba abandonada a su egocentrismo y a sus infaustos conflictos y tradiciones. En aquel momento apenas parecía concebible que el exhausto y arruinado continente volviera a desgarrar el mundo en uno de sus propios procesos de autodestrucción o, al menos, se convirtiera en una entidad política independiente. Por otro lado, Europa era más o menos dependiente de las dos nuevas superpotencias. Pronto, el conflicto Este-Oeste, con su horrible opción de capacidad atómica excesiva, se extendería como una sombra de plomo sobre el mundo, y también sobre Europa. Porque aquí también se trazaron las líneas de ruptura de este conflicto, casi exactamente donde, al final de la Segunda Guerra Mundial, el hemisferio oriental se había encontrado con el occidental. Bajo el poderoso glaciar de la Guerra Fría, aquello quedó congelado en una instantánea y cuando, décadas más tarde, un periodista alemán, abrumado por los acontecimientos del 9 de noviembre de 1989, anunció que aquel era el día en el que realmente había llegado a su fin la Segunda Guerra Mundial, se revelaron

una vez más, como en un espejo ardiente, los efectos a largo plazo de este acontecimiento de gran trascendencia.

Balance

Cuando terminó la guerra, la vida continuó —no para todos, pero, aún así, a la mayoría a veces le resultaba difícil de creer—. El número de los que habían sido víctimas de la guerra fue enorme, especialmente en la Unión Soviética. Con la excepción de China, ningún país sufrió bajas tan elevadas durante el conflicto.

Nadie conoce las cifras exactas. Los hechos fueron demasiado grandes, demasiado caóticos y, a menudo, no pudieron documentarse como se hubieran merecido. La contabilidad de la muerte también trae consigo considerables problemas metodológicos, provocando a veces reservas políticas o psicológicas. Por razones obvias, los dirigentes soviéticos no estaban interesados en el número exacto de víctimas, y únicamente la política de «apertura» (*Glasnost*) abrió los archivos y proporcionó más claridad. También en Alemania llevó mucho tiempo obtener estadísticas fiables. A veces era la expresión de una indiferencia socialmente reveladora, a veces también de esperanza o de negación de la realidad. Así, en el período de posguerra, se propagaron los rumores sobre «campos secretos» soviéticos, de los que, al parecer, no podían informar los prisioneros. Todo esto es pasado. Mientras tanto, la investigación internacional puede, al menos, establecer dentro de unos límites el número de muertos. En todo caso, aquí se les concede un espacio a estas cifras aunque no a todas, porque una lista completa de las bajas de aquellos estados que de alguna manera se vieron afectados por la guerra Hitler-Stalin iría más allá de esta visión general. Incluso las pérdidas de los dos contendientes principales son un capítulo en sí mismo.

Se ha calculado que la Unión Soviética perdió un total de 26,6 millones de personas durante la Segunda Guerra Mundial. De ellas, 11,4 millones pertenecían a las fuerzas armadas soviéticas que murieron como resultado de la lucha o en cautividad alemana (alrededor de 3 millones). Todas las demás víctimas fueron civiles: ¡15,2 millones! Es una cifra escandalosa que

ilustra una vez más lo que fue esta guerra. Algunos grupos de víctimas son bien conocidos; recuérdense los 2,4 millones de judíos soviéticos que fueron víctimas del Holocausto, o los habitantes de Leningrado que no sobrevivieron al asedio alemán, cuyo número se estima entre 650.000 y un millón; y las 500.000 personas que perdieron la vida durante la guerra de los partisanos. Las huellas de los muertos civiles restantes, más de 11 millones de personas, se pierden a menudo en el caos de esta violenta guerra. Disponemos de cifras de pérdidas para ciudades, campos de prisioneros, acontecimientos o incluso grupos concretos, por ejemplo, 1,3 millones de niños. Sin embargo, estos detalles individuales aún no permiten que este grupo completo se asigne a eventos específicos y, por lo tanto, se estructure. Solo se sabe que estas personas murieron en ambos lados del frente germano-soviético, y en parte también en medio del mismo. Por último, la lista de víctimas, que no es otra cosa que una única acusación, no debe hacernos perder de vista que el régimen estalinista también tuvo una parte de responsabilidad, bien entendido que menor, y no solo porque gestionó esta guerra sin tener en consideración los costes y las víctimas. Su energía criminal tuvo, como hemos visto, más de un campo de acción.

Comparadas con las soviéticas, las cifras de bajas alemanas no son tan elevadas, y no debemos olvidar que en este caso la base demográfica también era diferente. Sin embargo, desde el final de los años noventa se sabe que el total de víctimas *militares* alemanas fue bastante mayor de lo que se había sospechado durante mucho tiempo, es decir, un total de 5.318.000 hombres. De ellos, aproximadamente la mitad, 2.743.000 hombres, cayeron en el frente oriental.

Mucho más difícil de precisar es el número de civiles alemanes que fueron víctimas de la guerra en el Este. Se deben recordar de nuevo esos cálculos según los cuales 1,4 millones de alemanes habrían encontrado la muerte como consecuencia de la huida y el destierro. A estos habría que añadir —según estos mismos cálculos— 270.000 muertes entre aquellos que fueron deportados a la URSS para ser utilizados en el trabajo forzado, y otras 310.000 víctimas entre los alemanes rusos deportados. Como ya se ha

dicho, hay cálculos para estos grupos de víctimas que son mucho más reducidos.

También una parte de las víctimas de los bombardeos aéreos sobre Alemania —la cantidad total estimada asciende a un total de entre 380.000 y 635.000, siendo lo más probable 465.000— murió como resultado de los ataques soviéticos. Ya en agosto de 1941, Berlín fue atacado por primera vez por algún bombardero soviético de largo alcance, pero la amenaza soviética desde el aire se mantuvo débil hasta 1944. Sin embargo, esta se hizo evidente en su totalidad en 1945, pero tan tarde que solo una parte relativamente «pequeña» de los muertos alemanes de la guerra aérea fue víctima de los ataques soviéticos. Por último, recordemos a otro grupo de víctimas: al menos 44.000 alemanes murieron en los diez campos especiales que la administración militar soviética construyó en 1945 en su zona de ocupación.

Todo esto solo son secas y abstractas columnas de cifras. Las innumerables tragedias que hay detrás solo pueden vislumbrarse. Para que quizás sea más gráfico: se trata aquí del balance general de un acontecimiento que, en un caso particular, podría tener muchas caras: muertos por disparos, atropellados, quemados, destrozados, mutilados, muertos de hambre, congelados, ahorcados y muchos otros. ¿De verdad las estadísticas —a menudo vagas, provisionales, pero siempre abstractas y sobrias— le hacen justicia a esto? Como se dijo en una ocasión, el sufrimiento humano no puede simplemente equilibrarse. Pero su dimensión se concreta únicamente, o mejor dicho, en el número. Solo el número reduce grandes acontecimientos a su menor denominador.

En cualquier caso, los supervivientes tuvieron que seguir existiendo con estas pérdidas, que siempre fueron absolutamente personales. Para ellos, aquel no fue el único legado de la guerra. El número de muertos suele ser menor que el del resto de víctimas de la guerra: inválidos, heridos física y psicológicamente, viudas y huérfanos, arruinados, abandonados y sin hogar. Para todos ellos, a menudo resultó difícil recuperar un punto de apoyo en la vida civil. Un enfermero soviético describía de forma impresionante cómo podía cambiar la guerra a sus participantes: «La guerra es mala para unos y

para otros [...]. Los aviadores lo pasan mal, los tanquistas y los artilleros. Todos lo pasan mal, pero comparado con la infantería, todo esto no es nada [...]. Inmediatamente después del ataque es mejor que no mires a la cara, no hay nada humano en ellas, de alguna manera son rostros completamente extraños. Simplemente no puedo describir cómo es. Uno piensa que está entre locos. Es una visión terrible». El protocolo de un psiquiatra alemán de posguerra casi puede leerse como una continuación de estas impresiones. Acerca de uno de sus pacientes, un antiguo capitán escribió que ya no se sentía como un ser humano, solo sentía el «vacío». Las batallas habían terminado y con ellas la emoción del combate. Atrás solo quedaba un vacío completo. Era un agotamiento colectivo.

A las pérdidas humanas se añadieron las materiales: en 1945, solo en la Unión Soviética, estaban reducidas a ruinas y cenizas 1.710 ciudades y unos 70.000 pueblos. En total, los daños de guerra de la Unión Soviética, calculados con los precios de 1941, se estiman en 67.900. millones de rublos, que corresponden al 30 por ciento del capital fijo al comienzo de la guerra. Se añaden además los gastos directos para financiar la guerra por una cantidad de 55.100 millones de rublos adicionales, así como la disminución de la renta nacional, llegándose así a unas pérdidas totales tangibles de 184.000 millones de rublos, aunque otros cálculos estiman que fueron todavía mayores.

Calcular cuánto costó la Segunda Guerra Mundial a los alemanes es más difícil, especialmente cuando se trata de un solo escenario del conflicto. Después de todo, sabemos que los gastos del Reich alemán, en el período comprendido entre septiembre de 1939 hasta mayo de 1945, ascendieron a 1.471.000 millones de RM (marcos del Reich), a los que países ocupados, aliados y neutrales contribuyeron con 90.300 millones de RM en forma de aportaciones de guerra y costes de ocupación. No se incluyen en este monto total los costes financieros adicionales del sector privado. A esto hay que añadir las pérdidas y destrucciones materiales, que se han estimado entre 550.000 y 620.000 millones de RM, y otros 75.000 millones de pérdidas de propiedad de los desplazados, además de los costes de ocupación hasta 1955 o hasta 1958 (en la RDA) que ascienden a 88.400 millones de RM y,

por último, las pérdidas debidas a la reforma monetaria de 1948, que se estimó en 56.000 millones de RM. En pocas palabras, desde la guerra de los Treinta Años, no se había arruinado tanto la sociedad alemana.

Pero no se trataba solo de dinero o propiedades. Un problema a corto plazo que la guerra había dejado para los alemanes eran los prisioneros de guerra alemanes. Su número aumentó hasta los 8,7 millones en el verano de 1945, para caer hasta los 500.000 en enero de 1949. Solo la Unión Soviética retuvo finalmente un último contingente de más de 11.500 «condenados» que no llegaron a su patria hasta 1955-1956 como «retornados tardíos». Más prolongados fueron los problemas que plantearon los refugiados alemanes de Alemania Oriental y Europa del Este. El final de la guerra germano-soviética no tuvo paralelo en la migración de pueblos que desencadenó y que, por supuesto, fue muy diferente de lo que sus iniciadores habían pensado en un principio. Después de los reasentamientos forzados que los gobernantes alemanes habían llevado a cabo en la Unión Soviética y sobre todo en Europa del Este, las víctimas fueron ahora los alemanes en el este de Alemania y de Europa. Con ellos desaparecieron cosas mucho más antiguas que estas personas. Aunque el número de víctimas de huidas y desplazamientos no se ha aclarado realmente hasta hoy en día, sí sabemos cuántas personas quedaron. Hasta 1950, llegaron a Alemania Occidental o República Federal 7,7 millones de refugiados y personas desplazadas; en la zona de ocupación soviética y en la RDA, fueron un total de 4,1 millones hasta 1950.

Examinado en conjunto, no solo se destruyeron entonces personas, paisajes, tradiciones o incluso naciones; un mundo entero quedó en ruinas —los dos antiguos contendientes de la guerra y, no lo olvidemos, los países que se encontraban entre ellos—. La Unión Soviética contribuyó en gran medida a este resultado, sin duda, pero la verdadera iniciativa de todo esto vino de Alemania en tres impulsos: en 1939, cuando los dirigentes alemanes desencadenaron la guerra en Europa; en 1941, cuando se hizo mucho para expandir la guerra a todo el mundo; y, por último, desde 1942-1943, cuando estos aprendices de brujo de la revolución nacionalista resultaron ser tan incompetentes como cobardes para admitir que todo había

salido mal, no solo en el plano estratégico, sino también en el ideológico. Lo que quedó fue la fascinación de la propia caída. A más tardar, esta habría sido la hora de la resistencia alemana. .

Al final, venció la Unión Soviética, se volvió más grande y más poderosa, pero, ¿a qué precio? La transición de la guerra a la paz fue difícil para ellos. Una nación devastada y desangrada que tuvo que, literalmente, encontrarse una vez más: millones de personas en busca de su hogar o de cualquier hogar. Su miseria era indescriptible, y ni el desmantelamiento de Alemania ni la explotación de los prisioneros de guerra y deportados alemanes, que en aquel momento representó hasta el 10 por ciento del producto interior bruto, pudieron cambiar mucho de aquella situación. Había escasez de todo: alimentos, bienes de consumo, viviendas, infraestructuras, energía, programas de reciclaje profesional, atención médica y una administración que hiciera honor a ese nombre. A todo esto hubo que añadir el cese de los envíos de suministros anglo-americanos, la terrible sequía de 1946 y la hambruna a la que no sobrevivieron entre 500.000 y un millón de personas, el nivel de movilización relativamente alto del Ejército Rojo que consumía muchos recursos y, no menos importante, la «contraofensiva» política interna a la que pasó el régimen estalinista tras el final de la guerra. Todas las cuidadosas correcciones políticas durante el conflicto fueron pronto revisadas de nuevo. La consecuencia fue que siguió creciendo el gigantesco mundo de campos de prisioneros del gulag, de manera que, a principios del año 1953, había 2.450.000 reclusos y 2.750.000 «colonos especiales». Sin embargo, este sistema estaba llegando a su límite, volviéndose aún más costoso, ineficaz, y su administración también estaba causando cada vez más problemas, de modo que aumentaban los casos de desobediencia en el trabajo, evasiones e incluso disturbios. Solo la amnistía del 27 de marzo de 1953, apenas tres semanas después de la muerte de Stalin, y de la que se beneficiaron 1.200.000 reclusos, marcó un auténtico punto de inflexión.

Pero esa es otra historia. En los años anteriores, difícilmente habría sido mayor la desilusión de la sociedad soviética. «Fue una vida dura durante la guerra —decía una moscovita— pero no fue mortificante, nos aguardaba

una vida mejor, así lo esperábamos. Pero ahora la vida se ha vuelto aún más difícil y no hay ninguna esperanza de mejora». Lo que a menudo le quedó a la gente fue el recuerdo de la victoria en la «Gran Guerra Patria» y después, también a menudo —por extraño que pueda parecer hoy en día—, la fe en Stalin. Al menos en el primer punto, poco ha cambiado hasta hoy.

Los recuerdos liberaron a los alemanes de la sugestión y el esfuerzo bélico de Hitler, e incluso a algunos, aunque no muchos, les sirvió como motivación. El amanecer de los últimos doce años había terminado en la ruina completa, militar, política, económica y, no menos importante, moral. Atrás quedaba una sociedad profundamente herida y que comenzaba a establecerse de manera improvisada en lo que quedaba del Gran Reich Alemán. Había perdido una cuarta parte de su extensión, que ahora «administraban» Polonia y la URSS, mientras que el resto estaba ocupado por las cuatro potencias aliadas. Ahora cada uno gobernaría este caos en su «zona».

Sin embargo, pronto se reveló como una ilusión un gobierno conjunto sobre toda Alemania bajo un consejo de control de los aliados. Tampoco se habló más de planes de división, aunque solo fuera porque comenzó a adquirir forma una división completamente diferente. Y otra cosa quedó clara con relativa rapidez: que una antigua gran potencia en el centro de Europa necesitaba algo más que un programa político, destinado a la limpieza, al castigo y a la «reeducación», a la reparación y al debilitamiento, y que este programa debería dejar paso a una ayuda exterior más o menos provisional. A riesgo de un nuevo comienzo, las potencias vencedoras empezaron a admitir una cautelosa autonomía alemana a partir de 1947-1948. Fue bien. También porque la guerra, incluso más dura que en la Unión Soviética, había marcado el rumbo para el desarrollo de la posguerra. Aunque amargas, la derrota y la pérdida constituyeron las condiciones previas para una profunda modernización, una renovación que apenas omitió ningún aspecto de la existencia alemana. Pero también esta es una historia diferente.

Más de setenta años después del inicio de la operación «Barbarroja», los participantes más jóvenes de la guerra son ya muy ancianos. El recuerdo personal de esta guerra se vuelve cada vez menor y, en poco tiempo, se disipará por completo. Precisamente por eso, se debe tener cada vez más alejada esta guerra de todas las guerras. Una vez que desaparezcan, nos faltarán los recuerdos de aquellos que la pasaron. ¿Significa esto que la guerra germano-soviética se ha convertido en una mera cuestión histórica, en uno de los muchos conflictos de la historia mundial, infinitamente distantes y abstractos, comparable a las guerras púnicas o a la guerra de los Siete Años? Es improbable. Desde 1945 no ha habido nada similar, por su importancia histórica, a la Segunda Guerra Mundial. Uno de los ejes de esta lucha global y también su apogeo, al menos en el hemisferio occidental, fue la guerra entre la Alemania nacionalsocialista y la Unión Soviética estalinista. Ignorar esto, o incluso olvidarlo, requeriría un acontecimiento parecido, de dimensiones e impacto equiparables. Dios no lo quiera.

BIBLIOGRAFÍA

BABEROWSKI, Jörg y DOERING-MANTEUFFEL, Anselm, *Ordnung durch Terror. Gewaltexzesse und Vernichtung im nationalsozialistischen und im stalinistischen Imperium*, Bonn, 2007.

BALDAJEW, Dancik. S., *GULag*, Zeichnungen, Frankfurt a. M., 1993.

BÖLL, Heinrich y KOPELEW, Lew, *Warum haben wir aufeinander geschossen?*, Bornheim, 1981.

BRAKEL, Alexander, *Unter Rotem Stern und Hakenkreuz: Baranowicze 1939–1944. Das westliche Weißrussland unter sowjetischer und deutscher Besatzung*, Paderborn, 2009.

CHIARI, Bernhard, *Alltag hinter der Front. Besatzung, Kollaboration und Widerstand in Weißrussland 1941–1944*, Düsseldorf, 1998.

COURTOIS, Stéphane, WERTH, Nicolas, PANNÉ, Jean-Louis, PACZKOWSKI, Adrzej, BARTOSEK, Karel y MARGOLIN, Jean-Louis, *Das Schwarzbuch des Kommunismus. Unterdrückung, Verbrechen und Terror*, Múnich, 1997.

CREVELD, Martin van, *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg. Hrsg. vom Militärgeschichtlichen Forschungsamt*, 10 vol., Stuttgart 1979 (Múnich, 2008).

—, *Kampfkraft*. *Organisation und militärische Leistung 1939-1945*, Friburgo, 1989 (Graz 2011).

—, *Dokumentation der Vertreibung der Deutschen aus Ost-Mitteleuropa. Bearbeitet von Theodor Schieder u. a. Hrsg. vom Bundesministerium für Vertriebene, Flüchtlinge und Kriegsgeschädigte*, 5 vol., Bonn, 1953-1962.

DUNN, Walter S., Jr., *The soviet economy and the Red Army, 1930-1945*, Westport, CT, 1995.

—, *Europa unterm Hakenkreuz. Die Okkupationspolitik des deutschen Faschismus (1938-1945), vol.5: Die faschistische Okkupationspolitik in den zeitweilig besetzten Gebieten der Sowjetunion (1941–1944).*

Dokumentenauswahl und Einleitung von Norbert Müller u. a., Berlín, 1991.

FRITZ, Stephen G., *Frontsoldaten. The German Soldier in World War II*, Lexington, KY, 1995.

GANZENMÜLLER, Jörg, *Das belagerte Leningrad 1941–1944. Die Stadt in den Strategien von Angreifern und Verteidigern*, Paderborn, 2005.

GERLACH, Christian, *Geschichte des Großen Vaterländischen Krieges der Sowjetunion*, 6 volúmenes, Berlín Oriental, 1962-1968.

—, *Kalkulierte Morde. Die deutsche Wirtschafts-und Vernichtungspolitik in Weißrussland 1941 bis 1944*, Hamburgo, 2000.

GLANTZ, David. M., *Colossus Reborn. The Red Army at War, 1941-1943*, Lawrence, KS, 2005.

—, *Stumbling Colossus. The Red Army on the Eve of World War*, Lawrence, KS, 2008.

GROSSMANN, Vasili, EHRENBURG, Ilja y LUSTIGER, Arno, *Das Schwarzbuch. Der Genozid an den sowjetischen Juden*, Hamburgo, 1994. (Traducción al español: *El libro negro*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2017).

Hamburger Institut für Sozialforschung (ed.), *Verbrechen der Wehrmacht. Dimensionen des Vernichtungskrieges 1941–1944*. Ausstellungskatalog, Hamburgo, 2002.

HARTMANN, Christian, *Halder. Generalstabschef Hitlers 1938–1942*, Paderborn, 2009.

—, *Wehrmacht im Ostkrieg. Front und militärisches Hinterland 1941/42*, Múnich, 2010.

HÜRTER, Johannes, LIEB, Peter y POHL, Dieter, *Der deutsche Krieg im Osten 1941–1944. Facetten einer Grenzüberschreitung*, Múnich, 2009.

HERBERT, Ulrich, *Fremdarbeiter. Politik und Praxis des «Ausländer-Einsatzes»* in der *Kriegswirtschaft des Dritten Reiches*, Bonn, 1985-1999.

HILBERG, Raul, *Die Vernichtung der europäischen Juden 1933-1945*, Berlin, 1982/Frankfurt a. M., 1996.

HILDERMEIER, Manfred, *Geschichte der Sowjetunion 1917-1991. Entstehung und Niedergang des ersten sozialistischen Staats*, Múnich, 1998.

HILGER, Andreas, *Deutsche Kriegsgefangene in der Sowjetunion 1941-1956. Kriegsgefangenenpolitik, Lageralltag und Erinnerung*, Essen, 2000.

HILLGRUBER, Andreas, *Hitlers Strategie. Politik und Kriegführung 1940-1941*, Frankfurt a. M., 1965-1993.

—, *Der Zweite Weltkrieg 1939–1945*. *Kriegsziele und Strategien der großen Mächte*, Stuttgart, 1982. (Traducción al español: *La Segunda Guerra Mundial: Objetivos de guerra y estrategia de las grandes potencias*, Alianza editorial, Barcelona, 1995).

HÜRTER, Johannes, *Ein deutscher General an der Ostfront. Die Briefe und Tagebücher des Gotthard Heinrici 1941/42*, Erfurt, 2001.

—, *Hitlers Heerführer. Die deutschen Oberbefehlshaber im Krieg gegen die Sowjetunion 1941/42*, Múnich, 2007.

JÄCKEL, Eberhard, *Hitlers Weltanschauung. Entwurf einer Herrschaft*, Tübingen, 1969.

JÄGER, Herbert, *Verbrechen unter Totalitärer Herrschaft. Studien zur nationalsozialistischen Gewaltkriminalität*, Olten, 1967.

JARAUSCH, Konrad H. y KLAUS, Jochen Arnold (eds.), «Das *stille Sterben...». Feldpostbriefe von Konrad Jarausch aus Polen und Russland 1939–1942*, Paderborn, 2008.

KLUGE, Alexander, *Schlachtbeschreibung*, Olten, 1964.

KOENEN, Gerd, *Der Russland-Komplex. Die Deutschen und der Osten 1900–1945*, Múnich, 2005.

KRAUSNICK, Helmut y WILHELM, Hans-Heinrich, *Die Truppe des Weltanschauungskrieges. Die Einsatzgruppen der Sicherheitspolizei und des SD 1938– 1942*, Stuttgart, 1981.

KRIVOSHEEV, Grigori, F. (ed.), *Soviet Casualities and Combat Losses in the Twentieth Century*, Londres, 1997.

KÜHNE, Thomas, *Kameradschaft. Die Soldaten des nationalsozialistischen Krieges und das 20. Jahrhundert*, Göttingen, 2006.

LEDIG, Gert, *Die Stalinorgel*. Novela, Frankfurt a. M., 2000.

—, *Lexikon der Vertreibungen. Deportation, Zwangsaussiedlung und ethnische Säuberung im Europa des 20.Jahrhunderts. Hrsg. von Detlef Brandes, Holm Sundhausen und Stefan Troebst*, Viena, 2010.

MAWDSLEY, Evan, *Thunder in the East. The Nazi-Soviet War 1941-1945*, Londres, 2007.

MEIER-WELCKER, Hans, *Aufzeichnungen eines Generalstabsoffiziers 1939-1942*, Friburgo, 1982.

MEGARGEE, Geoffrey P., *Inside Hitler's High Command*, Lawrence, KS, 2000.

MERRIDALE, Catherine, *Ivan's War. The Red Army, 1941–45*, Londres, 2005. (Traducción al español: *La guerra de los Ivanes. El Ejército Rojo* (1939-1945), Debate, Barcelona, 2007).

MÜLLER, Rolf-Dieter (ed.), *Die deutsche Wirtschaftspolitik in den besetzten sowjetischen Gebieten 1941–1943. Der Abschlußbericht des Wirtschaftsstabes Ost und Aufzeichnungen eines Angehörigen des Wirtschaftskommandos Kiew*, Boppard a. Rh, 1991.

—, *Der letzte deutsche Krieg 1939–1945*, Stuttgart, 2005.

—, *An der Seite der Wehrmacht. Hitlers ausländische Helfer beim «Kreuzzug gegen den Bolschewismus»* 1941–1945, Berlín, 2007.

MÜLLER, Rolf-Dieter y UEBERSCHÄR, Gerd R., *Hitler's War in the East 1941-1945. A Critical Assessment*, Providence, RI, 1997.

MUSIAL, Bogdan, «*Konterrevolutionäre Elemente sind zu erschießen*». *Die Brutalisierung des deutsch-sowjetischen Krieges im Sommer 1941*, Berlín, 2000.

— (ed.), *Sowjetische Partisanen in Weißrussland. Innenansichten aus dem Gebiet Baranovicˇ i 1941-1944. Eine Dokumentation*, Múnich, 2004.

NEITZEL, Sönke, *Abgehört. Deutsche Generäle in britischer Gefangenschaft 1942-1945*, Berlín, 2005. (Traducción al español: *Los generales de Hitler*. *Transcripciones de conversaciones secretas 1942-1945*, Tempus, Barcelona, 2005).

OLDENBURG, Manfred, *Osteuropa-Handbuch: Sowjetunion, Außenpolitik*, vol.1: 1917–1955. Editado por Dietrich Geyer, Colonia, 1972.

—, *Ideologie und militärisches Kalkül. Die Besatzungspolitik der Wehrmacht in der Sowjetunion 1942*, Colonia, 2004.

OTTO, Reinhard, *Wehrmacht, Gestapo und sowjetische Kriegsgefangene im deutschen Reichsgebiet 1941/42*, Múnich, 1998.

OVERMANS, Rüdiger, *Deutsche militärische Verluste im Zweiten Weltkrieg*, Múnich, 1999.

PHILIPPI, Alfred y HEIM, Ferdinand, *Der Feldzug gegen Sowjetrußland 1941 bis 1945. Ein operativer* Überblick, Stuttgart, 1962.

POHL, Dieter, *Verfolgung und Massenmord in der NS-Zeit 1933-1945*, Darmstadt, 2003.

—, *Die Herrschaft der Wehrmacht. Deutsche Militärbesatzung und einheimische Bevölkerung in der Sowjetunion 1941-1944*, Múnich, 2008.

REESE, Willy Peter, *Mir selber seltsam fremd. Russland 1941-1944*. Editado por Stefan Schmitz, Berlín, 2004.

REINHARDT, Klaus, *Die Wende vor Moskau. Das Scheitern der Strategie Hitlers im Winter 1941/42*, Stuttgart, 1972.

RÖMER, Felix, *Der Kommissarbefehl. Wehrmacht und NS-Verbrechen an der Ostfront 1941/42*, Paderborn, 2008.

RÜRUP, Reinhard y JAHN, Peter (eds.), *Erobern und Vernichten. Der Krieg gegen die Sowjetunion 1941-1945*, Berlín, 1991.

SALISBURY, Harrison, E., *900 Tage. Die Belagerung von Leningrad*, Frankfurt a. M., 1970.

SCHLÖGEL, Karl, *Terror und Traum*: *Moskau 1937*, Múnich, 2008. (Traducción al español: *Terror y utopia. Moscú en 1937*, Acantilado, Barcelona, 2014).

SCHULTE, Theo J., *The German Army and Nazi Policies in Occupied Russia*, Oxford, 1989.

SEATON, Albert, *Der russisch-deutsche Krieg 1941-1945*. Editado por Andreas Hillgruber, Frankfurt a. M., 1973.

SHEPHERD, Ben, *War in the Wild East. The german army and soviet partisans*, Cambridge, MA, 2004.

STREIM, Alfred, *Die Behandlung sowjetischer Kriegsgefangener im «Fall Barbarossa». Eine Dokumentation*, Heidelberg, 1981.

STREIT, Christian, *Keine Kameraden. Die Wehrmacht und die sowjetischen Kriegsgefangenen 1941-1945*, Bonn, 1997.

UEBERSCHÄR, Gerd R. y WETTE, Wolfram, «*Unternehmen Barbarossa*». *Der deutsche* Überfall *auf die Sowjetunion 1941*. *Berichte, Analysen,*

Dokumente, Paderborn, 1984.
—, *Die Verfolgung und Ermordung der europäischen Juden durch das nationalsozialistische Deutschland 1933-1945*, Vol.7: *Sowjetunion und annektierte Gebiete I.* Editado por Bert Hoppe, Múnich, 2011.
WEGNER, Bernd (ed.), *Zwei Wege nach Moskau. Vom Hitler-Stalin-Pakt zum «Unternehmen Barbarossa»*, Múnich, 1991.
ZELLHUBER, Andreas, «Unsere Verwaltung treibt einer Katastrophe zu ...», en *Das Reichsministerium für die besetzten Ostgebiete und die deutsche Besatzungsherrschaft in der Sowjetunion 1941-1945*, Múnich, 2006.

SOBRE EL AUTOR

El doctor Christian Hartmann (1959) forma parte de la plantilla de investigadores del Institut für Zeitgeschichte (Instituto de Historia Contemporánea) desde 1993. Ha escrito libros sobre el Jefe del Estado Mayor del OKH, sobre la Wehrmacht en el frente del este o los últimos cien días de la Segunda Guerra Mundial. Igualmente, fue durante mucho tiempo redactor jefe adjunto de los *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* (Cuadernos Cuatrimestrales de Historia Contemporánea), además de coeditor de las *Akten zur deutschen auswärtigen Politik 1918-1945* (Expedientes de la política exterior alemana, 1918-1945). También ha asesorado de manera habitual largometrajes y documentales, como *El hundimiento* (2004) o *Sophie Scholl: los últimos días* (2005). De 2012 a 2015 ha sido el director del proyecto para la edición crítica y científica de la obra de Adolf Hitler *Mein Kampf*.

Además, como teniente coronel de la reserva, imparte clases en la Führungsakademie (Academia de Liderazgo) del ejército alemán. En 1992 recibió el Werner-Hahlweg-Preis für Militärgeschichte und Wehrwissenchaften (Premio Werner-Hahlweg de Historia y Ciencia Militares), y en 2016 el Wissenschaftspreis Gesellschaft braucht Wissenschaft (Premio Científico «La Sociedad necesita Ciencia»).



Document Outline